SANCHEZ
QUE NADA SE SABE

AGUILAR

QUE NADA SE SABE

INICIACION FILOSOFICA

FRANCISCO SANCHEZ

QUE NADA SE SABE

Traducción del latín y prólogo por
CARLOS MELLIZO

AGUILAR

Biblioteca de Iniciación Filosófica
Primera edición 1977

Es propiedad

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723
© 1977 Aguilar Argentina S.A. de Ediciones
Av. Córdoba 2100 — Buenos Aires

Impreso en la Argentina — Printed in Argentina

Título original:
De multum nobili et prima universali scientia quod nihil scitur

Publicado en 1581, en Lyon.

PROLOGO

PROLOGO

I

Tras las investigaciones llevadas a cabo por P. H. Cazac [1] a principios de siglo, puede ya afirmarse que Francisco Sánchez, conocido en los manuales de historia de la filosofía por el sobrenombre de "el escéptico", nació en Tuy —ciudad entonces perteneciente a la diócesis de Braga— en el año 1550. Por motivos desconocidos, aunque probablemente vinculados a su ascendencia judaica, la familia Sánchez abandonó su patria de origen cuando Francisco contaba pocos años de edad. Antonio, su padre, era médico de valía y logró establecerse en Burdeos, donde pronto adquirió una firme reputación. Allí cursó Francisco las artes liberales. A poco de terminarlas, y animado por el deseo de conocer mundo, emprendió viaje a Italia, donde residió hasta 1573, año en que regresó a Francia para matricularse en la Facultad de Medicina de Montpellier.

En Roma había obtenido Sánchez el Doctorado en Filosofía; el 13 de julio de 1574 le fue con-

---

[1] Cf. P. H. Cazac, "Le lieu d'origine et les dates de naissance et de mort du Philosophe Francisco Sánchez", *Bulletin Hispanique*, Vol. V, 1903, pp. 326-348. Existe una versión española de ese mismo artículo en la *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, 3ª época, tomo 11, julio, 1904.

cedido en Montpellier el de Medicina, e inmediatamente comenzó a trabajar con el Dr. Hucher, canciller de la Universidad, siendo Sánchez, probablemente, el titular de la cátedra que Rabelais había ocupado cincuenta años antes. [2]

No permaneció Sánchez en Montpellier por mucho tiempo. Dos años después de fijar allí su residencia se trasladó a Toulouse. La razón de este nuevo desplazamiento se debió, según parece, a la circunstancia de que Montpellier era desde 1567 un baluarte del protestantismo y una de las ciudades de Europa donde las diferencias por motivos de religión habían dado lugar a los episodios más sangrientos. Es lógico suponer que Sánchez, cuyas declaraciones de catolicismo no eran infrecuentes, buscara en Toulouse la seguridad que Montpellier no podía ofrecerle. Las deficientes condiciones sanitarias de esa ciudad en la que nuestro autor habría de pasar el resto de su vida proporcionaron a Sánchez terreno adecuado para el ejercicio de la profesión médica.

Junto a ese interés por la Medicina, pronto dio Sánchez prueba de una honda preocupación por todo lo que estuviese relacionado con la ciencia y el pensamiento en general. "Sus primeros trabajos" —nos dice su discípulo y biógrafo Delassus— "tuvieron lugar en el campo de las matemáticas. Y para ver lo que en esta disciplina adelantó, no puede traerse argumento mejor que aquellas dificultades y preguntas sobre las demostraciones de la geometría de Euclides, que remitió a Clavio para su resolución. Clavio fue

---

[2] Cf. John Owen, *The Skeptics of the French Renaissance*, Macmillan and Co. New York, 1893, p. 624.

en aquellos tiempos ornamento insigne de la geometría, y trató de resolverlas en respuesta honrosísima *(perhonorifica responsione)*, aunque en vano, según creía Sánchez, quien discute dichas cuestiones contra Theon, el primer comentarista de Euclides; y que, halladas entre otros papeles mientras se recogían sus apuntes de medicina para darlos a la imprenta, hubiéranse impreso si no se las creyera poco a tono con el resto de la obra." [3]

La producción filosófica de Sánchez data de los años inmediatamente posteriores a su llegada a Toulouse. El *Quod nihil scitur* —que aquí se ofrece al lector y al cual nos referiremos más adelante con algún detalle— estaba ya terminado en 1576, aunque su primera edición es de 1581. Además de ese libro, que es el que ha alcanzado mayor difusión y ha hecho que su autor ocupase un puesto destacado en la historia del pensamiento europeo, conviene mencionar aquí el *Poema sobre el Cometa del año 1577 (Carmen de Cometa)* obra que, como afirma la más autorizada crítica sancheziana, es de sumo interés para definir la personalidad filosófica del médico tudense.

El 12 de noviembre de 1577, un cometa había cruzado el firmamento en las cercanías de Lyon, y el suceso fue suficiente para que el sentir popular padeciese el miedo que suelen traer consi-

---

[3] Texto citado por J. Iriarte en "Francisco Sánchez, el autor de "*Quod nihil scitur*" *(Que nada se sabe)*, a la luz de muy recientes estudios", *Razón y Fe*, Núm. 110, enero-abril, 1936, p. 31. *Cf.*, sobre la polémica epistolar entre Sánchez y Clavio, el excelente estudio, también de Iriarte, "F. S., disfrazado de Carneades en discusión epistolar con Cristóbal Clavio", *Gregorianum*, XXI, 1940, pp. 413-451.

go las creencias supersticiosas. Eran aquéllos los tiempos del ocultismo, de las cábalas, de la astronomía judicial. Si a eso se une la inestable situación político-religiosa por la que Francia entonces atravesaba, se comprenderá que muchos vieran en la aparición del cometa un presagio de calamidades y catástrofes. A tan alto grado había llegado el temor del pueblo, que hasta los más doctos se contagiaban de esa neurosis colectiva.

Con su *Poema*, Sánchez se propone extirpar el vano temor, hijo de la superstición, que había hecho presa de sus contemporáneos. Interpretando la aparición del cometa como un simple fenómeno *natural*, se burla de quienes habían querido ver en dicho fenómeno un augurio de desgracias: ¿"Qué tiene que ver un astro barbado con la muerte del rey? ¿Qué con las olas arrebatadas de los ríos, o con el útero operado de la madre? ¿Qué tiene que ver un cometa con los forajidos?" [4]

La profunda vocación científica de Sánchez lo lleva a buscar las *causas naturales* de las cosas, tildando de herejes y de ignorantes a quienes están predispuestos a ceder a la tentación supersticiosa.

El respeto que el médico de Tuy mostró siempre por la Naturaleza, con mayúscula, entendida como algo subsistente, como realidad "eterna" —según él la llama, aunque en el *Quod nihil scitur* se desdiga de esa concepción tan cercana al

---

[4] Cit. por J. Iriarte, 1ª ob. cit., p. 37.

panteísmo— parece ser guía fundamental de sus especulaciones. Esa nota del pensamiento sancheziano aproxima a nuestro autor a la tradición neoplatónica, tan extendida en la Italia que a él le tocó conocer, y nos obliga a relacionarlo con su coetáneo, y, posiblemente, amigo, Giordano Bruno, cuya llegada a Toulouse coincidió con la publicación del *Carmen de Cometa*. Las vidas de Sánchez y de Bruno se entrecruzaron durante los años en que uno y otro profesaban juntos en las aulas de la misma Universidad. Como señala J. Iriarte [5], es sumamente improbable que entre ambos pensadores no mediase un intercambio, doctrinal por lo menos, que quedaría definitivamente interrumpido cuando el Nolano salió hacia París, en 1581, para acudir, veinte años después, a la trágica cita que en Campo di Fiori le tenía preparada el destino.

Muy otra, y mucho más afortunada, fue la suerte de Francisco Sánchez: Su prestigio como médico y profesor hizo que se le encomendara durante veinticinco años la cátedra de filosofía y durante once la de Medicina en la Universidad de Toulouse, donde otro médico-filósofo español, Ramón Sabunde, lo había precedido. Fue también director del *Hospital de Santiago* desde 1602 hasta su muerte, y llegó a desempeñar los cargos de Decano de la Facultad de Artes y de la de Medicina, así como el de Rector de la Universidad. Estudioso y admirador de Vesalio, se dedicó a la disección de cadáveres, práctica que hubo de hacer en secreto para no ser víctima del prejuicio popular. Amigo de Charron y de Montaigne —al que, según parece, le unían

[5] J. Iriarte, *Ibid.*, pp. 34-40.

lazos familiares— gozó de una fama singular y fue apreciado de todos, tanto por su vasta cultura como por sus virtudes personales.

Murió Francisco Sánchez en noviembre de 1623. Acerca de la obra que nos dejó, y, en particular, del *Quod nihil scitur* —libro de espíritu renovador en el que están presentes las notas del tiempo nuevo que se inicia con su siglo— trataremos de decir algo a continuación *.

II

Por regla general, la primera y última noticia que el estudiante de filosofía recibe sobre Francisco Sánchez se limita a registrar la orientación escéptica de su pensamiento. Ha sido Sánchez —como tantos— víctima de los manuales; y su nombre suele ir aparejado al de otros filósofos de la edad moderna cuya obra reclama de continuo, y únicamente, los principios y actitudes del "nada se sabe" pirrónico.

A partir de L. Gerkrath [6], las interpretaciones de Sánchez que se han hecho admiten de una vez por todas que, por debajo de sus declaraciones de escepticismo total, el médico de Tuy se afanaba en poner los cimientos de un nuevo método científico libre de las sofisterías y vanas lucubraciones del escolasticismo decadente.

El *Quod nihil scitur* es obra de carácter intro-

---

* He utilizado en los párrafos que siguen parte de mi estudio "La Preocupación Pedagógica de Francisco Sánchez".

[6] *Cf.* L. Gerkrath, *Franz Sánchez: Ein Beitrag zur Geschichte des Philosophischen Bewegungen in Anfange der Neueren Zeit*, Wien, 1860.

ductorio. A lo largo de sus páginas Sánchez nos anuncia frecuentemente que tiene otros trabajos en preparación, y que éstos vendrán a completar lo que en el *Quod nihil scitur* queda solamente sugerido. Con la promesa de un *Método universal de las ciencias*, libro que llegó a escribirse [7] y cuyo título pone de manifiesto lo que fue preocupación sancheziana de primerísima importancia, concluye el famoso tratado de nuestro autor. Y su pérdida ha privado a la posteridad de lo que, ciertamente, hubiese servido para juzgar con más propiedad las intenciones filosóficas de Sánchez. Pero, a pesar de que no poseamos hoy una muestra más completa del pensamiento sancheziano, es posible deducir de los contenidos del *Quod nihil scitur* cuál habría de ser la orientación fundamental de su filosofía. Descartada la validez del razonamiento deductivo, de la abstracción y de la doctrina silogística, en cuya crítica nuestro autor insiste una y otra vez; y teniendo en cuenta lo que, hablando de Sánchez, Menéndez y Pelayo califica de "un amor sin límites a las realidades concretas" [8], veamos de indicar, primero, las notas principales de su teoría de la ciencia y del conocimiento.

Sánchez define la ciencia como el *perfecto conocimiento de la cosa (rei perfecta cognitio)*. Y cuando quiere precisar más en qué pueda consistir ese *perfecto conocimiento*, admite que es incapaz de ofrecernos una explicación satisfacto-

---

[7] "Il (Sánchez) a fait aussi un livre Espagnol de la *Méthode universelle des sciences* qui est forte docte", *Patiniana*, p. 98.

[8] M. Menéndez y Pelayo, "De los orígenes del criticismo y del escepticismo y especialmente de los precursores españoles de Kant", *Ensayos de Crítica Filosófica*, Madrid, 1948, p. 200.

ria. De lo que él dice, sin embargo, podríamos concluir que, para Sánchez, el perfecto conocimiento habría de ser de naturaleza intuitiva, una perfecta adecuación entre el sujeto cognoscente y *cada* cosa conocida, una comprensión directa del objeto, libre de todo aparato conceptual y discursivo.

Este modo de entender el conocimiento no significa, nos advierte Sánchez, que lo poseamos. Es, si quiere hablarse así, el ideal que todo verdadero hombre de ciencia persigue y jamás alcanza. Para lograr esa perfecta adecuación tendríamos que ser perfectos, tanto en lo que se refiere a las cualidades del cuerpo, como en lo que se refiere a las del espíritu. Pero la condición humana —como Sánchez se entretiene en mostrarnos con detalle— es sobremanera imperfecta y, consiguientemente, nos incapacita para la verdadera ciencia, que es exclusiva de Dios, no teniendo a ella acceso los hombres. Nuestros medios de conocimiento son frágiles e imprecisos, lo cual, unido a la confusión y dificultad que se observa en todos los elementos de la naturaleza, hace que nuestras investigaciones no consigan nunca alcanzar un grado absoluto de certidumbre.

Con todo, es posible paliar nuestra ignorancia si recurrimos a los dos únicos medios de conocimiento que nos abren una modesta vía de acceso a la realidad:

> Los miserables humanos tenemos dos medios de encontrar la verdad. Pero como no podemos conocer las cosas tal y como son en sí —pues, si pudiéramos, todos los medios de conocimiento estarían a nuestro alcance— tenemos que limitarnos a disminuir un poco nuestra igno-

rancia. Esos dos medios de conocimiento no nos proporcionan un saber perfecto; pero, usando de ellos, algo nos es posible percibir y aprender. Los medios a que me refiero son la experiencia y el juicio.

Siendo el *Quod nihil scitur* una obra de carácter inductorio, poco más se nos dice en ella que nos indique cómo usar de esos dos medios. Sólo se nos advierte que "juicio y experiencia se necesitan mutuamente", y que ninguno de ambos elementos puede sostenerse sin la ayuda del otro.

Sánchez no se declara nunca aristotélico, pero lo es en su tesis de que el alma viene a este mundo desprovista de ideas. La identificación platónica entre el aprender y el recordar le resulta sorprendente *(mirum)*, y la niega con argumentos que revelan su desconfianza hacia las construcciones metafísicas. La doctrina de Platón —dice Sánchez— se edifica sobre unos fundamentos muy débiles que no están confirmados ni por la razón ni por la experiencia. Y lo que Sánchez exige siempre es algún modo de *verificar* las explicaciones que damos de las cosas. La teoría de la reminiscencia no es susceptible de verificación, y consiguientemente, ha de rechazarse porque es imposible confirmarla empíricamente. Pero aun no teniendo en consideración esa deficiencia radical que estriba en no poder validarla con la experiencia, la teoría platónica que identifica el saber con el recordar seguiría siendo falsa. Recordar algo, y saberlo, no son la misma cosa; sólo recordamos aquello que de alguna forma estaba ya en nosotros, y, si hubiese sido totalmente extirpado de nuestra conciencia, no podríamos hablar de *recuerdo* cuando volviésemos a recuperarlo, sino, más bien, de un *nuevo conocimiento*.

Así, pues —prosigue Sánchez—, no estaría mal decir, con Aristóteles, que el alma llega a este mundo como una *tabula rasa*, en la cual no hay nada escrito todavía. Sin embargo, nuestro autor prefiere utilizar otra expresión, a fin de dejar bien en claro que el sujeto del conocimiento es el *hombre*, el compuesto de cuerpo y alma. Es el recién nacido, y no sólo su alma, lo que viene a este mundo. Y, en virtud de su maleabilidad, podemos compararlo a una masa de cera *(cerea moles)*, ya que es susceptible de adoptar *casi* todas las figuras, tanto en el cuerpo como en el alma, aunque más en ésta. *Casi* todas las figuras, pero no todas; pues, cada individuo posee una serie de aptitudes que lo predisponen a recibir mejor unas enseñanzas que otras. Más aún: cada individuo no está abierto, ni siquiera como posibilidad, al ejercicio de todas las ciencias ni de todas las artes. Dos circunstancias tienen lugar en el recién nacido: que nada hay en él impreso en acto, y que, en potencia, está capacitado para algunas cosas, muchas o pocas, éstas o aquellas. Nadie está capacitado para todas.

Esa potencia —aclara Sánchez— es únicamente pasiva y necesita actualizarse mediante algún agente extrínseco al propio sujeto. El límite de lo que un hombre —o cualquier otro animal— puede recibir está marcado por lo que Sánchez llama *impotencia pasiva*; en su virtud, uno es, por principio, parcial o totalmente inepto para el aprendizaje de ciertas disciplinas. La dualidad *pasiva potencia-impotencia pasiva* es común a los seres humanos y a los demás animales. (Quizá convenga subrayar que esa *impotencia pasiva* no se refiere a la imperfección que siempre va aparejada a toda facultad de conocimiento. Lo que ella expresa es la *imposibilidad natural* que se

observa en algunas especies para ciertos menesteres que son propios de otras, o lo que, dentro de una misma especie, hace que digamos que un individuo tiene aptitudes para tal cosa en particular, y que está incapacitado para tal otra).

La semejanza que en esto se observa entre los hombres y los demás seres del reino animal llevaría consigo el que no pudiésemos, en rigor, dar a los primeros una virtud "superior" que los diferenciase de los segundos. Sánchez, sin embargo, introduce un nuevo concepto que él denomina *potencia activa*, un poder extra, exclusivo del ser humano, que capacita a éste —si bien de modo imperfecto— para la indagación científica y para el ejercicio de las artes.

¿Cuáles podrían ser las notas integrantes de esa *potencia activa*? Sánchez reserva toda explicación detallada para un libro futuro, y muy poco nos dice en el *Quod nihil scitur* que se refiera a esa cuestión. Pero veamos de resumir lo que el tudense propone como interpretación de lo que sea el conocimiento, tema que, de alguna forma, está vinculado a lo que él llama la *potencia activa* del sujeto.

En una primera aproximación, Sánchez define el conocimiento como la *aprehensión de la cosa (aprehensio rei)*. El carácter positivo, activo de esa función la diferencia de la recepción de imágenes que tiene lugar en el animal, y hasta en el alma humana cuando ésta se limita a adoptar una actitud pasiva. La aprehensión y la recepción no son, pues, lo mismo: aquélla abre las puertas al conocimiento; ésta se limita a registrar una serie de datos, de igual modo que las imágenes visuales quedan fijadas en la retina. La au-

téntica aprehensión —como ya indicábamos más atrás— ha de ser una suerte de visión intelectual o de intuición inmediata de la realidad. El problema surge cuando consideramos que, para Sánchez —según ha quedado dicho—, *una intuición capaz de poner al sujeto en contacto con la realidad jamás tiene lugar en el hombre de una manera perfecta.*

Por consiguiente, hemos de distinguir entre *dos* tipos de conocimiento, en razón de la perfección con que es posible llevar a cabo esa actividad intelectiva: uno de ellos sería absolutamente *perfecto e inasequible*; el otro, imperfecto, jerarquizado según los diferentes grados de ingenio que poseyera cada sujeto, se limitaría a procurarnos una aprehensión muy deficiente de la cosa. Con esta segunda modalidad del conocimiento hemos de conformarnos los humanos. Veámosla, pues, más de cerca.

El conocimiento humano —leemos en el *Quod nihil scitur*— proviene de los sentidos. Allí donde éstos no alcanzan, todo queda sumergido en la oscuridad. Esta limitación hace que las íntimas naturalezas de las cosas se nos escapen y que no podamos jamás formular juicio alguno en torno a ellas. Los sentidos nos ponen en contacto con la cara externa del mundo físico, nos dan alguna información sobre los accidentes —"la parte más vil de la realidad"—, pero nada nos dicen acerca de la sustancia, siendo esta "el objeto de la verdadera ciencia". Además, como los sentidos están sujetos a variaciones y alteraciones de toda índole, ese conocimiento superficial que nos proporcionan no ofrece seguridad alguna. El conocimiento sensorial encierra una dramática paradoja: en cierto modo, puede decirse

que es válido— pues huye de las quimeras y fantasías que fabrican los *dialécticos*; pero, al mismo tiempo, es el que más claramente muestra su pobre condición: "Nada es más cierto, ni nada es más falso que el sentido".

En resolución, que hemos de juzgar las cosas por sus apariencias, que las apariencias se nos presentan mediante los sentidos, y que los sentidos no contienen la menor garantía de certeza.

Todo es, pues, dudoso, cuando los sentidos andan de por medio. Pero —y esta observación es de la mayor importancia— *algo se consigue con el conocimiento sensorial*, mientras que, cuando nos guiamos únicamente por el razonamiento *puro*, permanecemos en la más absoluta ceguera, "andamos a tientas" y no conseguimos nada. Hay, por lo tanto, una cierta superioridad del conocimiento que se obtiene por medio de los sentidos, sobre el que se pretende lograr mediante el mero ejercicio de la razón.

Esta declaración de Sánchez es de sumo interés, porque, con frecuencia, ha querido verse en su obra un precedente del pensamiento cartesiano. Ciertamente, ambos autores —compárense los párrafos iniciales del *Quod nihil scitur* con la parte primera del *Discurso sobre el Método*— se proponen buscar nuevos y más firmes caminos para la ciencia, renuncian a la autoridad de la tradición filosófica en que se educaron y adoptan una actitud de independencia, a fin de poder enfrentarse más libremente con la realidad. Hasta sería posible, forzando no poco, a mi parecer, los textos de Sánchez, interpretar su duda como una suerte de *duda metódica* semejante a la que,

años más tarde, habría de convertirse en piedra angular del sistema cartesiano.

Pero, a pesar de estas concomitancias, algunas de ellas indiscutibles, es evidente que ambos pensadores siguen, en último término, trayectorias diametralmente opuestas. Frente al racionalismo de Descartes, quien todo lo cifra en la claridad y distinción de la idea y que hace de ésta una norma suprema e infalible, Sánchez se abre a la realidad de las cosas sensibles y adopta la experiencia como primer y fundamental instrumento de saber, por precario que éste sea. Para los propósitos de nuestro autor de nada sirven las abstracciones que la razón inevitablemente produce. "La razón", nos dice Sánchez, "es impotente ante las cosas sensibles". O, lo que es lo mismo, a la razón se le escapa lo que aquí y ahora existe, el ser individual, finito, limitado y corruptible.

Vano sería advertir una vez más que tampoco los sentidos están capacitados, como Sánchez repite en innumerables ocasiones, para procurarnos un entendimiento de las cosas que sea enteramente satisfactorio. Sin embargo, es sólo mediante la confrontación y clasificación de nuestras sucesivas experiencias como "podemos disminuir un poco nuestra ignorancia". Lo que Sánchez propone es la adopción de un método inductivo que nos permita alcanzar conclusiones *a posteriori*, basadas en el mayor número posible de experimentos. No podemos pronunciarnos sobre las cualidades de un fenómeno, hasta haber observado su diferente comportamiento en una variedad de circunstancias y situaciones. Y como esa variedad es, al menos teóricamente, ilimita-

da, jamás podremos formular la ley universal y necesaria por la que dicho fenómeno se rige.

Tomemos, dice Sánchez, el fenómeno físico de la atracción. Una serie de experiencias mostraron a los antiguos que la atracción provenía de "lo cálido, de lo seco y del miedo al vacío". Sin embargo, experiencias posteriores han descubierto "otras causas de la atracción", como, por ejemplo, "la fuerza del electro". Y, consiguientemente, nos hemos visto obligados a modificar nuestra primera opinión.

"¿Habría pensado nadie jamás", prosigue Sánchez, "que el veneno añadido al veneno no mata al hombre, sino que le sirve de purga? Ciertamente que no, pues, *antes que la experiencia enseñase lo contrario*, se afirmaba que lo que hace uno, mejor lo hacen dos".

El profundo desacuerdo que tiene lugar entre Sánchez y la tradición aristotélica se debe, principalmente, a que, mientras Aristóteles y los aristotélicos consideran que el objeto de la labor científica lo constituyen las esencias *universales* de las cosas, nuestro autor dirige su atención a los fenómenos particulares, que son los que de hecho existen.

Naturalmente, toda labor científica que desestime por inválido el estudio de las esencias ha de contener una cierta dosis de escepticismo. O, usando de terminología más actual, ha de resignarse a alcanzar tan sólo el dominio de lo probable.

El método inductivo-experimental recomendado por Sánchez se encuentra, por tanto, con un sin-

fín de dificultades: las múltiples que surgen de la consideración del ser individual. Nuestro autor no tuvo escrúpulo en reconocer las deficienoias de su propio método, porque estimó que, pese a sus limitaciones, era el único capaz de aproximarlo a un conocimiento más a tono con las exigencias de la naturaleza misma. La confesión de sus dudas lo convirtió a ojos de la crítica en un simple "escéptico", apodo con el cual figura todavía en los manuales que mencionan su nombre. Pero es preciso registrar, como R. H. Popkin señala, que Sánchez fue probablemente el primer escéptico del Renacimiento que vio la ciencia en su sentido moderno; es decir, como la única actividad fructífera del pensamiento, una vez que se ha abandonado (por inalcanzable) la busca de un conocimiento absolutamente cierto acerca de la real naturaleza de las cosas" [9]

No es ésta la mejor ocasión para intentar un estudio comparativo de la postura sancheziana sobre el tema del conocimiento científico, y las que a lo largo de la historia de la filosofía han seguido una orientación semejante. Quiza sí sea oportuno decir que Sánchez da a su libro un carácter que lo sitúa en una línea de pensamiento cuyos representantes más significativos acaso serían Bacon, Locke y Hume, y que ha solido ser ajena a la filosofía de origen peninsular.

Aún a riesgo de alargar en exceso este prólogo, pienso que convendría, muy brevemente, llamar la atención del lector sobre un aspecto del *Quod*

[9] R. H. Popkin, Voz "Francisco Sánchez", *Encycl. of Philosophy*, vol. 7, The Macmillan Co. & The Free Press, New York, 1967.

nihil scitur en el que, por lo común, no reparan sus comentaristas. Ver este libro desde una perspectiva exclusivamente gnoseológica sería desvirtuar lo que, a mi entender, es asunto de primerísima importancia en la obra que nos ocupa.

Sánchez encarna la figura del *médico humanista* cuya máxima preocupación es la de lograr un más perfecto equilibrio y desarrollo de las cualidades del hombre, considerando éste en su totalidad.

En rigor, Sánchez no critica los resultados de tal o cual filosofía. O, por lo menos, no es ése el blanco favorito de sus ataques, pues, a fin de cuentas, tampoco se considera él en poder de la verdad. Lo que produce la máxima irritación de Sánchez son los *falsos filósofos*, no en cuanto que se equivocan, sino en cuanto que por motivos de conveniencia se niegan a aceptar que pueden equivocarse. A fin de mantenerse en el lugar de privilegio que la adopción de una doctrina "oficial" les proporciona, los *falsos filósofos* evocan de continuo a las autoridades, se enlistan bajo la bandera de tal cual escuela y se cierran a toda posible autocrítica. Su "pertinacia en el error" los hace sumamente nocivos para la humanidad y para la ciencia.

Sánchez es un intelectual de buena ley. Y esa virtud lo hace especialmente sensible a toda trasgresión de la *ética* del pensador. El sofista descansa en sus sofismas y no hay nadie que logre sacarlo de ese "estado lamentable". A fuerza de practicar y acomodarse en el engaño, va perdiendo su dignidad y llega a asemejarse a las bestias.

"¿Qué puede hacerse con esa gente?" —exclama Sánchez—. "Dan lástima".

Aunque, como nuestro autor establece, puede distinguirse el conocimiento sensible del racional, la experiencia externa de la experiencia interna, etcétera, es *el hombre como tal* quien se erige en único sujeto del conocimiento. Consiguientemente, la labor científica nos compromete en *todos los órdenes*, y no sólo se vincula a tal o cual facultad cognoscitiva. De ahí la atención que Sánchez dispensa a las tareas de la educación, cuyo fin principal sería el de formar hombres libres, intelectualmente honestos y enemigos de la usurpación y del fraude. Ya en las páginas iniciales del prólogo Sánchez sugiere cuáles son sus propósitos a este respecto:

> No es que yo prometa ofrecerte la verdad, pues la ignoro, lo mismo que todas las demás cosas. Investigarla en cuanto me sea posible es lo único que te prometo, para que tú la persigas en terreno abierto, ya fuera de las cavernas donde suele estar encerrada. Y tampoco esperes tú alcanzarla jamás, o poseerla. Confórmate, como hago yo, con correr tras ella.

Y, más adelante:

> Quiera Dios que con el mismo ánimo con que yo, *sincero y vigilante*, voy escribiendo esto, lo recibas tú, también vigilante, y lo juzgues con mente *sana* y *libre*.

Parece, pues, que, según Sánchez, la función primordial del educador debe ser comunicar al discípulo, no tanto una serie de materiales que engrosen su erudición (y que, en definitiva, tendrían poco valor), como una serie de calidades humanas que contribuyan a su mejora personal.

Y esta alusión a los contenidos ético-pedagógicos del *Quod nihil scitur* nos lleva a preguntarnos por la actitud de Sánchez frente a la religión:

Vano sería negar que en el *Quod nihil scitur* aparecen frecuentes declaraciones de un escepticismo total, según indica el mismo título de la obra. Y aunque, como hemos tratado de ver, Sánchez construye una suerte de método que le permite alcanzar, si bien en muy escasa medida, algún conocimiento de las cosas, es lo cierto que el tono general de su pensamiento se resuelve en una gran interrogación, en un QUID? que pone en tela de juicio todas las empresas de la mente. Si somos incapaces de conocer perfectamente lo que es de naturaleza sensible, ¿qué no ignoramos respecto a aquello que se esconde a nuestros sentidos?

Al modo de Hume —cuya personalidad filosófica presenta con la de Sánchez no pocas semejanzas— nuestro autor declara su absoluta incapacidad a la hora de juzgar acerca de lo "incorruptible", de lo "sempiterno" y, en general, de esas "cuestiones nobilísimas que son sumamente necesarias para el conocimiento de todo lo demás".

La metafísica y, especialmente, la metafísica entendida al modo escolástico, no tiene para Sánchez valor científico alguno. Por consiguiente, no puede esperarse de nuestro autor la menor indicación en favor de una teoría del conocimiento con pretensiones de investigar la naturaleza y atributos de Dios, o los orígenes y último sentido del mundo. Y, por lo que se refiere a cuestión tan vital para la filosofía cristiana como la doctrina de la inmortalidad del alma, tal es la

vinculación que Sánchez establece entre las condiciones físico-biológicas del ser humano y sus operaciones y facultades anímicas, que fácil sería deducir, de lo que él dice, la no-supervivencia del espíritu.

Por otra parte, sin embargo, Sánchez se declara muchas veces firme creyente de las verdades de la fe. Su combativa defensa del libre examen y de la independencia de criterio no llega jamás al punto de enfrentarlo con la autoridad de la Revelación. Así, cuando, por ejemplo, alude al tema del origen y duración del universo, reconoce que, si nos guiamos de la razón humana, habremos de afirmar que "el mundo es eterno y que no tuvo principio ni tendrá fin", pero, prosigue Sánchez, vemos "con los ojos de la fe que lo contrario es lo verdadero".

¿Son estas públicas muestras de sumisión meras fórmulas de compromiso?

John Owen, en su interesante y curioso libro *The Skeptics of the French Renaissance*, se hace esta misma pregunta. Y concluye que, si bien esa conformidad con la ortodoxia podría interpretarse como el salvoconducto que Sánchez se fabricó para evitar la persecución, lo más probable es que el buen médico fuese, en efecto, un sincero creyente en los principios de la doctrina cristiana. Y añade Owen:

En mi opinión, Sánchez debe ser considerado como un defensor de la Doble Verdad, aunque él mismo se negara a admitir esta clasificación. Pero lo cierto es que ése es el modo más lógico de conciliar las incompatibilidades de su formación intelectual. Porque, a pesar de todo su escepticismo, de su amor a la libertad de pensamiento,

de su odio a la filosofía escolástica y de su veneración por la naturaleza y por lo que ella nos enseña, Sánchez poseía un profundo sentido religioso. [10]

Según yo pienso, no anda Owen descaminado en lo que dice. Y, si es cierto su modo de ver las cosas, Sánchez representaría bien los orígenes de ese nuevo tipo humano que es producto casi exclusivo de la modernidad: el hombre cuya razón se opone a sus creencias, conflicto interior que tan dolorosamente han experimentado tantos filósofos.

III

El hecho de dirigir hoy la atención a la persona y a la obra de Francisco Sánchez nos obliga a plantearnos la cuestión de su posible valor de actualidad. Naturalmente, más que los resultados concretos que pudiera ofrecernos la filosofía del tudense, es su *estilo intelectual* lo que parece presentar mayor interés a la sensibilidad de nuestro tiempo. La circunstancia de que Sánchez fuese un pensador en el exilio —y no importa ahora averiguar si se trató de un exilio forzoso o voluntario— da lugar a que el carácter de su obra haga ésta un "caso aparte", si se la compara con el *tono general* del pensamiento español. Por otra parte, y aunque asimilado a su país de adopción, Sánchez no renunció jamás a la España que lo había visto nacer, como lo atestiguan sus múltiples referencias al mundo hispánico y el hecho de que utilizase el idioma castellano —además del latín— en la redacción de sus escri-

[10] John Owen, ob. cit., p. 638.

tos. Es de interés a este respecto [11] el resuelto elogio que, en una de las páginas del *Quod nihil scitur*, Sánchez dedica a la inteligencia hispanoamericana, antes de cumplirse un siglo del Descubrimiento, afirmando que en las Indias se encuentran hombres "más religiosos, más sagaces y más doctos" que los mismos europeos.

Esta y otras alusiones relativas a una variadísima gama de asuntos es característica sancheziana que hoy conviene registrar. Una lectura cuidadosa del *Quod nihil scitur* pone de manifiesto que el médico-filósofo se interesó por todo lo que directa o indirectamente se refiriese a las labores del pensamiento. Hay en su libro frecuentes incursiones en lo que ahora podemos considerar como los inicios de la ciencia antropológica, de la lingüística comparada y de otras muchas disciplinas —la geografía, la botánica, la biología, la física— que Sánchez siempre interpretó como componentes inseparables y necesarios de todo posible esfuerzo por entender la realidad. Fue Sánchez un espíritu abierto y refractario al especialismo y al prejuicio; y, sin ceder a la tentación de aceptar *a ciegas* las modas intelectuales de última hora —peligro sobre el que nos pone en guardia con singular insistencia—poseyó la sagacidad y la generosidad suficientes para no cerrarse por principio a ningún orden del saber.

Su crítica al valor del conocimiento es, al mismo tiempo, un intento por replantear de nuevo las cuestiones para enfocarlas desde una perspectiva más adecuada. Y aunque a su obra conocida le

---

[11] Cf. Francisco Romero, "Francisco Sánchez", *La Nación*, Buenos Aires, 2, nov., 1952.

faltan, en ocasiones, la organización y el rigor necesarios para lograr el alcance histórico que hubiera sido deseable, no hay duda de que a Sánchez le corresponde un lugar entre los creadores de la nueva ciencia.

En páginas que a este propósito merecen recordarse, Ortega y Gasset [12] define el procedimiento de la *nueva ciencia* (cuya expresión más cabal sería la ciencia física) como una mezcla de dos elementos inseparables: "El puro pensar *a priori* de la mecánica racional y el puro mirar las cosas con los ojos de la cara: análisis y experimento". Tal es el mensaje que Sánchez se propuso dejar en claro. Lo mismo que Bacon, Galileo, que Gilbert, que Huygens o que Newton —a quienes Ortega cita en su ensayo— Sánchez (y buena prueba de ello puede encontrarse en el *Quod nihil scitur*) entiende que el espíritu es una potencia demasiado etérea que se pierde en el laberinto de sus propias infinitas posibilidades.

Y añade Ortega en frase que podría adoptarse para resumir la actitud sancheziana: " ¡Es demasiado fácil pensar! La mente en su vuelo apenas si encuentra resistencia. Por eso es tan importante para el intelectual *palpar objetos materiales y aprender en su trato con ellos una disciplina de contención.* [13] Sin las cosas que se ven y se tocan, el presuntuoso espíritu no sería más que demencia".

Carlos Mellizo
Universidad de Wyoming

---

[12] Véase J. Ortega y Gasset, *Meditación de la Técnica*, Espasa Calpe, Madrid, 1965, p. 88 y stes.

[13] El subrayado es mío.

SELECCION BIBLIOGRAFICA

Bayle, H. — *Diccionario*, v. "Francisco Sánchez".

Braga, T. — *Questões de Literatura e Arte Portuguesa*, Lisboa, 1881.

Bullón, E. — *Los Precursores Españoles de Bacon y Descartes*, Salamanca, 1905.

Carvalho, J. de — *Descartes e a cultura filosófica portuguesa*, Lisboa, 1939.
"Francisco Sanches, filósofo", Rev. *Bracera Augusta*, Braga, 1952.
"Francisco Sanches versus Giordano Bruno? Uma conjectura acerca do Quod nihil scitur", Rev. *O Instituto*, Vol. 115, Coimbra, 1953.
Introdução sobre o pensamento e significado histórico-filosófico à OPERA PHILOSOPHICA de Francisco Sanches, Col. "Inedita ac Rediuiva", Vol. V, Universidade de Coimbra, 1955.

Cazac, H. P. — "El lugar de origen y las fechas de nacimiento y de defunción del filósofo Francisco Sánchez", *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos, 3ª* Epoca, Tomo 11 (Julio, 1904).

Coelho, E. — *O cepticismo de Francisco*

Sanches, médico e filósofo de Quinhentos, Lisboa, 1938.

Coralnik, A. — "Zur Geschichte der Skepsis. I. Franciscus Sanchez", *Archiv für Geschichte der Philosophie*, Vol. 27, N.F. Vol. 20.

Cruz Costa, J. — "Ensaio sobre a vida e a obra do filósofo Francisco Sanches", *Boletim da Facultade de Filosofia, Ciência e Letras da Universidade de São Paulo*, 1942.

Felix, J. — *"Deux medecins-philosophes à l'Université de Toulouse: Raymond Sebond, Francisco Sanchez"*, Toulouse, 1921.

Fraile, G. — *Historia de la Filosofía Española*. B.A.C. Madrid, 1971, t. I, pp. 388-393.

Franck, A. ed. — *Dictionnaire des sciences philosophiques*, v. "Sanchez, François", París, 1875.

Gerkrath, L. — *Franz Sanchez: Ein Beitrag zur Geschichte des Philosophischen Bewegungen in Anfange der Neueren Zeit*, Viena, 1860.

Giarratano, C. — *Il pensiero di Francesco Sánchez*, Nápoles, 1903.

Hartnack, D. — *Sanchez aliquid sciens*, Stettin, 1665.

Iriarte, J. — *Kartesischer oder Sanchezischer Zweifel?*, Bonn, 1935.
"Francisco Sánchez el Escéptico disfrazado de Carneades en discusión epistolar con Cristó-

bal Clavio", Rev. *Gregorianum*, XXI, 1940.
"Francisco Sánchez el autor de *Quod nihil scitur*, a la luz de muy recientes estudios", Rev. *Razón y Fe*, 110, Enero-Abril, 1936.

Mellizo, C. "La preocupación pedagógica de Francisco Sánchez". *Cuadernos Salmantinos de Filosofía*. Vol. II, Núm. 1, 1975.

Menéndez Pelayo, M. "De los orígenes del criticismo y del escepticismo, y especialmente de los precursores españoles de Kant", En *Ensayos de Crítica filosófica*, C.S.I.C. Madrid, 1948.

Moraes Filho, E. de *Francisco Sanches na Renascença Portuguesa*, Ministerio de Educação e Cultura, Rio de Janeiro, 1953.

Moreau, J. "Doute et savoir chez Francisco Sanchez", *Aufsätze zur portugiesischen Kulturgeschichte*, 1ª Serie, Portugieschichte der Görresgesellschaft. Vol. I, Münster in Westfalen, 1960.

Moreira de Sá, A. *Francisco Sanches, filósofo e matemático*, Lisboa, 1947.
"Raízes e projecção do pensamento de Francisco Sanches", *Revista Portuguesa de Filosofia*, 1955.

Owen, J. *The Skeptics of the French Renaissance*, London-New York, 1893.

Popkin, R. H. *The History of Scepticism from Erasmus to Descartes*,

Assen, Netherlands, and New York, 1963.
"Sanches, Francisco", v. de *The Encyclopedia of Philosophy*, The Macmillan Co. and The Free Press, Vol. 7, New York, 1967.

Romero, F. "Fausto, Sánchez, Descartes", *La Nación*, Buenos Aires, 6 junio, 1937.
"Francisco Sánchez", *La Nación*, Buenos Aires, 2 Noviembre, 1952.

Senchet, E. *Essai sur la méthode de Francisco Sánchez*, París, 1904.

Sortais, G. *La philosophie moderne depuis Bacon jusqu'à Leibniz*, Tomo I, sección 2ª B, París, 1920.

Spruzzola, A. "Il problema del metodo e l'empirismo pseudo-scettico di Francesco Sanchez", *Rivista di Filosofia Neo-scolastica*, 1943, n. 2.
"Francesco Sanchez alla luce delle ultime ricerche", *Rivista di Filosofía Neo-Scolastica*, 1936.

Strowski, F. *Montaigne*, París, 1931.

Varios Autores "Francisco Sanches no IV° Centenario do seu nascimento", *Revista Portuguesa de Filosofia*, 1951.

Wild, U. *Quod aliquid scitur*, Leipzig, 1664.

NOTA SOBRE LA TRADUCCION

Esta traducción ha sido hecha a partir de la edición latina de las obras de Francisco Sánchez preparada por Joaquim de Carvalho (Francisco Sanches, OPERA PHILOSOPHICA, Coimbra, 1955). Existe una versión castellana del *Quod nihil scitur* * cuyo autor es Jaime Torrubiano, si bien suele ser atribuida a Marcelino Menéndez Pelayo **.

Esa traducción —en la que están suprimidos varios fragmentos que figuran en el original, sobre todo en sus últimas partes— me ha sido de utilidad y la he consultado siempre que estimé necesario contrastar con ella mi propia versión. Esta quiere ser completa. Al objeto de facilitar su lectura, se han incluido en el texto los titulillos que en la edición latina de Carvalho figuran al margen. Pero conviene advertir que esta obra de Sánchez está concebida como una suerte de discurso, sin interrupción, y que su relativa brevedad aconseja y permite leerla en dos o tres sesiones. He preferido dejar en latín los títulos de las obras que Sánchez menciona: no hay edición

---

* *Que nada se sabe*, Renacimiento, Madrid, s/f. Que yo sepa, se han hecho por lo menos tres ediciones de esa traducción. La de la Editorial Nova de Buenos Aires suele ser la más citada y data de 1944.

** *Cf. Grande Enciclopédia Portuguesa e Brasileira*, Vol. 26. p. 909.

castellana de todas, y ese me ha parecido el mejor modo de uniformar las referencias.

Me he permitido dar al final un índice de materias.

C. M.

QUE NADA SE SABE

QUE NADA SE SABE

Al muy íntegro y elocuente varón Diego de Castro, saluda Francisco Sánchez.

Revolviendo hace poco entre los papeles de mi biblioteca, Diego carísimo, encontré por casualidad este libro que compuse durante los últimos siete años, y que me proponía guardar hasta que se cumpliese el noveno. Pero ahora que lo hallé, maltratado por la polilla y los ratones, comprendí que si tardaba aún dos años más en publicarlo, era de temer que mejor sus páginas sirvieran para echarlas al fuego que para sacarlas a la luz. Este pensamiento me obligó a abortar el libro cuanto antes, juzgando que, del mismo modo que los partos humanos no siempre tienen lugar al noveno mes, sino que también ocurren en el séptimo, así este ser prematuro podría sobrevivir tras sólo siete años de gestación.

Hay también otra razón que me anima a sacar este libro: dentro de poco produciré algunas otras cosas, y es conveniente que esto aparezca primero. Además, si quisiéramos esperar todo el tiempo necesario para llegar al punto en que nada pudiese ya cambiarse en un libro antes de darlo al público, nos pasaría lo que a Sísifo con su piedra, o lo que al oso que nunca termina de lamer, y jamás publicaríamos nada. Añade a esto el que vemos frecuentemente cómo los autores,

al querer retocar sus obras para perfeccionarlas, las deforman.

Salga, pues, este soldado al campo abierto, acompañado por las buenas aves del cielo. Y si acaso acontece que se ve acorralado por el enemigo, de mí lleva el encargo de refugiarse en tu castillo, mi querido Castro, pues en ninguna otra parte estará más seguro. Y para que no le impidas el paso antes de conocerlo, te lo mando con este mensaje para que te salude en mi nombre lo más pronto posible, confirme nuestra amistad y salga a la lucha enarbolando tu enseña.

Recíbelo, pues, con buena cara, y adscríbelo al número de los tuyos; y a mí con él.

Vale, Toulouse.

FRANCISCO SANCHEZ
AL LECTOR

Es innato en los hombres querer saber. Pero pocos son los que emprenden el camino de la ciencia, y menos aún los que la alcanzan. En este punto no se comportó conmigo la fortuna de una manera diferente a como lo hizo con el resto de los mortales.

Desde los primeros años de mi vida estuve interesado en la contemplación de la naturaleza y trataba de investigar todas las cosas. Y aunque al principio mi ánimo, afanoso de saber, solía contentarse con cualquier comida que se le ofreciese, llegó después un momento en el que, atacado de indigestión, comencé a vomitar todo lo que había ingerido.

Lo que yo buscaba era algo que pudiese satisfacerme y darme absoluto reposo. Pero nada hallé que pudiese colmar mi deseo. Indagaba entre las cosas que habían dicho los antiguos; preguntaba a los que estaban presentes. Y todos venían a contestarme lo mismo, no siendo sus respuestas capaces de satisfacerme por completo. Admito que algunos me permitieron entrever ciertas sombras de verdad; pero no hallé a ninguno que, con juicio sincero, me la mostrase de manera absoluta. Por lo tanto, me encerré dentro de mí mismo, y, poniéndolo todo en duda, como si nada se hubiera dicho nunca sobre estos asuntos, comencé a examinar las cosas mismas

que es el único modo de saber. Me remontaba hasta los primeros principios, y desde allí di comienzo a mi investigación. Sin embargo, cuanto más pensaba, más dudaba. Jamás pude alcanzar un conocimiento perfecto.

Me desesperé, pero persistí en mi tarea y, más aún, torné a preguntar a los hombres doctos deseando con avidez que me mostrasen la verdad. ¿Y qué obtuve de ellos? Cada uno se había fabricado una ciencia amasándola con fantasías propias o ajenas. Y de allí inferían nuevas conclusiones igualmente fantásticas; y, de éstas, deducían otras, muy alejadas de las cosas mismas, llegando a dar en un laberinto de palabras sin base alguna de verdad. Y, de esta manera, lo que se consigue no es el entendimiento de las cosas naturales, sino un entramado de nuevas ficciones, cuyo conocimiento es desestimado por una mente bien constituida ¿Quién puede comprender lo que no existe? Ficciones de esta índole son los átomos de Demócrito, las ideas de Platón, los números de Pitágoras, los universales de Aristóteles y el intelecto agente. Y así se pesca a los ignorantes, a quienes se promete que descubrirán los escondidos secretos de la naturaleza. Y ellos lo creen y tornan a manejar la obra de Aristóteles, la leen y releen, y hasta la aprenden de memoria: que es tenido por más docto el que es capaz de repetir más citas de Aristóteles. Si uno les niega la cosa más mínima, le llaman blasfemo; y si alguien se atreve a argumentar contra ellos, lo tildarán de sofista. ¿Qué puede hacerse con esta gente? Dan lástima. Pero que sigan engañándose los que quieren vivir en el engaño. Yo no escribo para ésos, ni pretendo que lean mis escritos. Sin embargo, no faltará entre ellos alguno que, leyéndome y no

entendiéndome (¿qué sabe el asno del son de la lira?) intente herirme con sus dentelladas. Pero le ocurrirá lo que a la serpiente de la fábula de Esopo: que mientras pensaba que podía roer la lima, se estaba quebrando sus propios dientes. Yo sólo quiero trato con aquellos que no acostumbran a jurar de antemano sobre las palabras de ningún maestro y que se enfrentan a la realidad de las cosas valiéndose de sus propias armas y guiados por los sentidos y por la razón.

Tú, lector, quienquiera que seas, pero que participas de esa condición y temperamento que yo tengo y que dudaste muchas veces acerca de la naturaleza de las cosas, duda ahora conmigo; ejercitemos juntos nuestros ingenios y facultades; liberemos nuestro juicio, sin caer en lo irracional. Quizá me digas: ¿qué puedes tú ofrecerme, después de haber existido tantísimos varones ilustres? ¿Te esperaba a ti la Verdad? Por supuesto que no. Pero tampoco les esperaba a ellos. ¿Hemos de callarnos nosotros porque haya escrito Aristóteles? ¿Es que él determinó toda la potestad de la naturaleza y abarcó el ámbito del universo entero? No creeré tal cosa, aunque eso quieran decirme ciertos comentaristas suyos, fieles en grado sumo a su maestro al cual llaman Dictador, Juez y Arbitro de la Verdad. Pues en la Verdad, lo mismo que en su tribunal, no vale otra cosa que la Verdad misma. Y creo que estos sutilísimos admiradores de Aristóteles se opondrían a su maestro en muchas cosas si estuviesen inspirados por el afán de encontrar la verdad, y no por la ambición y la malicia.

Pienso que Aristóteles es un Hércules entre los más agudos escudriñadores de la Naturaleza; y lo

admiro como a uno de los más grandes ingenios que ha producido la débil especie humana. Pero también afirmo que ignoró muchas cosas; que dudó en otras, que enseñó no pocas con bastante confusión, que trató algunas cuestiones de manera muy superficial, que ciertos asuntos los pasó por alto tácitamente y que otros los rehuyó de forma manifiesta. Al fin y al cabo, era un hombre, lo mismo que nosotros, y varias veces dio muestra de la torpeza y debilidad que aquejan a la mente humana. Nosotros nos dolemos de esa misma enfermedad. Y así lo manifestamos. Pero al mismo tiempo, nos esforzamos, sin recurrir a los antiguos, por aclarar aquellas cosas que no están resueltas. Tal es nuestro juicio. Las épocas se suceden las unas a las otras, y con los cambios de época se cambian también las opiniones de los hombres. Todos creen haber encontrado la verdad, cuando lo cierto es que, de mil que se atreven a opinar creyéndose en la verdad, sólo uno da con ella. Permítaseme, pues, como a los demás, e incluso sin ellos, hacer la misma indagación. Tal vez alcance algún resultado. Más fácilmente alcanzan la presa varios canes que uno solo. Y no te sorprenda, lector, que después de tantos y tan ilustres varones, venga yo a mover esta piedra, pues ocurre que, a veces, un solo ratoncillo es capaz de roer las sogas que apresan al león.

No es que yo prometa ofrecerte la verdad, pues la ignoro lo mismo que todas las demás cosas. Investigarla en cuanto me sea posible es lo único que te prometo, para que tú la persigas en terreno abierto, ya fuera de las cavernas donde suele estar encerrada. Y tampoco esperes tú alcanzarla jamás, o poseerla. Confórmate, como hago yo,

con correr tras ella. Ese es mi fin, y mi propósito. También debe ser el tuyo.

Así, pues, comenzando por los principios de las cosas, examinaremos los asuntos capitales de la Filosofía, partiendo de los cuales se entenderán mejor los demás. Pero no me demoraré mucho en cuestiones particulares, pues quiero referirme pronto a la Medicina, de cuyo arte soy profesor, y cuyos principios sirven también de base a toda la filosofía. De esta forma moveré dos piedras con una sola mano. Si no lo hiciera así, la vida no me bastara para concluir este libro. Y así, excusándome de tratar temas menores, podré ir de una manera más directa al estudio de lo que sea la verdad.

Tampoco esperes de mí una expresión refinada y elegante, pues, si me pusiera a escoger las palabras, la verdad se me escaparía entre los dedos. Si buscas un estilo brillante, pídeselo a Cicerón, pues tal era su oficio. Yo hablaré con suficiente belleza si hablo con suficiente verdad. Las palabras bellas son patrimonio de los poetas, de los oradores, de los amantes, de las meretrices, de los aduladores, de los rufianes, de los parásitos y demás gentes de esa clase, para quienes todo se reduce al bien hablar. A la Ciencia le basta, porque es lo único necesario, la propiedad del lenguaje, cosa que no es compatible con un lenguaje florido. Tampoco me pidas que recurra a muchas autoridades ni que venere a los maestros establecidos, porque ello sería señal de poseer un ánimo servil e indocto y no un espíritu libre y amante de la verdad. Sirviéndome de la razón, únicamente, sólo seguiré a la naturaleza misma. La autoridad manda creer; la razón fabrica demostraciones; aquélla es apta para la fe;

ésta para la ciencia. De ahí que, lo que yo vea con mi razón que está bien dicho por esas autoridades, lo confirmaré gustosamente; y lo que me parezca falso, así lo haré constar.

Quiera Dios que con el mismo ánimo con que yo, sincero y vigilante, voy escribiendo esto, lo recibas tú, también vigilante y lo juzgues con mente sana y libre, rechazando con firmes razones aquello que te parezca falso (cosa muy grata para mí, por ser propia de un filósofo) no con torpes injurias como hacen los envidiosos y los ignorantes (pues ello es cosa de mujerzuelas, indigna de un filósofo y, por lo tanto, muy desagradable para mí), aprobando y confirmando, en último término, aquello que te parezca verdadero.

Lo cual confío que hagas, hasta que logre ofrecerte otras obras de mayor envergadura.

Toulouse, en las calendas de enero, año de la Redención 1576. QUID?

FRANCISCO SANCHEZ Filósofo y Doctor en Medicina

QUE NADA SE SABE

CONSECUENCIA AMBIGUA

Ni esto siquiera sé, que no sé nada. Sin embargo, aventuro que ello es así en mí y en los demás. Sea esta proposición *mi* estandarte que debe seguirse: *Nada se sabe.* Si supiera demostrarla, concluirías lógicamente que nada sabemos; y, si no lograse hacerlo, mejor aún, ya que eso era lo que había afirmado en un principio. Podrás decirme: "Si sabes demostrarla, habrá que concluir lo contrario, pues ya sabes algo". Pero yo concluí eso mismo antes que me presentases tu objeción.

Ya empieza a complicarse el asunto, y de ello mismo se deduce que nada sabemos.

Quizá no me has entendido, y por eso me llamas ignorante. Llevas razón en lo que dices. Pero yo también la llevo, y más que tú, porque no entendiste. Los dos, por tanto, somos ignorantes. Así, pues, y sin saberlo, llegaste a la conclusión que yo buscaba. Si has comprendido la ambigüedad de la consecuencia, habrás visto con claridad que nada se sabe; si no, medita, distingue y deshazme el nudo. Aguza el ingenio.

Continúo.

TODA DEFINICION ES NOMINAL,
Y CASI TODA CUESTION LO ES

Tomemos las cosas por su nombre. Pues, para mí, toda definición es nominal, y casi toda cuestión lo es. Me explico: No podemos conocer la naturaleza de las cosas; al menos, yo no puedo. Si dices que tú sí, no lo discutiré, pero es falso; ¿por qué tú y no yo? De ahí que nada se sabe. Y si no las conocemos, ¿cómo podremos demostrarlas? De ninguna manera. Sin embargo, tú dices que es la definición lo que demuestra la naturaleza de la cosa. Dame una. No la tienes. Concluyo, pues, en consecuencia. Además, ¿cómo damos nombre a las cosas que no conocemos? No lo veo. No obstante, los hay. Y de ahí proviene la duda constante en torno a los nombres y la mucha falacia y confusión que se da en las palabras —también, acaso, en todo lo que estoy diciendo—. Saca conclusiones.

Aseguras definir esa realidad que es el hombre con esta definición: animal racional, mortal. Lo niego. Porque dudo de la palabra *animal*, de la palabra *racional*, y de la otra. Definirás a su vez estas cosas por los géneros superiores y por las diferencias, como tú dices, hasta llegar al Ente. Me haré cuestión de cada uno de los nombres y también del último, es decir, del *ente* mismo. No sabes lo que eso significa. Dices que no definas lo que no tiene un género superior. No entiendo eso. Ni tú tampoco. Ignoras lo que sea el Ente. Y yo lo ignoro aún más.

DESVIO DE LOS DIALECTICOS.
OTRO DESVIO

Dirás, sin embargo, que alguna vez habrá que

interrumpir la serie de preguntas. Pero esto no resuelve la duda ni satisface a la mente. Admites, por fuerza, tu ignorancia. Y eso me alegra. También la admito yo. Continúo.

No obstante ser el hombre una sola cosa, la designas con muchos nombres: *ente*, *sustancia*, *cuerpo*, *viviente*, *animal* y hasta *Sócrates*. ¿Qué es todo esto, sino palabras? Si quieren significar lo mismo, tanta variedad resulta innecesaria. Si significan cosas diferentes, no significan una sola, a saber: el hombre. Dices que consideras una variedad de aspectos en el mismo hombre, a cada una de las cuales asignas su propia denominación. Pero, de este modo, enturbias más el asunto. No entiendes al hombre en su totalidad, que es algo grande, sólido y perceptible por el sentido, y lo divides en partes tan minúsculas, que éstas escapan al sentido, el más infalible de los jueces, y te obligas a investigarla con la engañosa y oscura razón. Vas por mal camino. Y me defraudas. Y te defraudas más a ti mismo.

Pregunto: ¿Qué llamas en el hombre *animal*, *viviente*, *cuerpo*, *sustancia*, *ente*? Lo ignoras, igual que antes. Tampoco yo lo sé. Y a esto es a lo que quería llegar. Pero lo diré más adelante.

Pregunto después: ¿Qué significa el nombre de *cualidad*? ¿Qué significan *naturaleza*, *alma*, *vida*? Digas lo que digas, yo lo negaré fácilmente, pues bien podrían significar otra cosa. Recurres a Aristóteles para darme una prueba. Yo acudiré a Cicerón, pues su oficio era mostrar el significado de las palabras. Dirás que Cicerón no habló con tanta finura. Y yo te replicaré lo contrario, pues era Cicerón quien ejercía este arte, y no

Aristóteles. Y si me pides más, traeré a otros cultivadores de la lengua latina o de la griega.

NO HAY CONSTANCIA EN LAS PALABRAS, NI CERTEZA, NI ESTABILIDAD

No hay entre los autores ningún acuerdo, ninguna certeza, ninguna estabilidad, ningunos límites. Cada uno maltrata las palabras como quiere, las distorsiona y las acomoda a sus propósitos. Y de ahí provienen tantos tropos, tantas figuras, tantas reglas, tantas mixtificaciones. En esto consiste la Gramática. ¿Y qué no pervierten la Retórica y la Poética? Y lo mismo ocurre con la Dialéctica o Lógica, aunque de distinta manera.

CONCORDANCIAS Y DIFERENCIAS ENTRE LA RETORICA Y LA POETICA, Y LA LOGICA

La Dialéctica o Lógica dispone en orden las palabras, las prepara para el combate y les prohibe que luchen separadas, en vez de unidas; dicta leyes, obliga, permite, apremia. De ahí que los juegos de la Lógica se asemejen a esas batallas fingidas que tienen lugar en los espectáculos públicos, y donde es más necesario el ornato que la fuerza. (Bien al contrario sucede con quienes se preparan seriamente para la guerra, a los cuales les interesa más la fuerza que la hermosura.) Pero, tanto para los lógicos como para los retóricos y poetas, las palabras son meros soldados locuaces. ¿A cuál de ellos creerás más? Es dudoso. Cada uno quiere ser creído. Pero eso no es suficiente.

EL SIGNIFICADO DE LAS PALABRAS DEPENDE DEL VULGO

Parece que, en mayor o menor medida, el significado de las palabras depende del vulgo, y, por tanto, a él se ha de preguntar; pues, ¿quién nos enseñó a hablar, sino el vulgo? Y por esta razón, casi todos los que hasta ahora han escrito tomaron como fundamento de disputa lo que con más frecuencia está en boca de los hombres. Como aquello de: *Decimos que sabemos algo cuando conocemos sus causas y principios.* (Arist. I. *Phys.*). O aquello otro: *Se ha de aceptar aquí aquel principio aprobado por el consentimiento de todos, ya que entonces los hombres se sienten más seguros* (Gal. I *de Diferent. morborum.* I.). . . etc. Pero, ¿es que hay en el vulgo alguna certeza o seguridad? En absoluto.

NO HAY REPOSO EN LAS PALABRAS

¿Cómo, entonces, podrá haber jamás reposo en las palabras? Ya no hay lugar donde puedas refugiarte. Acaso dirás que habrá que buscar el significado que usó el primero que impuso el nombre. Búscalo, pues. No lo encontrarás.

Pero ya basta con lo dicho. ¿Es o no es todo, claramente, una mera cuestión de nombres? Me parece que lo probé suficientemente. Si lo niegas, confirmarás la prueba de la cuestión principal *. Pero en seguida se probará mejor.

---

* Es decir, confirmarás una vez más que nada puede probarse. O, lo que es igual, *que nada se sabe.*

ARISTOTELES, AGUDO ESCRUDIÑADOR DE LA NATURALEZA

Veamos qué ha de entenderse por el nombre de Ciencia. Pues si ésta no es nada, no habrá nadie que pueda ser llamado sabio. ¿Qué dice Aristóteles sobre este particular? Baste con que examinemos a este autor (que fue un acutísimo escrudiñador de la Naturaleza y a quien, por lo común, sigue la mayor parte de los filósofos). Baste con el caso de Aristóteles. Pues, si contra todos los demás hubiésemos de combatir, esta obra se alargaría hasta lo infinito y, además, dejaríamos de lado la naturaleza misma, como acostumbran a hacer los otros.

DEFINICION DE CIENCIA SEGUN ARISTOTELES, Y REFUTACION DE ESA DEFINICION

¿Qué dice, pues, Aristóteles? Que la ciencia es un hábito adquirido por demostración. No lo entiendo. Esa definición es pésima. Consiste en definir lo oscuro por lo más oscuro. Así es como engañan los hombres. ¿Qué es un hábito? Lo sé menos aún que lo que es ciencia. Y tú, menos todavía. Dices que es una cualidad firme. Peor todavía. Cuanto más avanzas, menos me convences.

CUANTAS MAS PALABRAS, MAYOR CONFUSION

Cuántas más palabras, mayor confusión. Me empujas hacia la línea predicamental, y de ahí siempre al ente, que no sabes lo que es. ¿No ha de reducirse todo a los predicamentos? Ciertamente que sí. ¿Qué se saca de ahí? Que todas las cosas van a parar a un laberinto.

EL PREDICAMENTO ES UNA LARGA SERIE DE PALABRAS

¿Qué son los predicamentos? Una larga serie de palabras. Pero, ¿qué he dicho? Digo: de palabras, unas muy generales, como *ente*, *verdad*, bien; otras menos generales, como *sustancia*, *cuerpo*; otras, propias, como *Sócrates*, *Platón*.

DIVISION DE LAS PALABRAS

Aquéllas lo significan todo; las segundas, muchas cosas; las últimas, una sola. Se sigue que cuando se dice *Sócrates es hombre* —y de ahí, que es *animal*, etc.— quiere significarse que lo que muestro, es decir, *Sócrates*, llámase así con un nombre particular; y en cuanto que *Sócrates* es semejante a otros seres de la misma figura, lo llamo *hombre*; y en cuanto que tiene alguna semejanza con otros seres que se mueven pero que no tienen la misma figura, lo llamo *animal*; y en cuanto que tiene algo en común con todos los seres, lo llamo *ente*. De los demás predicamentos puede decirse lo mismo.

Pero, al parecer, no basta con eso. No contentos con las palabras simples, y para complicar más la cosa, los lógicos, añaden a los nombres comunes alguna diferencia; como, para el hombre, *animal*, *racional*, *mortal*, siendo cada una de estas palabras más difícil que la primera. Pues, siempre que hay multitud hay confusión, y cuanto más se multiplican las palabras, más confusas y oscuras son.

FRIVOLAS CUESTIONES DE LOS LOGICOS

Su actitud es despreciable. Se asombra uno de

ver cómo construyen sobre estos cimientos. Y sobre esta serie de palabras (que ellos llaman Predicamentos) discuten muchas cosas: El orden, el número, el género, la diferencia, las propiedades, la reducción a ellas de todas las cosas. Esto lo reducen a la línea recta; eso otro a la lateral; aquello es *per se*; aquello otro, por razón de su contrario; lo de más allá es común a dos; tal cosa se reduce a tal otra; esta de aquí no puede reducirse a ninguna otra. Y luego se hacen cuestiones como la de si hay o no hay cielo, deduciendo que si no tiene lugar entre algún predicamento, no es, en rigor, nada. ¿Para qué seguir? Por ese camino se meten los lógicos en infinidad de nimiedades. Más aún: embrollándose con las palabras, se arrojan a sí mismos y a sus desdichados oyentes en un caos profundo e inútil.

LA DIALECTICA DE LOS MODERNOS ES UNA COMPLETA FARSA

En eso consiste toda la lógica de Aristóteles. Y peores aún son las dialécticas que después escribieron los modernos. Pues a los nombres más generales llaman géneros; a otros, especies, diferencias, propios, individuos. . .

EL UNIVERSAL ES FICCION MUY PARECIDA A LA IDEA PLATONICA

Si preguntas qué es esto, te diré que es algo general, abstraído por el entendimiento; una ficción de Aristóteles muy parecida a las Ideas platónicas.

EL INTELECTO AGENTE NO ES NADA

¿Y qué decir del entendimiento agente (cosa

nueva), abstrayente o iluminante (más bien oscureciente), y del inteligente del cual surge el universal *animal*? Llevan las cosas a un punto que asno significa la mente de estos lógicos * que no pueden comprender el asno común, ni aún formarlo, a pesar de que cada uno de ellos es un asno particular.

¿Qué respondes? ¿Qué es todo esto, sino palabras y necedades? No son, ciertamente, otra cosa.

LOS PREDICABLES SON TERMINOS SIMPLES

Y esto sólo de los términos simples, que llaman predicables. Acerca de los cuales se preguntan aún que cuántos son, que cómo son, que qué son. Nada, tonterías. Además, llaman a unos términos equívocos, a otros análogos, a otros denominativos; hablan de voces, de palabras, de dicciones simples, compuestas, complejas, incomplejas, mentales, vocales, escritas, artificiales, naturales, de primera intención, de segunda intención, categoremáticas, sincategoremáticas, vagas, confusas y otras muchas más, innumerables.

FUTILES DISPUTAS DE LOS LOGICOS

Y acerca de todo eso se enzarzan los lógicos en disputas sobremanera sutiles, que con el menor golpe se desvanecerían en la nada.

¿A eso llamas tú ciencia? Yo lo llamo ignoran-

---

* Cf. el original: *Eo rem ducunt, ut asinus significem mentem istorum Logicorum*, p. 6.

cia. Pero no hemos hecho sino empezar. Si unes una palabra con otra palabra, el resultado es que tienes un sujeto, un predicado, una cópula, una definición, una división y una argumentación. Y, partiendo de estas cosas vuelven a aparecer otras infinitas especies, diferencias y condiciones. ¿Qué más decir? Que mientras estos lógicos aseguran que la mente se perfecciona con la ciencia, ellos mismos se convierten en unos estúpidos.

LOS DIALECTICOS FINGEN NOVEDADES

Los que debieran investigar —y aseguran que así lo hacen— la causa y naturaleza de las cosas, se limitan a fingir novedades. Y el que es capaz de fingirlas más oscuras, ése es el doctor. De ahí que (Aristóteles y sus discípulos) escribiesen también sobre la ciencia de los sofismas, enfrentándose a una ficción con otra ficción, por el aquél de que *un clavo saca otro clavo*.

LOS DIALECTICOS SON
COMO LOS NIGROMANTES

Los dialécticos son como los que profesan la nigromancia y fabrican encantamientos, los más astutos de los cuales, según dicen, son los que evitan las acciones y conatos de los otros, los anulan, los deshacen y los rompen. Antiguamente, algunos impíos censuraron al divino Moisés (*Exod.*, 7) cuando la serpiente de Arón devoró a las de los magos. Así hacen estos encantadores de ahora, los cuales, confiados en las palabras, y sin saber cosa alguna, fingen que saben mucho para que no sean tachados de ignorantes. Yo, oponiéndome a su ignorancia, confieso libremente la mía y con más libertad aún descubro la suya.

Nada sé, pero menos saben ellos. Y hasta aquí, lo que se refiere al hábito científico.

¿Y qué es la demostración? La defines diciendo que es un silogismo que engendra ciencia. Eso es un círculo vicioso, y, por tanto, me engañaste y te engañaste. Pero, ¿qué es silogismo? Algo ciertamente admirable. Escucha, pues, con atención y no le pongas barreras a tu fantasía, aunque de nada te valdrán estos preparativos ante tantísima palabrería.

LA CIENCIA DE LOS SILOGISMOS ES FUTIL

¡Qué sutil, qué larga, qué difícil es la ciencia de los silogismos! Ciertamente es fútil, larga, difícil y nula la ciencia de los sofistas.

¡Ah, blasfemé! Cierto, porque dije la verdad. Ya merezco ser apedreado. Pero tú mereces que te azoten, porque engañas. La ignorancia es en todas partes digna de disculpa, pero la mentira merece castigo.

NO ES VALIDO EL MODO DE PROBAR DE LOS DIALECTICOS

Escúchame, prueba que el hombre es ente. Y me respondes así: *el hombre es sustancia; ésta es ente; luego el hombre es ente.* Dudo de la primera premisa y de la segunda y, por tanto, dudo también de la conclusión. Y dices tú: *el hombre es cuerpo; el cuerpo es sustancia: luego el hombre es sustancia.* Dudo también de ambas cosas. Dices: *el hombre es viviente; el viviente es cuerpo: luego el hombre es cuerpo.* Y de esto dudo tam-

bién, y dices; *el hombre es animal; éste es viviente: luego el hombre es viviente.*

¡Dios mío, cuánta complicación para probar que el hombre es ente! La prueba es más oscura que lo que quería probarse.

Niego también que el hombre es animal. ¿Qué dices a esto? No hay más géneros. ¿Dónde podrás refugiarte? En la definición de animal, que es: un viviente móvil y sensible. Tal cosa es el hombre. Yo niego ambas cosas. Sigue. Y dices: *Viviente es el cuerpo que se nutre; tal hace el animal, ergo...*

Ambas cosas son falsas. Dirás aún: *Sustancia es ente "per se"; tal es el cuerpo, ergo...* Quisiera que también probases esto. Ya no tendrás salida.

¿Qué es, en definitiva, el ente? Lo ignoras, igual que antes. ¿Qué lograste con tus silogismos? No probaste que el hombre es ente, que es lo primero que te había pedido. Subiendo o bajando por tu escala para que me acercases hacia aquel altísimo *ente*, quedose éste en el aire y tú y yo corrimos el riesgo de ser aplastados por su caída. El caso es que dejaste la cuestión tan en la duda como al principio, o más. Pensando siempre que bastaba probar las primeras premisas, no tocaste las segundas. Y si, habiendo probado las primeras, hubiésemos llegado a las segundas, en éstas habrías caído con mayor estrépito. ¿Por qué, pues, tratas de engañarme con estas concatenaciones de palabras? Yo lo diré más claramente. *Ente* lo significa todo: hombre, caballo, asno, etcétera; luego el hombre es ente, y también el caballo y el asno. Si me niegas lo primero, no lo

probaré, pues no sabría cómo. Ni tú tampoco. Nada, pues, sabemos.

DERRUMBAMIENTO DE LA CIENCIA DE LOS SILOGISMOS

Vuelvo ahora a los silogismos, cuya ciencia sutilísima se derrumbó por completo. Dije más arriba que algunos nombres son muy generales, como *ente*, *verdad*; que otros son particulares, como *Platón*, *Mitrídates*. Hay muchos otros intermedios, que no significan tanto como aquéllos, ni tan poco como éstos: *cuerpo*, *viviente*, *animal*. De ahí que le sea fácil al investigador mostrar si el hombre es sustancia, sirviéndose de una sola palabra. Sustancia significa todas las cosas que son por sí: el hombre; la piedra, la madera; etc. Luego el hombre es sustancia. Pero los dialécticos, buscando complicaciones para que su ciencia no caiga en desprecio, si es fácil, la hacen difícil y trabajosa, envolviéndola en palabras, jactándose de que demostraron y probaron científicamente que el hombre es sustancia, enunciándolo así en Bárbara, castillo inexpugnable: *Todo animal es sustancia; todo hombre es animal*; luego: *todo hombre es sustancia*. Dijiste verdad, pero la dijiste más necia y confusamente de lo que lo haría un sabio. Pues es igual que si dijeras que sustancia significa lo mismo los vivientes que los no vivientes; y viviente significa tanto el hombre como la cereza. Luego, ya desde el principio, significa sustancia el hombre. Y con tantos grados intermedios la mente se confunde y hasta llega, por culpa de eso mismo, a dudar más de cada uno de los intermedios. ¿No es esto lo mismo que Aristóteles había dicho en otro lugar, que "lo que se dice del predicado se dice lo mismo del sujeto" (Arist. *in antepredi-*

cam.)? Pero eso son variaciones de los nombres, como también aquello de que "lo que es, dícese de muchos modos". Si el nombre de hombre significa una sola cosa, dícese otro principio; y la causa dícese de un modo; la naturaleza dícese de un modo; dícese necesario.

CASI TODO LO QUE CONTIENE LA OBRA DE ARISTOTELES SON DEFINICIONES DE NOMBRES

Todo lo que hay en la Metafísica de Aristóteles y en sus otras obras es definición de nombres. De donde, prácticamente, todo es cuestión de nombre: si la sustancia se dice del hombre, y así de otras cosas. De forma que, como nadie puede saber nada con certeza, no hay ciencia alguna ni de las cosas ni de las palabras. Me dirás: impongamos, pues, las palabras. Lo permito. Y añadirás: Por consiguiente, sabremos que tal palabra significa tal cosa. Y yo digo: Falso; porque ignoras qué sea *palabra*, qué sea *tal cosa* y qué sea *significar*. Luego no sabes que tal palabra significa tal cosa. Y lo pruebo diciendo que, ignoradas las partes, se ignora el todo. Y tú, como yo, ignoras parte y todo. Luego nada sabemos.

¿Por qué, pues, siendo ignorantes tú y yo, pues tú mismo eres ignorante y padeces una ignorancia extrema acerca de las palabras, llamas, sin embargo, sutil a la ciencia y vas acumulando una ignorancia mayor con tanta oscuridad y tanta complicación?

LOS DIALECTICOS, PARA DAR LA IMPRESION DE SABIOS, HACEN COMENTARIOS ACERCA DE LAS PALABRAS

Y me responderás: Para dar impresión de sabio. Pero ocurre lo contrario: pues aunque dices que sabes, lo que haces es entretenerte en discutir falsedades y ridiculeces.

Yo declaro mi absoluta ignorancia, y me sorprendo de que tú no sepas que nada sabes. Y si sabes que no sabes nada, engañas y mientes al decir que sabes mucho.

SOCRATES, FILOSOFO DOCTISIMO

Siempre he buscado con afán a un filósofo sincero que diga honestamente si sabe de verdad alguna cosa. Y nunca lo encontré, con la excepción de Sócrates —aunque los pirrónicos, académicos y escépticos dicen lo mismo de Favorino * (Gal. *Lib. de optimo docen. gen.*, Diog. Laert. *lib. 9.*, Plutarch. *contra Colotem*)—. Sócrates, aquel docto y austero varón, sólo sabía esto: Que nada sabía. Y por el solo hecho de haber dicho esto, yo lo considero doctísimo. dijo que sabía aquello sólo. Y de ahí que, como no sabía cosa alguna, no quiso dejarnos nada escrito.

---

* Favorino (80?-135): Filósofo y orador nacido en Arles, Francia. Fundó en Roma y en Atenas escuelas de declamación y de filosofía. Aunque admirador del pensamiento platónico, las doctrinas por él impartidas estaban inspiradas en el escepticismo de Pirrón.

TODAS LAS COSAS ME SON SOSPECHOSAS

Lo mismo se me ocurrió a mí muchas veces. Pues, ¿qué diré yo que no sea sospechoso de falsedad? Todas las cosas humanas me son sospechosas, hasta lo que ahora mismo estoy escribiendo. Sin embargo, no me callaré. Por lo menos hay algo que podré decir libremente: que no sé nada. Ni tú tampoco te esfuerces en vano buscando la verdad, esperando poder poseerla claramente algún día. Y si después investigara con los demás algo de lo que hay en la naturaleza, créelo, si quieres, pero ni siquiera me importa. Pues, como dijo aquel sapientísimo Salomón, todo es vanidad. Lo dijo Salomón, el varón más docto que recordamos de los que nos dieron los pasados siglos, lo cual lo demuestran abiertamente sus obras, entre las cuales destaca aquel magnífico libro llamado *Eclesiastés.*

Pero volvamos a la ciencia.

¿Qué movió a Aristóteles a discurrir tantas y tan profundas cosas sobre la naturaleza de las palabras? ¿Qué le llevó a fingir aquellos famosos Universales? Si podemos saber alguna cosas sin todo esto, lo mostraré más adelante, donde hablaré del modo de saber.

DEL METODO DE ARISTOTELES NO SE ORIGINA CIENCIA ALGUNA

De momento diré que del método de Aristóteles no se origina ciencia alguna. Veámoslo:

La ciencia se obtiene por demostración: ¿Qué es esto? Un sueño de Aristóteles, no muy diferente

del ciudadano de la república platónica, del orador de Cicerón, del poeta horaciano. No hay ciencia en parte alguna. Aristóteles escribió de manera bastante confusa y complicada, y jamás produjo ciencia. Tampoco la produjo ninguno de los que vinieron tras él. Prodúcela tú, por lo menos, y envíamela. Pero ya sé que no la tienes. Ni siquiera Aristóteles formó jamás un silogismo, a no ser para enseñar a los otros cómo formarlos. Y entonces tampoco lo hizo con términos que significasen algo, sino con los elementos A, B, C, y ello todavía con mucha dificultad. Que si hubiera utilizado términos con significado, jamás habría concluido su obra. ¿Para qué sirven, pues, estos silogismos? ¿Para qué trabajó tanto en enseñarlos? ¿Por qué después de él siguen afanándose todavía los demás? Escribiendo no los utilizamos, ni tampoco él lo hizo. Con los silogismos, nunca se produjo ciencia alguna, antes bien, se perdieron y estropearon muchas por su causa. Arguyendo y disputando, contentos con la simple consecuencia, hacemos aún menor uso de ellos. Y casi es mejor así, porque, de lo contrario, habría que seguir batallando sobre si reducir el silogismo a modo y figura, convertirlo o hacer otras infinitas sandeces. Y hay muchos necios que hacen hoy así y niegan cuanto no es puesto en modo y figura. Tanta es su estupidez, y tanta la argucia y sutilidad de esta ciencia silogística, que olvidándose por completo de las cosas, se sumergen en las tinieblas.

EL CASO DE AVERROES

Y se admira al sutil Averroes y a otros muchos que vinieron después, porque quisieron reducir a silogismos lo que dijo Aristóteles y mostrar que dichos silogismos eran infalibles, certísimos y de-

mostrativos. ¡Con cuánto trabajo se esforzó él, inútilmente, en hacer lo mismo! Cuando lo cierto es que tal cosa no puede lograrse, como haré ver más adelante. Y, sin embargo, no se admira a Agustín, esplendidísima luz de la Iglesia Cristiana, el cual, valiéndose de sus propias armas, y sin necesidad de preceptor, aprendió todas las ciencias, excepto esta ciencia de los silogismos.

LA DOCTRINA SILOGISTICA ES VANO INTENTO Y DA FRUTOS NOCIVOS

Las otras ciencias se fundan en las cosas mismas; ésta, por el contrario, es una ficción refinada, de ninguna utilidad y de frutos nocivos, porque aparta a los hombres de la contemplación de la realidad y hace que se encierren en sí mismos, como se verá mejor en el transcurso de mi obra. Pero no es esto lo que afirman los escolásticos, los cuales dicen que dicha ciencia silogística es el modo de conocer y el principio sin el que no puede darse ciencia alguna. Y en eso dicen verdad, si bien la dicen de una manera estúpida: pues su ciencia se reduce a construir un silogismo a partir de la nada, es decir, a partir de A, B, C. Y si tuvieran que construirlo a partir de algo, enmudecerían como quienes no entienden ni la más pequeña proposición.

ES FALSO QUE LA DEMOSTRACION ENGENDRA LA CIENCIA

Pero volvamos a nosotros: Quien enseña a construir una casa, ¿no la construye él nunca por sí mismo, ni tampoco sus discípulos? ¿Cómo voy a creer que esto es así? Aquello de *si nulla demostratio, nulla ergo scientia* es falso. Del ignorante, pero con aptitudes para aprender, surge la ciencia;

pero no brota de la demostración, que se limita a mostrar lo que ha de saberse, como la misma palabra demostración lo indica. Yo no entendí jamás la más insignificante proposición de Aristóteles. Pero, conmovido por la lectura de sus libros, me aficioné a contemplar todas las cosas. Y habiendo visto las contradicciones y dificultades de los aristotélicos, y para no verme yo también envuelto en ellas, los desestimé y vine a refugiarme en las cosas mismas, ejercitando mi propio juicio. Esto fue para mí Aristóteles: lo que él mismo dice que fue Timoteo para los demás autores: un refugiarse en la naturaleza (*Methap.* I). Ciertamente, si Aristóteles, Platón y otros se hubiesen manifestado de otra manera, tampoco me manifestaría yo tal y como ahora lo hago.

SON INEPTOS LOS QUE BUSCAN LA CIENCIA SOLO EN LOS LIBROS

De donde puede verse fácilmente qué necios son quienes buscan la ciencia sólo en los libros, no estudiando en las cosas mismas. Pues quien me indica con el dedo una cosa para que yo la vea, no produce en mí la visión, sino que excita la potencia visual para que se actualice. Por lo que también me parece muy estúpido lo que algunos aseguran: que la demostración concluye de modo necesario y tiene algo de eterno y de inviolable: cuando, quizá, no hay nada eterno e inviolable, o, si existen, nos son desconocidos como tales, ya que nosotros somos, en un período muy limitado de tiempo, sobremanera corruptibles y cambiantes.

LA VERDADERA CIENCIA ES LIBRE Y PROCEDE DE UNA MENTE LIBRE

La verdadera ciencia, si la hubiera, sería libre y procedería de una mente libre; pues si no es la mente capaz de percibir de suyo la cosa misma, tampoco la percibirá obligada por demostración alguna. Estas demostraciones sólo obligan a los ignorantes, a quienes únicamente les basta con la fe. ¿Por qué, pues, ignorante de ti, concluyes de aquí y de allí muchas proposiciones, basándote en Aristóteles, y construyes con ellas un silogismo *bárbaro*, si no eres capaz de entender por ti mismo ni una de dichas proposiciones? Mejor sería que yo te aconsejase: deja la Filosofía, pues eres totalmente inepto para ella; como mucho, limítate a ser un buen albañil, o zapatero, o, si quieres, artesano de esos que convierten la madera, la piedra, el paño y el cuero en una figura, no *bárbara*, como la tuya, sino bien terminada. Y no se preguntan qué sea la madera, la piedra, el paño o el cuero, sino cómo formar a partir de ellos una casa, un vestido o unas sandalias para el César; pero tú, usando una potestad de César, fabricas un laberinto en el que te encierras junto con otros parecidos miserables a quienes les falta el filo de la razón. No entiendes, no sabes cosa alguna, y, sin embargo, pretendes enseñar a los otros. Tampoco sé yo nada, y, a pesar de ello, me empeño en persuadirte. De donde, no sabiendo tú aquello, tampoco podrás saber esto. Ni yo tampoco podré demostrártelo, ya que lo ignoro todo. Luego nada sabemos. Eso es lo que aún estoy tratando de mostrarte.

LOS LOGICOS LLAMAN HABITO CIENTIFICO AL CONGLOMERADO DE MUCHAS CONCLUSIONES

Sigo con la definición de ciencia. Llaman hábito científico al conglomerado de muchas conclusiones. Es sorprendente cómo los dialécticos, abandonando totalmente las cosas, vuelven siempre a sus ficciones. Son como la gata de la fábula de Esopo, la cual, una vez cambiada en doncella, y ya con otra forma, seguía no obstante persiguiendo a los ratones. Y, ciertamente, para esos dialécticos ignorantes, la ciencia se reduce a sacar muchas conclusiones, sin fijarse para nada en la realidad de las cosas.

LA CIENCIA ES UNA VISION INTERNA

¿Quién jamás definió una visión por un amontonamiento de imágenes? La ciencia no es más que una visión interna. Si fuera un conglomerado de conclusiones, este libro tendría mucha ciencia. Eres incorregible: acaso te atreverás a decir que tus obras contienen ciencia escrita, por aquello de que hay tres clases de términos: el oral, el escrito y el mental. No entiendo, pero te lo concedo. ¿Qué se sigue de esto? Que ni tú ni yo sabemos cosa alguna. Eso lo prueba Esopo, el cual, decidido a no dejarse embaucar, fue puesto entre un gramático y un retórico. Y al preguntársele qué sabía, respondió: "Nada".

—¿Cómo puede ser eso?

—Porque —respondió de nuevo Esopo— no me dejasteis vosotros nada por saber. (Preguntados

ellos antes qué sabían, habían contestado que lo sabían todo).

Lo mismo ocurre con los libros: si se contiene en ellos todo lo que podría saberse, nada nos dejarían a nosotros para que lo investigásemos.

Continúo.

LA CIENCIA HA DE SER DE CADA COSA TOMADA INDIVIDUALMENTE

Si estos dialécticos hubieran dicho que la ciencia es un conglomerado de cosas en la mente, hubiese sido mejor. Pero tampoco es eso totalmente verdadero. La ciencia es de cada cosa tomada individualmente, no de muchas a la vez. Y ello es así porque una visión es de un solo objeto individual, ya que no es posible ver de un modo perfecto dos cosas a la vez, como tampoco lo es entender perfectamente dos cosas al mismo tiempo, sino una después de otra. De donde proviene aquel dicho: *Cuando se aplica uno a muchas cosas, poca es la atención que se presta a cada una de ellas.*

DE QUE MODO SE DICE QUE LA FILOSOFIA ES UNA SOLA CIENCIA

Pero así como todos los hombres son en especie, mejor dicho, en nombre, un solo hombre, así la visión se dice una sola aunque sea de muchas cosas y muchas sean las visiones en número. Y así se dice que la Filosofía es una sola ciencia, aunque sea contemplación de muchas cosas, a cada una de las cuales le corresponde una contemplación propia. Y la ciencia de

cada una, después de la contemplación, es una sola.

NO ES CIENCIA LA ACUMULACION DE MUCHAS COSAS EN LA MENTE

No es tampoco cierto que la ciencia sea la acumulación de muchas cosas en la mente, lo cual piensan algunos ineptos, llamando más doctos a quienes han visto y oído más cosas y son capaces, por consiguiente, de disertar sobre una sola ciencia o sobre varias. Muy al contrario: quien quiere abarcar todo, todo lo pierde. Pues basta una sola ciencia para todo el orbe, pero no es suficiente todo el orbe para la ciencia. A mí me bastaría para tarea de toda una vida la contemplación de la cosa más insignificante del mundo, y ni aún así llegaría a conocerla. ¿Cómo, pues, un solo hombre puede saber tanto? Créeme: Muchos son los llamados, y pocos los escogidos. Experiméntalo en ti mismo. Contempla alguna cosa, un gusano, por ejemplo, o su alma. Y te darás cuenta de que nada podrás averiguar.

TAMPOCO ES LA VISION UN CONGLOMERADO DE IMAGENES EN EL OJO

Confieso que, para saberlas, es necesario que las cosas estén en la mente. Pero eso no es ciencia, sino memoria; como tampoco es la visión el conglomerado de imágenes en el ojo (si es que así se produce la visión), aunque ésta no pueda darse sin ellas. Pues vemos que aquellos que imaginan algo fijamente, ofrézcase lo que se quiera a los sentidos, no sienten nada, a pesar de que en ese mismo instante se esté imprimiendo una serie de imágenes sensibles en

sus ojos y oídos. En virtud de eso llegó a decirse que todo estaba en todos, y que era imposible conocer algo que estuviese fuera, ya que todo estaba en nuestro interior. Y llamaban saber al proceso por el cual llegábamos a encontrar nuestros propios contenidos de conciencia.

FALSA OPINION

Pero están en un error. Primero, porque aseguran que en nosotros hay un asno (lo cual quizá sea cierto en ellos), un león y todas las demás cosas. ¿Cómo puede ser que yo esté en el león y el león en mí? Eso es fingir una quimera. Y ojalá pudiesen probar que sabemos algo, pues entonces concederíamos validez a su razonamiento. Ellos dicen: *Nada puede saberse sin que esté en nosotros; todo se sabe*; luego *todo está en nosotros.* Pero resulta que la premisa mayor es dudosa, y que la menor es falsa. ¿Cómo, pues, podría seguirse una conclusión de estas premisas? Argumentan mal cuando dicen que, para saber, basta con que conozcamos lo que está en nosotros. Pues aunque esto, si fuera posible, tal vez ayudaría, no se sigue de ahí que todo esté en nosotros, sino todo lo contrario.

HAY EN NOSOTROS MUCHAS COSAS QUE NO CONOCEMOS

Es evidente que en nosotros está el cuerpo, el alma, el entendimiento, las facultades, las imágenes y otras muchas cosas. Y, sin embargo, en modo alguno las conocemos perfectamente. Pero esta cuestión de si conocemos todas las cosas que hay en nosotros la trataremos como es debido en los libros de la naturaleza. Por ahora, es

ya suficiente con haber tocado lo que se refiere a los propósitos del presente estudio.

Así, pues, las cosas o las imágenes de las cosas que existen en nosotros no producen ciencia ni son ciencia. Pero la memoria se abastece de ellas y allí es donde la mente puede contemplarlas.

DICEN MAL LOS QUE AFIRMAN QUE LA CIENCIA ES UN HABITO

De ahí también deduzco que están muy equivocados los que afirman que la ciencia es un hábito. Pues en este caso la cualidad es sobremanera inestable.

LA CIENCIA ES UN ACTO SIMPLE DE LA MENTE

La ciencia no es una cualidad, a menos que queramos llamar cualidad al hecho de ver. La ciencia es más bien un acto simple de la mente, y puede ser perfecta en una primera intuición. No dura más tiempo del que tarda en darse en la mente, de modo similar a como ocurre con el acto de ver. Mediante la contemplación y el conocimiento —que son operaciones de la mente— las imágenes son entregadas a la memoria y son retenidas en ella. Si la imagen se ha fijado más imperfectamente, habrá que llamarla disposición. Pero todo esto será propio de la memoria, no de la ciencia; si después lo evoca, se dirá que se recuerda lo sabido, no que se sabe, pues eso sólo ocurre cuando se contempla. Es lo mismo que sucede cuando alguien relata lo que ha visto: que no lo ve en ese momento.

POR QUE SE DICE QUE SABE MUCHO QUIEN RECUERDA MUCHAS COSAS

No obstante, se dice que sabe muchas cosas quien retiene en la memoria lo sabido, porque, o bien lo supo antes, o bien puede saberlo cuando quiere; pues con una mínima ojeada entiende, al mirarlas, las cosas que ya entendió con anterioridad. De donde se deduce que el hábito de muchas cosas en la memoria no se llama ciencia, si esas cosas no hubiesen sido antes conocidas por el entendimiento.

PLATON DECIA QUE NUESTRO SABER CONSISTE EN RECORDAR

Decía Platón que nuestro saber (cosa sorprendente) no era otra cosa que recordar; es decir, que nuestra alma lo sabía todo antes que nosotros, y que lo olvidó al unirse con nuestro cuerpo; y que poco a poco va recordando, como si despertara. Pero el doctísimo varón edifica sobre unos cimientos muy débiles que no están confirmados ni por la razón ni por la experiencia. Y lo mismo ocurre con otras muchas cosas que soñó acerca del alma, como lo mostraremos en el tratado que al alma se refiere.

ARISTOTELES REFUTO ESE ERROR MUCHAS VECES

Aristóteles refutó ese error muchas veces. *(Posterio* et in *Methap.*, et *lib. de Anima).* Pero, dejando sus razones —que pueden ser leídas en su obra por quien lo desee— examinemos la cuestión en lo que se refiere a nuestros propósitos.

REFUTACION DE LO DICHO POR PLATON SOBRE EL CONOCIMIENTO

Quizá creería yo a Platón si éste hubiese dicho que *vio* cómo su alma lo sabía todo antes que fuera sepultada en su cuerpo. Pero, si tal hubiera sido el caso, habría que decir que Platón, más que hombre, era un duende o un fantasma. Lo que es yo, puedo decir con toda sinceridad que ignoro lo que fue de mí antes de venir a este mundo. Es más: apenas si creo lo que ahora estoy viendo. ¿Cómo, pues, creeré tus sueños? Dime: ¿Sabía o no sabía el alma antes de entrar en tu cuerpo? Eso no lo dices. Una de dos: o aquella ciencia del alma era sólo recuerdo, o no; y, si lo era, sería recuerdo de otra alma que había en ella, la cual lo sabía todo antes de estar en la tuya. Y sobre el conocimiento de esa otra alma podríamos también preguntarnos: ¿Era o no era recordar? Así podría llevarte hasta el infinito.

Y si esa otra alma no recordaba lo que sabía la anterior, y lo aprendió por sí misma, eso quiere decir que se olvidó antes. ¿Por qué? Y si se había olvidado y luego lo aprendió, ¿no era su saber, en definitiva, otro modo de recuerdo? También vamos por aquí al infinito. Y si el saber del alma no era recordar, ¿perdió aquel saber al sumergirse en el cuerpo? Si no lo perdió, sabe como antes. Y antes, según tú, su saber no era recordar. Y si por la inmersión en el cuerpo, como dices, como aturdida por el trasiego del nuevo domicilio, permanece desmemoriada de sí por algún tiempo, podrá acordarse después de lo que había olvidado; pero, entonces, no lo sabrá. Es lo mismo que nos ocurre a nosotros cuando,

olvidados de lo que sabíamos antes, logramos al fin recordarlo. Pero ese recuerdo no es saber.

Si verdaderamente se pierde algo por completo, imposible será recordarlo después. Porque sólo recordamos aquellas cosas que permanecen todavía en la memoria o imaginación, aunque no se presenten al pensamiento. Y así, cuando llega la ocasión en que se produce la reminiscencia de alguna cosa similar, esas cosas olvidadas rebullen en la fantasía, pero a modo de recuerdo, puesto que ya estaban allí antes. Porque, si hubieran sido extirpadas por completo con anterioridad, no hablaríamos de recuerdo, sino de una nueva impresión, como les sucede a quienes por enfermedad olvidan absolutamente todo, hasta su propio nombre. Hasta el común de las gentes asegura que estos enfermos son víctimas de total olvido y que, consecuentemente, deben ser instruidos desde el principio, como si fueran niños. Y ellos mismos niegan haber sabido alguna vez aquello que se les enseña. (Gal: *De diffe. symptoma et De caus. symptoma*, Plin: *lib.* 7. c. 24, Valeri.)

Así, pues, recordar no es lo mismo que saber.

Además, siempre que recordamos, decimos: *había olvidado esto, pero ahora lo recuerdo así, o que sucedió de tal manera.* Pues si el alma sólo fuese capaz de recordar, también el niño diría cuando le enseñasen algo: *yo también sabía eso antes; ahora lo recuerdo.* ¿Y quién dice eso? Más aún: si el alma sabía antes de ser sumergida en el cuerpo, será también ella la que sepa después, y no el hombre.

ES IMPROPIO DECIR QUE "EL ALMA" SABE

¿No es impropio decir que el alma sabe?

Pongamos la cosa en claro, pues es cuestión de nombre. *Saber* y *recordar*, o bien significan lo mismo, o no. Es evidente que no. Si significaran lo mismo, ¿por qué no usamos indiferentemente lo uno por lo otro? No dudo que los perros son también capaces de recordar. En cierta ocasión golpeé a uno voluntariamente, y siempre que me ve, me ladra, acordándose, sin duda, de las heridas. Pero, ¿quién se atrevería a decir que los perros *saben*? Acaso no quieres que los perros recuerden, por causa de Aristóteles (*Lib. de Memor. et reminisc.*). Diremos algo sobre esto más adelante. Pero, cuando menos, las mujeres y los niños son capaces de recordar, y, sin embargo, no saben nada. Todos recordamos, pero nada sabemos.

Y si recordar y saber no significan lo mismo, ¿por qué los confunde Platón? Si lo primero es algo más general que lo segundo, ¿por qué no añadió alguna diferencia que redujese el significado de esta segunda operación? Pues el hombre es animal, pero no sólo él, pues también lo es el caballo. Por lo cual a éste le añadimos *cuadrúpedo*, y a aquel *bípedo*.

No, no significan lo mismo. Son cosas distintas *saber* y *recordar*.

DEFINICION ARISTOTELICA DEL SABER. IMPUGNACION DE ESA DEFINICION

¿Qué es saber?

Algunos dicen que es *Conocer las cosas por sus causas* (Arist. *Posterio*. I. *Physico* 2. *Methaph*. y en otras partes. Otros autores dicen lo mismo después de él).

Pero ese dicho no está bien en absoluto. La definición es oscura, pues se sigue inmediatamente la cuestión de las causas, cuestión que es más difícil que la primera.

¿Es preciso conocer todas las causas para conocer las cosas? En modo alguno es preciso conocer las eficientes, pues, ¿qué contribuye mi padre para el conocimiento de mí? Y, por otra parte, ¿cuándo podrás acabar? Pues si quieres conocer perfectamente lo causado, también tendrás que conocer perfectamente las causas. Pero no podrás tener un perfecto conocimiento ni de las causas eficientes, ni de las finales. He aquí por qué: Para que me conozcas perfectamente a mí, es preciso que conozcas también perfectamente a mi padre; para conocer a éste será menester que antes conozcas a mi abuelo; y después de éste, a otro. Y así infinitamente. De las demás cosas, lo mismo. Y lo mismo, también, en lo que se refiere a la causa final.

Dices que tú no consideras los particulares, y que éstos no son el objeto de la ciencia, sino los universales: el hombre, el caballo, etcétera. De acuerdo. Pero antes también decía yo lo mismo: que tu ciencia no versa sobre el verdadero hombre,

sino sobre el que tú te inventas, y que, por lo tanto, nada sabes.

Considera, pues, esa ficción de hombre que tú te has fabricado. No la conocerás, a menos que conozcas sus causas. ¿Tiene causa eficiente? No lo negarás. Si quieres conocer ésta, considera *su* causa eficiente. Nunca acabarás, y, por consiguiente, nunca podrás saber qué es aquel hombre tuyo, ni siquiera si era verdadero. Luego nada sabes.

Acaso recurras a Dios omnipotente, causa primera de todas las cosas y fin último de todo, y digas que allí hemos de detenernos, y no en el infinito. De eso trataremos después. Pero ahora quiero preguntarte esto: ¿Qué puedes sacar de ahí? Nada sabes. Huyes del infinito y caes en el infinito inmenso, incomprensible, inefable e ininteligible. ¿Es que puedes saber algo de esto? En absoluto. Pero, según tú, es causa de todo, y, según eso, es necesario su conocimiento para el conocimiento de los efectos. Luego no sabes nada.

Si no juzgaste necesarias la causa eficiente y la final para el conocimiento de la cosa, ¿por qué no distinguiste en tu definición? (Arist. *Methaph.* 5). Pues yo entendía que, al decir *conocimiento de las cosas por sus causas*, estabas hablando de todas. Y en otro lugar Aristóteles las abarca y enumera todas, la eficiente, la material, la formal y la final, cuando dice que nosotros juzgamos conocer la cosa cuando conocemos la primera causa. Te concedo (aunque en buena ley no debería ni podría hacerlo) que son necesarias la eficiente y la final. Quedan, pues, dos: la material y la formal, las cuales, si

entiendo lo que dices, aseguras que han de conocerse.

Pero eso es todavía peor. Porque si quieres conocer la forma, es preciso que la conozcas por sus causas, según tu propia definición. No por la eficiente y la final, como antes, sino por la material y la formal. Pero no conoces esta causa formal; consiguientemente, nada sabes. Y si no sabes ésta, tampoco sabrás aquello de lo cual es forma, pues, ignoradas las partes, se ignora el todo. De la materia puede decirse lo mismo, pues ella es aún más simple y de un grado inferior al de ente. Tal vez carece de causa, o, al menos, de causa eficiente, material y formal, según Aristóteles afirma en la *Física* y en la *Metafísica*. Y de la causa final puede también dudarse... Pero, ¿qué dices? ¿Dices que basta con tener algún conocimiento de las causas para obtener la ciencia de las cosas, aunque ese conocimiento no sea perfecto? Eso son fábulas. Es imposible conocer perfectamente el todo sin que conozcas perfectamente las partes. Pero aun concediendo validez a lo que afirmas, tendría que preguntarte: ¿puede tenerse ciencia de la forma y de la materia? Tú dirás que sí, porque pretendes saberlo todo. Y yo volveré a preguntarte: ¿Por sus causas? Si no, tu definición es nula. Y ahora repito lo mismo de estas causas: ¿Pueden saberse? Evidentemente que sí —me responderás—, porque según tú, lo más simple es más manifiesto por naturaleza, y, por tanto, más cognoscible de suyo.

Y volveré a preguntarte una vez más: ¿Cómo conocerás esas causas? ¿Por sus causas? Y así *in infinitum*. Así pues, tu definición es nula, y de eso mismo se deduce que nada sabes.

ARISTOTELES NO SATISFIZO
SU PROPIA OBJECION
A SU DEFINICION DE CIENCIA

Pero Aristóteles, en otro lugar, se puso a sí mismo la siguiente objeción (I. *Posteri.*): "Si es sólo ciencia aquella que se obtiene por demostración, y los primeros principios no pueden demostrarse, no habrá ciencia de éstos, y, consecuentemente, no habrá ciencia alguna". Y no satisfizo su propia objeción al decir que no toda ciencia era demostrativa, y que sólo es indemostrable la de aquellas cosas que carecen de medios. Y de ahí se deduce que el dicho *Saber es conocer las cosas por sus causas* no es absolutamente verdadero. Y tampoco lo es aquel otro: *La ciencia es un hábito adquirido por demostración*, ya que hay alguna ciencia que no se obtiene demostrativamente.

Aristóteles se expresó mejor en otra ocasión (I. *Physicor.* c. I.) y podría excusársele si hubiese hablado siempre del mismo modo y hubiera explicado alguna vez la ciencia perfectamente. Pero después, siendo constantemente impreciso, confuso e inconsecuente, cerróse el camino a toda disculpa.

RIDICULA EXPOSICION
DE LOS DIALECTICOS

Aristóteles había dicho: "La ciencia de las cosas, a las que pertenecen los principios, las causas y los elementos, depende del conocimiento de éstos". Y es ridículo cómo entienden eso sus discípulos; pues, reduciendo las cosas a palabras y silogismos, (drogados aún con el viejo error y consumiéndose en él) interpretan los principios

como primeras, evidentes y supuestas proposiciones de cada ciencia, a las que llaman principios y dignidades. Y asignan el papel de causa a las proposiciones que median entre aquellos principios y las cosas que han de probarse, llamando elementos al sujeto, al predicado, a la cópula, al término medio y la extremidad mayor y a la menor. ¿No es todo esto una sutil ficción? O mejor: ¿No es un delirio? Si el jefe se engaña un poco, los que van después de él se engañan aún más porque no son capaces ni de entenderle. Y van así precipitándose en naderías, apartándose de la verdad.

Pero volvamos a Aristóteles. No tiene excusa. Primero decía él que hay una ciencia de los principios, aunque esa ciencia es indemostrable. En otro lugar llama entendimiento, y no ciencia, al conocimiento de los primeros principios. Eso está mal dicho; pues si se tuviera conocimiento de éstos, como de los demás, habría ciencia perfecta. Ahora bien, como no se tiene ciencia de ellos, tampoco se tendrá de aquellas cosas de las que éstos son sus principios. De donde se sigue que nada se sabe.

LA CIENCIA NO DIFIERE DE LA INTELECCION

¿Qué es la ciencia, sino el entendimiento de las cosas? Sólo decimos que sabemos algo cuando lo entendemos.

LA CIENCIA ES UNA, NO DOBLE

No es verdad que hay doble ciencia. De haberla, sería una y simple, como la visión. Hay, sin em-

bargo, dos *modos* de ciencia: uno simple, que se daría cuando conociésemos una cosa simple, como la materia, la forma o el espíritu; y otro compuesto —si quiere llamarse así— que se daría cuando se ofreciese a nuestra consideración una cosa compuesta, la cual habría primero que descomponerla en cada una de sus partes, conocer éstas por separado y, en último lugar, el todo. Este modo compuesto va siempre precedido del primero, pero no siempre ocurre a la inversa. En ambos casos la demostración no sirve para otra cosa que para mostrar, como mucho, la realidad que ha de conocerse.

Pero ya basta, porque hemos hablado más de lo que podría ser propio de quien nada sabe, aunque no se han dicho estas cosas sin motivo.

He mostrado hasta aquí la ignorancia de los demás en lo que se refiere a la definición de la ciencia y, por tanto, en lo que se refiere al conocimiento. Ahora mostraré la mía, para que no parezca que sólo yo sé algo. Y de lo que aquí se diga podrás concluir lo ignorantes que somos.

Como ya hice ver, a mí me parece falso lo que muchos han aceptado sin discusión. Y me parece verdadero lo que en seguida voy a decir. Quizá tú opines de modo contrario y tengas lo tuyo por verdadero. De donde se sigue la confirmación de mi tesis fundamental: *que nada se sabe*.

Pero veamos qué es saber, para poner de manifiesto si es posible saber algo.

NUESTRA DEFINICION DE CIENCIA

CIENCIA ES EL PERFECTO CONOCIMIENTO DE LA COSA.

He aquí una explicación del nombre, que es fácil y verdadera al mismo tiempo. Si me pides el género y la diferencia, no te los daré, pues todo eso son palabras más oscuras que lo definido.

¿Qué es el *conocimiento*? Verdaderamente no sabría definirlo; y si me atreviese a hacerlo de algún modo, también me preguntarías lo mismo acerca de esa nueva definición y de cada una de sus partes. Y nunca llegaríamos al fin, porque es eterna la duda cuando nos hacemos cuestión de los nombres. Por eso es por lo que nuestras ciencias son, o bien infinitas, o bien completamente dudosas. Y mientras nos preparamos a demostrar con palabras las naturalezas de las cosas, sin darnos cuenta hacemos lo contrario y demostramos las palabras con las cosas, la cual es una tarea muy difícil, si no imposible.

Nada sabemos. Dices que en algún punto habremos de detener nuestra cadena de preguntas. Es verdad, porque no podemos hacer otra cosa.

Sin embargo, ignoro lo que sea conocimiento: defínemelo.

QUE SEA EL CONOCIMIENTO

Yo diría que el conocimiento es la comprensión de la cosa, la perfección, la intelección o cualquier otra palabra que signifique lo mismo. Si aún dudas de esto, me callaré. Pero te exigiré a

ti otra cosa; si lo aceptas, dudaré yo de lo tuyo y así viviremos los dos en una perpetua ignorancia.

¿Qué nos queda? Un remedio extremo: que pienses por ti mismo. ¿Pensaste ya? ¿Acaso aprehendiste con la mente el conocimiento? También me parece a mí que yo lo he aprehendido. ¿Y qué se sigue de ahí? Cuando hable contigo acerca del conocimiento te lo mostraré tal y como yo lo entendí. Tú, por tu parte, me lo mostrarás tal y como tú lo viste. Yo afirmaré que consiste en tal cosa; tú, por el contrario, dirás que consiste en tal otra. ¿Quién arreglará este litigio? Sólo quien verdaderamente sepa de estas cosas. ¿Y quién tiene una sabiduría así? Nadie.

TODOS SOMOS IGNORANTES

Cada uno piensa que es doctísimo. A mí todos me parece ignorantes. Quizá sea yo sólo el únicc ignorante; pero hasta eso quisiera yo saberlo con certeza, y ni siquiera eso sé. ¿Qué diré que esté libre de la sospecha de ignorancia? Nada en absoluto. ¿Para qué, pues, escribo? Una cosa sí que sé: Quien anda entre estúpidos, en estúpido se convierte. Y como, al fin y al cabo, hombre soy, ¿qué otra cosa podré hacer? Vuelvo a lo mismo: que no sabemos nada.

Supón que es cierta —a fin de que proceda el discurso— la explicación que yo he dado del nombre *ciencia*, y deduzcamos de ahí que nada se sabe, pues suponer no es lo mismo que saber, sino que es fingir, por lo cual de los supuestos saldrán ficciones, y no ciencia.

TODA CIENCIA ES FICCION

Mira a dónde nos ha llevado este razonamiento: a que toda ciencia es ficción. Evidentemente. La ciencia se obtiene por demostración; ésta supone la definición, y las definiciones no pueden probarse, sino que deben creerse. Luego toda demostración, al estar fundada en supuestos, producirá una ciencia que no podrá ser firme y segura. Tales son las consecuencias de lo que tú mismo afirmabas; pues si según tú, los principios han de darse por supuestos y no deben ser discutidos, todo lo que de ellos se siga será supuesto, no sabido.

DAR ALGO POR SUPUESTO ES ADMITIR QUE LO IGNORAMOS

¡Qué miseria! Para saber es necesario ignorar. Pues, ¿qué otra cosa es dar algo por supuesto, sino admitir que lo ignoramos? ¿No sería mejor tener un conocimiento previo de los principios? Yo te niego los principios de tu arte: pruébalos. Y tú dices: "No se debe discutir con quienes niegan los principios". No sabes probar eso que dices. Eres ignorante, no sabio. A la ciencia superior o común corresponde probar los principios. Aquel que posea esa ciencia común, quizá pueda hacerlo. Pero no tú, pues quien ignora los principios ignora también la cosa. Y ¿en qué consiste esa ciencia superior?

VANAS DISPUTAS ENTRE DIALECTICOS

Es sorprendente cómo estos artífices se reparten los oficios y se acotan áreas del saber del mismo modo que el vulgo necio se reparte la tierra y la divide en parcelas.

Edifican un imperio de las ciencias cuyo monarca y juez supremo es la Lógica, a la cual se le presentan los pleitos más importantes. Esta ciencia común da leyes a las demás, leyes que es preciso aceptar como buenas. A ninguna ciencia se le permite segar la mies de otra; no es lícito que unas sieguen en el campo de las demás. Y así se pasan la vida estos dialécticos discutiendo sobre el objeto propio de cada ciencia, sin que nadie sea capaz de resolver el litigio. (Mejor sería decir: sin que nadie sea capaz de redimir tamaña ignorancia).

De ahí que, si alguno trata de los astros en la Física, dirán que o bien los estúdia *en cuanto* que es físico, o bien *en cuanto* astrólogo; dicen que uno está pidiendo prestado del aritmético; que aquel otro roba del matemático... ¿Qué es esto?

LOS DIALECTICOS
SON COMO LOS NIÑOS

¿Acaso no son estas disputas meras chiquillerías? Así hacen los niños cuando juegan en la calle o en el campo, que son lugares públicos, y construyen pequeños huertos, les ponen una cerca y cada uno le impide al otro la entrada.

CAUSA DE LA DIVISION
DE LAS CIENCIAS

Yo sé por qué tiene lugar esa división de las ciencias. Como cada uno no puede abarcarlo todo, el uno se eligió esta parte, el otro se reservó la otra. De ahí, que nada sepamos: Pues, como todas las cosas que existen en este mundo tienden a la composición de una sola, las unas no pue-

den sostenerse sin las otras ni éstas ser conservadas sin aquéllas. Cada una desempeña una función particular, diferente de las demás; y, sin embargo, todas están orientadas hacia una unidad absoluta. Unas realidades son causas de otras; esas causas son originadas a su vez por las de más allá. Es sorprendente la concatenación que se da entre todas.

IGNORADA UNA COSA, SE IGNORAN LAS DEMAS

Por tanto, no es extraño que, si se logra una cosa, se ignore también lo demás. Y en virtud de esto sucede que, quien estudia de los astros considerando sus movimientos y la causa de los mismos, acepta del físico, como cosa probada, qué *sea* un astro y qué *sea* el movimiento, y sólo se ocupa de la variedad y de las múltiples modalidades del movimiento mismo. Lo mismo ocurre con lo demás. Pero esto no es saber.

EL VERDADERO SABER CONSISTE EN CONOCER PRIMERO LA NATURALEZA DE LA COSA

El verdadero saber consiste en conocer primero la naturaleza de la cosa, y, después, los accidentes, cuando la cosa tiene accidentes. De lo cual se deduce que la demostración no es silogismo científico. O, por mejor decirlo, que no es nada. Pues, según tú, se limita a demostrar lo accidental (aunque en mi opinión no demuestra cosa alguna, sino que oculta la realidad y embota el ingenio), *dando por supuesta la definición de la cosa.*

NADA SABEN LOS QUE SE FIAN DE LAS DEMOSTRACIONES

Yo digo que nada saben los que se fían de las demostraciones y esperan obtener ciencia de ellas. Y, según tu parecer, nada sabrán los que condenan dichas demostraciones. Luego todos estamos en la ignorancia. Veámoslo.

Si admites mi definición, te diré que en la ciencia hay tres cosas: lo que se ha de saber, el sujeto que conoce y el conocimiento mismo. Hemos de explicar por separado cada una de estas tres cosas para llegar a la conclusión de que nada se sabe.

En primer lugar: ¿cuántas son las cosas que pueden conocerce? Quizá sean infinitas, no sólo en los individuos, sino también en las especies. Negarás que hay un número infinito de cosas, pero no podrás probar que su número es finito, pues ni siquiera pudiste contar la más mínima parte de todas las que existen. Con decirte que yo casi me limito a conocer el caballo, el perro y el hombre... Luego, de esto, ya nada sabemos. Tú, sin haber visto el fin de todas las cosas, aseguras que su número es finito; y yo, que tampoco vi su infinidad, conjeturo que su número es infinito. Ya me dirás qué opinión te parece más cierta. A mí ninguna me lo parece.

LA INFINIDAD IMPIDE EL CONOCIMIENTO DE UNA SOLA COSA

Podrás decirme: ¿Qué puede impedir el que haya una infinidad de cosas, para que conozcamos una sola cosa? Y te responderé: Según tú, puede ser un gran impedimento, pues dices que

es necesario conocer los principios para conocer las cosas; tal vez la materia y la forma. Pero, en el infinito, acaso las diversas materias sean distintas en especie (aunque tú te niegues a hacer distinciones específicas en la materia, al querer privarla de toda forma; pero de eso hablaremos después). Acerca de las formas no hay ninguna duda; pero del infinito no hay ciencia alguna. Y tú me dirás: puede haber una sola y misma materia para una infinidad de cosas. Cierto; pero también puede no ser la misma, ya que puede ocurrir que haya múltiples materias. Pues quizá existan otras cosas, completamente diferentes de las nuestras, que no conocemos. Lo cual podrá ser o no ser así: estamos en la duda con respecto a ambas posibilidades. Pero, según tú, la ciencia ha de versar sobre lo que *es*; no puede ser de otro modo. Sin embargo, ni siquiera es preciso que haya una infinidad de cosas para que sea diversa la materia. Pues ni siquiera a ti te consta, ni te constará jamás (aunque acaso me engañe), si la materia del cielo es la misma que la de estas realidades inferiores. ¿Y qué nos impide aventurar que los espíritus tengan materia propia, a pesar de que los llamamos simples? Nada en absoluto.

SOBRE LOS GENEROS Y LAS DIFERENCIAS

Dices que la realidad incluye muchos géneros, y que, por tanto, también hay muchas diferencias. Y que todo tiene algo en común, que llamas materia; y que los diversos órdenes de lo real se diferencian en algo, siendo ello la forma. ¿Pero acaso no tienen también materia propia los accidentes? Tú llamas materia a su género, y a la

diferencia, forma. Y la materia del cielo, ¿es la misma que la de los astros? No lo sabes. Parece que no es la misma. Luego tampoco sabes los principios, de los cuales se ignora cuántos son, aunque haya un número finito de cosas. Ni podrá jamás encontrarse estabilidad y fijeza en los principios, pues son los principios del *hombre* los elementos de los cuales surge esta materia y esta forma que dan origen a otras más simples: las del león, las del oso, las del asno, y así hasta el infinito.

EN EL INFINITO, LAS FORMAS SON INFINITAS

No hay duda de que en el infinito las formas serán infinitas. Pero es necesario conocer de antemano los principios. Dirás que los elementos no son principios, de lo cual se hablará después. Y llegarás a decir que no habrá principios, pues lo infinito carece de principios.

SI EL NUMERO DE COSAS FUESE FINITO, TAMPOCO SABRIAMOS NADA

Mas supongamos que es finito el número de las cosas: no por eso sabrás más. Porque ni siquiera conociste el primer principio básico de todo, y, como consecuencia, tampoco conocerás lo que se derive de él. Nada, pues, sabemos.

DIVISION UNIVERSAL DE LAS COSAS

Hay un orden de realidad que es *de sí* como principio, *de sí* como sustancia, *en sí*, y *por sí y únicamente para sí* (permítaseme hablar de esta manera). A esto los filósofos llaman causa primera; nosotros lo llamamos Dios. Todas las demás cosas que no son El, no son *de sí* como

principio, *de sí* como sustancia, ni *en sí*, ni *por sí y únicamente para sí*; por el contrario, las unas se originan en las otras, otras se constituyen a partir de otras, otras son en otras y otras son por otras. Y es necesario conocer todas ellas.

NADIE CONOCIO A DIOS

A Dios, ¿quién lo conoció perfectamente? "No habrá hombre que me vea y viva después". Por eso, a Moisés sólo le fue permitido verle por sus manifestaciones secundarias, es decir, por sus obras (*Exod.* 33.). Por eso se dijo: las cosas invisibles de Dios se ven por lo que ha sido hecho, entendiéndolo (Paul. *Rom.* I). Y también es preciso conocer las cosas que causan, y cómo, para que sepamos perfectamente la naturaleza de lo causado.

CONCATENACION DE TODAS LAS COSAS

Tal es la concatenación entre todas las cosas, que ninguna es tan neutral que no ayude o dañe a otra; cada cosa tiene por misión dañar a muchas y ayudar a muchas otras. De ahí que sea necesario conocerlas todas para adquirir el perfecto conocimiento de una sola. Pero esto, ¿quién podrá lograrlo? Jamás vi que sucediera. Y por esa misma razón, unas ciencias ayudan a otras, y cada una contribuye al conocimiento de las demás. Hasta el punto de que ninguna puede saberse perfectamente sin las otras, viéndose todas obligadas a colaborar entre sí. Y los objetos de las diversas ciencias son también de tal manera que los unos dependen de los otros. De donde se sigue otra vez que nada sabemos; pues ¿quién puede conocer todas las ciencias?

EJEMPLOS DE LA CONEXION ENTRE LAS COSAS

Daré un breve ejemplo para que esto que se ha dicho no quede sin prueba. Baste con el caso del hombre:

El hombre odia al basilisco, y se dice que éste muere por la saliva de un hombre en ayunas; el basilisco odia al hombre y a la comadreja, de la cual se dice que es capaz de matarlo; la comadreja odia al basilisco y al ratón; el ratón a la comadreja y al gato; el gato al ratón y al perro; el perro al gato y al conejo; el conejo al perro y al hurón. Y baste por lo que refiere a la relación de *antipatía* que tiene lugar entre las cosas.

Por otra parte, el hombre no se alimenta ni gusta de cualquier comida, sino del buey, del cordero, etc. Estos no comen cualquier cosa que se les ofrece, sino heno, paja y avena, que no se crían en cualquier tierra, sino en ésta o en aquélla. Y no toda la tierra produce lo mismo, sino que en unas partes se produce una cosa, y en otras otra, según haya unas condiciones meteorológicas u otras. Y baste por lo que se refiere a la relación de *simpatía* que tiene lugar entre las cosas.

¿Cómo sucede todo esto? Es preciso conocer la naturaleza de estas realidades, si quiere conocerse al hombre como es debido. Y además, como el hombre se alimenta, crece, vive, razona, engendra y se corrompe, es necesario que nos preguntemos inmediatamente acerca de su alma y de las facultades de ésta. Y por lo mismo hay que preguntarse también acerca del alma de las plantas, de los animales y de los seres inanimados.

Es la misma la ciencia de los contrarios; pues ¿de dónde provienen la generación y la corrupción? De cualidades contrarias. E inmediatamente hay que hacerse cuestión de ellas, de los elementos, de los cuerpos superiores: porque el sol y el hombre generan al hombre. Y hay también que preguntarse por la introducción del alma, por la introducción de las formas, por la acción, la pasión, la cualidad, la cantidad, la situación, la relación; hay que hacerse cuestión de por qué se siente, por qué se engendra, por qué se aumenta de temperatura. Además, hay que investigar por qué aquello está en reposo, por qué esto otro es en un instante, por qué lo de más allá es en el tiempo. Ha de averiguarse qué es el tiempo y qué es el espacio, e inmediatamente habrá que tratar de los cielos y de sus movimientos. Dice Aristóteles —y dice mal, como veremos después— que el tiempo es la medida del movimiento, según lo anterior y lo posterior (4 *Phys.*).

Como el movimiento tiene lugar en línea recta y hacia abajo, debe saberse qué es *hacia arriba* y qué *hacia abajo*; cuál es el centro del mundo, cuáles son sus polos y las demás partes.

Puesto que vemos, y eso lo logramos mediante la luz, ha de preguntarse uno inmediatamente qué sean los colores, las imágenes, las apariciones, la luz, los cuerpos luminosos, el sol, las estrellas.

Puesto que el cuerpo existe y existe en un lugar, habrá que averiguar qué sea el cuerpo, la sustancia, la ubicación, el vacío.

Puesto que se dice que el espacio es finito, ha-

brá que saber qué es lo finito y qué es lo infinito.

Puesto que los seres se engendran y son engendrados, será preciso conocer todas las causas, hasta la primera.

Puesto que el hombre razona, será menester investigar qué sea el alma intelectiva, sus facultades, la ciencia, lo que puede saberse y los demás hábitos —según los llaman—.

Puesto que el hombre mata, y nunca vive contento, y expone su vida por la patria, y socorre a los enfermos y menesterosos, habrá que preguntarse por el bien y por el mal, por el último y supremo bien, por la virtud y el vicio, por la inmortalidad del alma.

Cualquiera de estas cuestiones lleva consigo el que nos preguntemos por todas las demás. Seguir con la enumeración resultaría tedioso. Y lo mismo ocurre con la cuestión más trivial.

EL EJEMPLO DEL RELOJ

Te darás cuenta de esto con el conocidísimo ejemplo del reloj. Si quieres saber cómo da las horas, será necesario que examines todas las ruedas, de la primera a la última; y habrá que averiguar qué mueve la primera, y cómo ésta mueve la siguiente, y ésta otras dos, y así hasta llegar a la última. Y si, además de dar las horas, las indica también con una aguja en una esfera, y muestra también los cambios de la luna, su crecimiento y disminución, y asimismo el curso perfecto del sol por el Zodíaco de modo semejante a

como tiene lugar en el cielo (cosas éstas que, junto con otras muchas más se nos muestran en el reloj portátil, como si viéramos en él el verdadero curso de los astros), la cuestión se complicaría en extremo y no podrías percibir cómo funciona el menor de estos mecanismos, a menos que desmontaras todo el ingenio y examinases y entendieses cada parte y su función.

EJEMPLO DEL ORBE DE CRISTAL DE ARQUIMEDES

Lo mismo ejemplifica el orbe de cristal, aquel admirable artificio construido por el eximio Arquímedes de Siracusa. En ese orbe todas las esferas y planetas eran movidos y observados igual que en la máquina del Universo, en virtud de un impulso que discurría por ciertos canalillos y conductos. Y si alguien quisiese conocer esto, ¿no sería necesario estudiar perfectamente todo el artificio y hasta la más pequeña de sus partes y su funcionamiento?

Igual debe hacerse en este orbe nuestro.

TAMBIEN EN NUESTRO ORBE TODAS LAS COSAS MUEVEN Y SON MOVIDAS

¿Qué hallarás en nuestro orbe que no mueva y sea movido, que no cambie y sea cambiado o que no padezca una o ambas cosas?

Y aunque las muchas cosas que tienen lugar en el orbe de Arquímedes se dan también en el orbe verdadero, es mucho más difícil comprender este último, ya que en el artificio de Arquímedes todo está a escala reducida. Pero es preciso que lo estudiemos si queremos saber algo.

Mira a dónde hemos llegado.

SOLO HAY UNA CIENCIA

Sólo hay o podría haber una ciencia de la naturaleza de las cosas, y no varias ciencias. Y en virtud de esa ciencia única habría que conocer perfectamente todo lo que existe. Y ello tiene que ser así porque una cosa no puede conocerse perfectamente sin conocer al mismo tiempo todas las demás.

LAS CIENCIAS QUE TENEMOS SON VANAS

Las ciencias que tenemos son vanidades, fragmentos de observaciones escasas y mal asimiladas; lo demás son imaginaciones, inventos, ficciones, opiniones.

LA SABIDURIA DE LOS HOMBRES ES NECEDAD ANTE DIOS

De ahí que se haya dicho acertadamente que la sabiduría de los hombres es necedad ante Dios.

Pero volvamos al punto que nos ocupaba antes de esta digresión: que es una sola la ciencia de todas las cosas. Siempre que nuestro discurso trata de alguna cosa en particular, con ocasión de ésta ha de tratar de otra, y de otra por ésta, y, por tercera vez, de otra por ésta. Y así podríamos seguir hasta el infinito, si no diésemos marcha atrás a medio camino, y no sin detrimento del saber. De ahí proviene esa ley de las ciencias: *Que todo está en todo.*

SE TRATO DE IMPEDIR QUE LA CIENCIA NO TUVIESE FIN

Pero, como veían que unas cosas llevaban a otras, y para impedir que la ciencia no tuviese fin, los filósofos se empeñaron en poner límites, cosa que no pudieron conseguir. Pues, ¿cómo es posible establecer unos límites que la naturaleza no tolera? No obstante, los autores juzgaron necesario insistir en lo mismo mil veces en un solo libro o en varios libros, lo cual podríamos mostrarlo fácilmente tomando cualquier autor. Pero nos alargaríamos demasiado. Lo que dijo Aristóteles en los predicamentos, ¿acaso no lo repitió en la Física y en la Metafísica? Y lo que dijo allí, ¿no lo repitió con frecuencia en otras ocasiones?

GALENO, AUTOR PROLIJO

Y nuestro Galeno, ¿no es sobremanera prolijo? Casi no encontrarás un capítulo suyo en que no leas: "Y de esto, aunque lo trataremos más extensamente en otro lugar, no será malo que repitamos brevemente lo que atañe a nuestro propósito. Baste aquí por lo que se refiere al presente asunto. Lo demás lo hallarás en tal libro, dicho más o menos con las mismas palabras".

Ello muestra de modo manifiesto, que, para conocer una cosa, se precisa conocer también las demás. Asimismo, cuando se trata de producir una sola cosa, o de conservarla, o de destruirla, es necesaria la colaboración de todas las demás, como lo probaremos con más detalle en el examen de la naturaleza.

Confirman también lo mismo quienes promueven disputas acerca de alguna cosa. Si pretenden probar que el hombre es animal, se alejan tanto de conseguirlo que, mediante el uso de sus silogismos van pasando de una cosa a otra hasta llegar al cielo o al infierno, según los medios que utilice el que se encargaba de probar el asunto, y según lo negado por su oponente.

ES UNA FICCION QUE PUEDE LLEGARSE MEDIANTE DEMOSTRACIONES HASTA LOS PRIMEROS PRINCIPIOS

El inventor de la demostración dice de ella que, haciendo uso de los términos medios, puede llegarse hasta los primeros principios, en los cuales hemos de detenernos. Pero eso es una ficción, lo mismo que todo lo que se refiere a este asunto. Pues no hay tales *medios* ciertos, numerados y ordenados, por los que podamos discurrir libremente; ni tampoco hay principios en los cuales nuestro ánimo pueda reposar y sentirse satisfecho. Si tú posees tales cosas, mucho me agradaría que me las enseñaras.

¿Esperas aún una prueba más extensa de nuestra ignorancia? Te la daré.

LAS ESPECIES NO SON OTRA COSA QUE UNA FANTASIA

Ya has visto la dificultad que tiene lugar con las especies. Me dirás que no puede haber ciencia alguna sobre los individuos, porque hay infinidad de ellos.

Pero las especies no son otra cosa que una fantasía. Sólo existen los individuos; sólo éstos pue-

den ser percibidos; sólo de éstos y a partir de éstos ha de obtenerse la ciencia. Si no es así, muéstrame en la naturaleza esos universales tuyos; me los darás contenidos en los seres particulares; y, sin embargo, nada veo en ellos de universal: todo es particular.

HAY MUCHA VARIEDAD EN LOS INDIVIDUOS

Y en los individuos, ¿cuánta variedad no se observa? Es para asombrarse: éste es un ladrón redomado; aquél, un homicida; el de más allá parece que sólo nació para dedicarse a la gramática, y es inepto para todas las demás ciencias; este otro es cruel y sanguinario desde que vino al mundo; a ése de ahí no hay forma de alejarlo del vino; ni a éste del placer venéreo, ni a este otro del juego. Uno se deshace nada más ver u oler la hiel; a otro no le gustaron jamás las manzanas y no puede soportar que alguien las coma en su presencia; a otros les pasa lo mismo con la carne, a otros con el queso, a otros con el pescado. Todos nosotros hemos conocido a alguna persona así. Hay quienes son capaces de cocer y devorar cristales, plumas, ladrillos, lana, todo, en una palabra. Hay otros que se desmayan al oler o ver una rosa; éste odia a las mujeres; aquél se alimenta de cicuta; ése duerme día y noche.

Yo arrojé muchas veces con ira los libros y me aparté de las musas; y, sin embargo, cuando estoy en la plaza o en el campo nunca dejo de meditar, y nunca estoy menos solo que cuando estoy solo, y nunca estoy menos ocioso que cuando estoy ocioso: conmigo llevo al enemigo y jamás puedo evadirlo. Como dijo Horacio (2

Sermo saty. 7): *Huyo fugitivo de mí mismo, como un alma errante, ya buscando la compañía de los otros, ya buscando refugio en el sueño. Pero todo es en vano, pues la negra compañera me atormenta y me sigue.*

Por último, hay ciertos hombres ante los cuales debe dudarse seriamente si han de ser llamados racionales o irracionales. Y, al contrario, parece que hay bestias de las que podría decirse que son racionales, más justamente que de algunos hombres.

EL UNIVERSAL ES FALSO
SI HAY ALGUN CASO PARTICULAR
QUE LO CONTRADICE

Me dirás que no basta una golondrina para que haya primavera, ni que un caso particular destruye lo universal. Yo, a mi vez, te responderé que el universal será totalmente falso, a menos que englobe y afirme todo lo que bajo él se contiene. ¿Cómo, pues, será posible decir que todo hombre es racional, si varios o uno solo fuesen irracionales? Si dices que en este hombre concreto su defecto no está en el alma, sino en el cuerpo que es instrumento de ella, acaso estés hablando con verdad. Pero en favor mío. Pues el hombre no es sólo alma ni sólo cuerpo, sino los dos juntos. De tal forma que, si cualquiera de ambos es defectuoso, defectuoso será el hombre. De tal modo que no puede hablarse del hombre en general, pues el cuerpo forma parte de su esencia, igual que el alma. Y no puede hablarse del cuerpo en general, sino de tal o cual cuerpo en concreto.

ESTUPIDA OPINION

De donde se deduce que es ridículo lo que algunos afirman, a saber: que el alma del hombre puede ser redonda o de cualquier otra figura diferente de como somos nosotros. Ignoro si ellos la vieron alguna vez. Si la vieron, esa experiencia iría en mi provecho; pues nadie creería que un alma así fuese de la misma índole que las nuestras. Y sin embargo dicen que pertenece al hombre. ¿Quién podría saberlo? Nadie.

Pero si no la vieron, ¿por qué la fingen así, de una manera que la naturaleza acaso no podría jamás producir? Pues, si pudiera, ¿cómo podría ser eternamente cierta aquella proposición de que *el alma es el acto del cuerpo físico, etc.*? Así es la ciencia de esas gentes. . .

OTRA OPINION ABSURDA

Y todavía es mucho más absurdo aquello de que *sería verdadero decir que el hombre es animal, aun cuando no existiera hombre alguno.* Eso es suponer un imposible, para inferir de ahí una falsedad. Porque, si hablas en un contexto filosófico, habría que decirte que jamás faltarán hombres, puesto que el mundo es eterno; y si hablas de acuerdo con la fe, ¿dejará de existir Cristo nuestro Señor? Repara en que, la mires por donde la mires, tu suposición es imposible.

DE LA ADMISION DE UN IMPOSIBLE SE SIGUEN MUCHOS INCONVENIENTES

¿No te dijo nunca tu profesor que, puesto lo posible en el ser, no se sigue dificultad, pero

que, admitiendo lo imposible, se siguen muchas? Pero admitamos que tu supuesto es posible; en ese caso, si el hombre no es, ¿cómo será el hombre animal?

CONTESTACION INEPTA

Dicen que el verbo *es* se utiliza allí por la esencia, no por la existencia, y que es sólo cópula. Y que, por tanto, aquella proposición es eterna y siempre se asume así en las ciencias; y que incluso antes de la creación del hombre aquella proposición era cierta, y que en la mente divina ya estaban todas las esencias de las cosas. Y a propósito de este gran tema —*De Ente et Essentia*— escriben cosas sorprendentes. ¿En dónde se ha visto mayor vanidad?

LOS DIALECTICOS PERVIERTEN LAS PALABRAS

De tal modo corrompen las palabras y las apartan de sus propios significados, que el lenguaje de los dialécticos es completamente distinto del idioma materno, cuando debería ser el mismo. Cuando uno se acerca a ellos para aprender algo, cambian de tal modo las palabras que uno había usado siempre, que ya no designan las cosas tal y como se dan en la naturaleza. Lo que ahora significan sus palabras es lo que ellos mismos fingieron, para que tú, ávido de saber, e ignorando por completo esas cosas nuevas, los oigas disputar y disertar sobre asuntos que se diría son producto de sus sueños. Y se refieren a estas fantasías utilizando un artificio formidable, a fin de que tú los admires, los respetes y los tengas por agudísimos escrutadores de la naturaleza.

Me asombro ante tanta barbarie.

UNA DE SUS VANAS SUTILEZAS

¿Qué cosa más sencilla, más clara, más común que el verbo *es*? Sin embargo, ¡cuánta disputa en torno a esta palabra! Los niños son más doctos que los filósofos. Si preguntas a un niño si su padre *está* en casa, te responderá que *está*, si *está*; si les preguntas si *es* travieso, te dirá que no. Pero un filósofo ni siquiera se atreverá a decir de ningún hombre que *es* un animal.

Y no es menos absurdo lo que algunos intentan establecer: que la filosofía no puede ser enseñada en otra lengua que no sea el griego o el latín; porque, según dicen ellos, no hay palabras que puedan traducir muchas de las que existen en aquellas lenguas, como la ἐντελέχεια de Aristóteles, sobre la cual se ha discutido en vano cómo debería verterse al latín: *Essentia*, *Quidditas*, *Corporeitas*, u otros términos parecidos que maquinan los filósofos. Y como esos términos nada significan, nadie los entiende, ni pueden ser explicados ni vertidos al lenguaje común, el cual sólo puede designar con los nombres apropiados las cosas verdaderas, no las ficciones.

OTRAS NADERIAS

Añade a esto la frivolidad de quienes asignan a las palabras una fuerza propia, para deducir de ahí que los nombres fueron impuestos a las cosas según la naturaleza de ésta. Y arrastrados por ese pensamiento, no menos estúpidamente se empeñan algunos en sacar de alguna cosa el significado de todas las palabras. Dicen, por ejemplo, que el término *lapis* (piedra) es tal porque

la piedra hiere el pie *(laedat-pedem)*; que *humus* (tierra) es tal porque la tierra contiene humedad *(humiditas)*. ¿Y asno? —pregunto yo—. ¿De dónde viene la palabra asno *(asinus)*? Viene de ti, necio etimólogo, porque no tienes sentido; pues en griego y en latín, el prefijo *a* significa frecuentemente privación; y *sinus*, como *sensus*, significa sentido. De donde *asinus* (asno) es lo mismo que *sin sentido*, es decir, lo mismo que tú.

¿Acaso no es válida la etimología? —me preguntarás.

Y yo te responderé: No, cuando se pregunta uno acerca del origen de las palabras por mera curiosidad, y no con verdad o utilidad. Los etimólogos lo convierten todo en algo derivativo o compuesto, y no simple y primario. ¿Quién no es capaz de ver cuán vana e insensata es esta tarea?

REFUTACION DE SUS AFIRMACIONES

Si el vocablo *lapis* (piedra) fue impuesto en virtud de la misma naturaleza de la cosa, como dices, ¿es la naturaleza de la piedra lo que hiere el pie? Pienso que no. Pero concedámoslo. En ese caso, ¿cómo el término *laedo* (del verbo *herir*) representa la naturaleza del daño que significa? ¿Cómo *pes* (pie) significa la naturaleza del pie? Así podríamos seguir hasta el infinito.

Humus (tierra) tampoco viene de *humedad*. Pues, bien al contrario, la tierra es, según tú mismo, el más seco de todos los elementos. Pero supongamos que la tierra fuese húmeda en extre-

mo, y que la palabra *humus* proviniese de esa humedad. ¿De dónde provendría, a su vez, la palabra humedad? Si me das otra palabra, preguntaré también por su origen. Y así hasta el infinito. Porque si detiene la cadena en algún término, le obligaré a que muestre la naturaleza de la cosa que significa. Según tú, todos los términos intermedios parecen representar la naturaleza de la cosa, porque se derivan de otros que van significando algo hasta llegar al último, el cual ya no se deriva de ningún otro. Pues bien, yo preguntaría lo mismo de ese último término.

CASI TODOS LOS TERMINOS SON SIMPLES

¿Cuántos son los términos simples? Casi todos. Además, si el término latino *panis* (pan) ha sido impuesto según la naturaleza de la cosa, ¿qué dirías del término griego ἄρτος, o del británico *Bara*, o del vascuence *Ouguia*, cuya diversidad en el sonido, en las letras y en el acento es tal que nada tienen en común? Si dices que una sola lengua ha sido impuesta según la naturaleza de las cosas, ¿por qué no lo son también las demás lenguas? ¿Cuál es esa lengua natural de que hablas? Si dices que fue la que usó Adán en el principio, acaso estés en lo cierto; pues, como afirma el autor del Pentateuco (*Genes.* 2), Adán conoció las naturalezas de las cosas, y pudo darles nombre adecuado; pero entonces habría hecho falta que su filosofía, o la que ahora tenemos, hubiera sido escrita en su idioma. Si dijeras que la filosofía no podría explicarse en ninguna otra lengua diferente de la que usó Adán, no me opondría. Pero lo que estás diciendo es que ha de usarse el griego, o el latín, lenguas ambas que

no han sido impuestas según la naturaleza de las cosas.

LOS TERMINOS SE CORROMPEN Y MUDAN PERPETUAMENTE

Los términos se corrompen perpetuamente. ¿No hay libros franceses y españoles en los que encontrarás muchas palabras cuyos significados ignoramos por completo? Y en el caso del latín ¿no hay muchas palabras que ya no se usan, y no se inventan otras muchas todos los días? Lo mismo ocurre con la sintaxis y con otras cosas, que varían con el uso continuo. Y al fin, se hacen tantos cambios, que todo degenera y se muda. Tal cosa ocurrió con el antiguo idioma latino, que murió y se transformó en lo que ahora en el italiano vulgar. Y con el griego sucedió lo mismo. Y aunque algunos libros conservan todavía algunos restos de ambas lenguas, difieren tanto de aquel antiguo esplendor y sentido, que, si Demóstenes o Cicerón nos oyesen hablar ahora su lengua, a buen seguro que se reirían.

NO NOS QUEDA NINGUNA LENGUA SINCERA Y LEGITIMA

Y no es sólo esto; sino que las lenguas toman muchos términos de otras. Hasta el punto de que pienso que ya no nos queda ninguna lengua sincera y legítima.

LOS TERMINOS NO EXPLICAN LA NATURALEZA DE LAS COSAS

Así, pues, los términos no tienen ninguna virtud para explicar la naturaleza de las cosas, aparte

de aquella que tienen por el arbitrio del que se encarga de imponerlos. La voz *canis* (perro), si me permites el ejemplo, la misma fuerza tiene para expresar *pan* que para expresar *perro*. Hay algunos nombres que son impuestos a las cosas por los efectos de éstas, o por algún accidente; pero no por la naturaleza. Pues, ¿quién conoce las naturalezas de las cosas para que se les impongan los nombres según ellas? O, ¿qué puede haber de común entre los nombres y las cosas? Hay nombres de los que decimos que son propios de una especie, como cuando llamamos al hombre *risueño* o *lloroso*, y en los cuales los términos primitivos de los que se originaron —*risa* y *llanto*— tampoco tienen más fuerza que la que recibieron por nuestro arbitrio. Y lo mismo ocurre cuando decimos de Mercurio que es *el guerrero de los pies alados*, o cuando designamos cualquier otra propiedad con algún nombre derivado.

DE LAS VOCES ONOMATOPEYICAS

Hay algunas voces que imitan los sonidos de lo que representan, y que por eso se llaman onomatopéyicas: como el *cacarear* de las gallinas, el *graznar* de los cuervos, el *ladrar* de los perros, el *relinchar* de los caballos, el *balar* de las ovejas, el *mugir* de los bueyes, el *gruñir* de los puercos, el *roncar* de los que duermen, el *susurro* de las aguas, el *silbar*, el *tañer*, el *redoblar* de los timbales, el *clamor* de las trompetas. Ved este ejemplo:

"*Baubantem*" *est timidi pertimuisse canem* (Es del tímido temer al perro que *ladra*).

Y aquel otro:

Et tuba terribli sonitu "tarântara" dixit (Y la trompeta, con terrible sonido, dijo *tarantara*)

Y éste, tomado de la *Eneida* de Virgilio:

"Quadrupedante" putrem sonitu quatit ungula campum (Con *cuádruple* sonido hieren las pezuñas del caballo el campo polvoriento.) Y tampoco en estas palabras hay alguna muestra de la naturaleza de las cosas que significan, sino una mera semejanza de sonidos.

Menos todavía debe buscarse derivación de todas las palabras; pues, de lo contrario, iríamos al infinito.

VARIAS SON LAS CONDICIONES DE LOS HOMBRES, Y VARIAS SUS COSTUMBRES

Pero nos hemos apartado del tema más de lo que yo pensaba. Volvamos atrás.

¿Cuánta variedad no se da dentro de la misma especie humana? En algunos lugares, los hombres son de cortísima estatura; son los llamados pigmeos. En otros son de una estatura enorme; son los gigantes. Unos andan completamente desnudos; otros son muy velludos, y tienen el cuerpo cubierto de pelos; los hay que no saben hablar y que viven en la selva como las fieras, buscan abrigo en las cavernas o buscan acomodo en los árboles, igual que los pájaros. Y si logran apresar alguna vez a algún hombre como nosotros, lo devoran con gran placer. Hay quienes no se ocupan en absoluto de Dios ni de la religión, y lo tienen todo en común, hasta a los hijos y mujeres; vagan de un lugar a otro y no tienen residencia fija. Hay otros, por el contrario, que es-

tán ligados a Dios y a la religión, y derraman valerosamente su sangre por estos ideales.

El que quiere tener ciudad propia, casa, mujer y familia, una vez que las consigue, las defiende hasta la muerte. Algunos, cuando mueren, son entregados al fuego o a la tierra junto con los amigos vivos, las mujeres y los muebles de su casa; otros, a quienes nada de esto les importa, quedan insepultos. Hay quien permite que lo despedacen vivo y lo dividan en partes, y lo procura. Hay otros que juzgan que deben huir de la muerte a toda costa.

Nunca llegaríamos al fin si quisiéramos contar todas las costumbres de los hombres. ¿Te parece a ti que todos son de nuestra misma condición? No creo que eso sea verosímil. Pero ni tú ni yo sabemos nada de cierto.

Acaso niegues que algunos de ésos sean hombres. No lo discutiré; así lo aprendí de otros. Los libros de los antiguos y de los modernos están llenos de casos como los que he mencionado, y no parece imposible que la humanidad sea tan varia. Y hasta es posible que acaso se den otros hombres todavía mucho más distintos a nosotros en alguna parte del mundo que está aún sin descubrir. O quizá los hubo; o quizá los habrá. Pues, ¿quién puede hablar con certeza de todo lo que fue, o es, o será?

DONDE SE DISCUTE LA ANTIGUA DIVISION DE LA TIERRA

Sirviéndote de tu ciencia perfecta decías hace poco, igual que se ha venido diciendo desde hace siglos, que toda la tierra estaba rodeada por

el océano, y la dividías en tres partes universales: Asia, Africa y Europa. Pero, ¿qué dirás ahora? Ha sido descubierto un nuevo mundo y una nueva realidad en la Nueva España —las Indias Occidentales—, y también se han descubierto las Indias Orientales. También afirmabas que las tierras al sur del Ecuador eran inhabitables en virtud de la fuerza del calor, y que las situadas junto a los Polos y en las zonas extremas no podían habitarse por culpa del frío. Pero la experiencia ha demostrado que ambas suposiciones eran falsas. Construye, pues, otra ciencia, porque la de antaño ya no vale. ¿Cómo te atreves a afirmar, miserable gusano, que tus proposiciones no pueden ser de otra manera, cuando ni siquiera sabes qué eres, de dónde vienes y a dónde vas?

OTRAS RAZONES DE
NUESTRA IGNORANCIA

Y por lo que se refiere a las demás especies, ya se trate de animales, ya de las plantas que pueblan nuestro mundo, debe decirse lo mismo. Porque hay tanta variedad y tanta diferencia entre unas y otras, que ciertamente nada tienen en común. Pero nada sabemos de esas especies, porque no conocemos las formas que distinguen las unas de las otras.

Además, para mayor ignorancia nuestra, nos está prohibido el acceso a algunas cosas en virtud del lugar que ocupan, o del tiempo que duran. De hecho, esa dificultad nos asalta en la mayoría de los casos. Por eso hay una gran incertidumbre respecto a aquellas realidades que se hacen y existen en el mar, en las entrañas de la tierra, en

las regiones más elevadas del aire y en el interior de los cuerpos superiores.

TODO CONOCIMIENTO PROCEDE DEL SENTIDO

Y es natural que así suceda; pues todo conocimiento viene de los sentidos; y como por medio de éstos no pueden percibirse aquellas cosas, tampoco pueden saberse. Parece que hay menos dificultad en conocer lo que está en nosotros, ya que, por lo menos, no dudamos de su existencia; pero de muchas de esas otras cosas hay variedad de opiniones, y ni siquiera se saben si existen, ni la razón nos fuerza a admitir su existencia. Es más: algunas veces la razón nos dice lo contrario, como veremos en su momento.

CUESTIONES INDECISAS

Indecisa está la cuestión de la pluralidad del mundo, de lo que está fuera del cielo, y otros asuntos semejantes. Y no sólo esto, sino que en los distintos lugares de la tierra (imposibles de recorrer, por más que fuera necesario) son varias las opiniones de los hombres, sin que haya ciencia en parte alguna, según hemos dicho más arriba. Y por lo que se refiere a las cosas que sucedieron mucho tiempo antes de nosotros, y a las que tendrán lugar en el futuro, ¿quién podrá asegurar algo con certeza? Con ocasión de esto hay una discrepancia entre los filósofos acerca del origen del mundo, de su eternidad o de su duración y fin; pero, que sepamos, nadie fue capaz de resolver la controversia, ni nadie logrará hacerlo recurriendo a la ciencia.

LO CORRUPTIBLE NO PUEDE JUZGAR RECTAMENTE ACERCA DE LO INCORRUPTIBLE

Pues, ¿cómo lo corruptible podrá juzgar rectamente acerca de lo incorruptible? ¿Cómo lo finito podrá juzgar acerca de lo infinito? Quien vive sólo un instante y existe de un modo tan precario que casi no existe, ¿cómo podrá valérselas para hablar con certeza de lo sempiterno? De este asunto y de otros que son el fundamento de otras muchas cuestiones nadie tuvo un conocimiento profundo, y nadie puede adquirirlo.

ESTAS CUESTIONES NOBILISIMAS SON SOBREMANERA DUDOSAS

De estas cuestiones nobilísimas, que son sumamente necesarias para el conocimiento de todo lo demás, hay muchas dudas en la Filosofía. Y no saber esas cosas trae consigo el desconocimiento de todo.

LOS PERIPATETICOS DICEN QUE EL MUNDO ES ETERNO

Que nada puede saberse perfectamente al modo humano queda de manifiesto en que los Peripatéticos y toda su escuela se empeñan en probar con múltiples razones que el mundo es eterno y que no tuvo principio ni tendrá fin. Y los filósofos se persuadieron de esto. De ahí tomó el romano Plinio fundamento para su *Historia Natural*. Y, ciertamente, si te guías por la razón humana, quedarás tú persuadido de lo mismo. Pues viniste al mundo ya hecho, y tu padre también, y tus abuelos; ellos se fueron, como también te

irás tú. Y verás que otros nacen y mueren mientras el mundo permanece.

Nadie hay que asegure, ni de palabra ni por escrito, que vio el principio del mundo, o que vio a alguno que lo haya visto, o que oyó de algún otro que lo vio. Como dice el Sabio, "pasa una generación y viene otra generación, pero la tierra permanece *in aeternum*; nace el sol, y se pone, y vuelve de nuevo a su lugar original; y surgiendo otra vez, pasa por el Mediodía y declina después hacia el Septentrión. Sopla el viento en círculos, y a esos mismos círculos revierte.

Todos los ríos van a dar al mar, y el mar no rebosa: del mar salieron, y hacia el mar vuelven a fluir. Todas las cosas del mundo encierran dificultad: el hombre no puede explicarlas con palabras " (*Ecclesiast.* I.).

SEGUN LA FE, EL MUNDO ES CREADO Y TENDRA FIN

Has oído la sentencia de los filósofos. Sin embargo, ves con los ojos de la fe que lo contrario es lo verdadero, y que el mundo fue creado y tendrá fin, al menos según las cualidades que ahora posee. Pues no será aniquilado, según aquello del rey profeta: "Los mudarás como un vestido, y se cambiarán, etc." (*Psalm* 101). Todo lo cual sabemos por revelación divina, no por razonamientos humanos. Y así el divino legislador Moisés (*Genes.* I) urde su divina historia desde la creación del mundo, inspirado por el espíritu divino, al contrario de como lo hizo Plinio.

Por tanto, tiene alguna disculpa la opinión de

los filósofos; pero no la tiene la pertinacia en el descreimiento y la contumacia contra la fe.

Pero volvamos atrás.

OTRA CAUSA DE NUESTRA IGNORANCIA

También hay otra causa de nuestra ignorancia: Siendo tan grande la sustancia de algunas cosas, no podemos percibirla por completo. En ese género está incluido el Infinito de los filósofos —si es que hay tal cosa— y el Dios de nosotros, los creyentes: un Ser que no tiene medida alguna, ni límite, y que, por consiguiente, no puede ser comprendido por nuestra mente de ninguna manera.

DEBE HABER UNA PROPORCION ENTRE EL QUE COMPRENDE Y LO QUE ES COMPRENDIDO

Y se explica que así ocurra: pues debe haber cierta proporción entre el que comprende y lo comprendido, de modo que el que ha de comprender sea mayor que lo comprendido, o, cuando menos, igual (aunque parece que apenas puede conseguirse el que un igual comprenda a otro igual, como veremos cuando tratemos del espacio; pero concedámoslo ahora). Mas ocurre que no hay proporción alguna entre nosotros y Dios, ni entre lo finito y lo infinito, ni entre lo corruptible y lo eterno. Comparados con Dios, no somos prácticamente nada.

DIOS CONOCE TODAS LAS COSAS

El conoce todas las cosas y es mayor que todo

lo demás; es superior, más excelente y mejor. Y para que no parezca que trato de compararlo con las criaturas, diré que es el Ser máximo, supremo y excelentísimo. Por esa razón, cuando más cerca estén del Ser Sumo algunas realidades, más desconocidas nos serán.

OTRA CIRCUNSTANCIA DE LA REALIDAD, QUE OCASIONA NUESTRA IGNORANCIA

Pero hay otro orden de cosas, completamente contrario al de aquellas otras, cuya entidad es tan minúscula, que apenas puede ser comprendida por la mente. Hay una gran abundancia de esas realidades infinitamente pequeñas, y es muy necesario conocerlas para obtener la ciencia. Sin embargo, las desconocemos casi totalmente. De entre este tipo de realidades habría quizá que mencionar todos los accidentes, que casi no tienen entidad. Hasta ahora no ha habido nadie que haya podido explicar perfectamente su naturaleza, como tampoco han podido explicarse las demás cosas. No sabemos nada: ¿cómo, pues, podríamos explicar algo?

ALGUNOS DIJERON QUE LOS ACCIDENTES NADA SON EN SI

No es extraño que algunos —como los Pirrónicos, los Epicúreos y otros— dijeran que los accidentes no son nada en sí, sino únicamente ciertas apariencias que hacen acto de presencia en nosotros, según nuestra varia condición y disposición. Así, al que tiene fiebre todo le parece caliente; a quien tiene la lengua amarilla, impregnada de bilis, todo le resulta amargo.

OTRA CAUSA DE
NUESTRA IGNORANCIA

Todavía hay en las cosas otra causa de nuestra ignorancia, a saber, la perpetua duración de algunas, la constante generación de otras, la constante corrupción y la constante mutación. De tal forma que, como no puedes vivir siempre, no puedes ser testigo de su evolución, ni tampoco puedes conocer esas otras que no son nunca las mismas y que tan pronto son, como dejan de ser. De ahí que la disputa acerca de la generación y la corrupción esté todavía sin resolver, asunto del que diremos en otro lugar lo que sentimos.

HAY MUCHOS MODOS DE
GENERACION Y CORRUPCION

¿Cuántos modos hay de generación? ¿Cuántos de corrupción? Aquélla puede tener lugar a partir de la semilla, del huevo, del estiércol, de la putrefacción, del rocío, del polvo, del aliento, del limo, de la podredumbre, y de otras muchas cosas.

En cuanto a la corrupción, ésta puede venir del calor, del frío, de la disrupción, de la disolución, de la opresión, y de un sinfín de cosas más, cuyo número desconocemos.

Si es verdad lo que dicen del ave fénix, un gusano se originará a partir de las cenizas de sus progenitores, y de ese gusano surgirá otro ave fénix. Los gusanos que nos proporcionan la seda se secan por completo; y después de un largo tiempo, vuelven a renacer, como si salieran de algún grano de semilla. A los huevos de avestruz

se les infunde la vida mirándolos fijamente. El oso da forma al cachorro lamiéndolo. Los higos, las nueces y los troncos de árbol se convierten en gusanos y son apedreados. Las hojas de ciertos árboles que crecen a orillas del Iuverno, si caen en el río, asumen la naturaleza de los peces; y hay muchas formas de vegetación que, al caer a la tierra, se convierten en insectos voladores. Las bellotas, el trigo, las hojitas de los arbustos y de los álamos, el corazón de la alcachofa, el queso, la carne, el terebinto, todo se muda en gusanos y moscas.

Y, lo que es más admirable, en el Océano Británico, si es verdad lo que narra aquél (Scalig *. *De subtil. ad Carda. Exercit. 59*), hay un ave con forma de ánade que se prende con el pico a los restos putrefactos de los naufragios, hasta que encuentra su antigua forma y se suelta de allí para sumergirse con los peces. A este animal, los habitantes de la costa vasca lo llaman *Carban* y los bretones le dicen *Bernaquia*.

Añade también la concha alada del Rey Francisco de Francia, en cuyo interior había una avecilla casi perfecta que se adhería a los extremos de la abertura de la ostra con la punta de las alas, con el pico y con las patas.

Entre los egipcios de El Cairo, los huevos se incuban en hornos, bien regulado el calor del fuego; y en otros lugares se los incuba en el barro.

---

* Escalígero, J. C. (1484-1558). Médico y humanista italiano que adquirió celebridad por sus disputas con Erasmo. Entre sus obras principales figuran *Adversus Desidertum Erasmum Oratio* (Paris, 1531) y sus *Comentarii Hippocratic, Librum de Insomnis* (Lyon, 1538).

No hay duda de que entre los peces y las aves hay muchos modos de procreación; y, como no son pocos los que pierden la vida, habrá que deducir que hay otros tantos modos de destrucción.

SON MUCHAS LAS MUTACIONES QUE TIENEN LUGAR ENTRE EL NACIMIENTO Y LA MUERTE

Y entre el nacimiento y la muerte, ¿cuántas mutaciones no tienen lugar? Son innumerables. En los seres vivos, la perpetua nutrición, el crecimiento a lo largo del tiempo, el estado, la decadencia, la generación, la variación de partos, el cambio, los defectos, las añadiduras, la perfección de las costumbres, las acciones, las diversas obras, muchas veces contrarias en un mismo individuo. Nada permanece quieto.

No es de extrañar que algunos dijeran que, refiriéndose a un mismo hombre, no puede afirmarse que sea el mismo después de una hora, que el que era una hora antes. Este pensamiento no debe rechazarse por completo, porque acaso sea cierto.

LA IDENTIDAD ES INDIVISIBLE

Es tal la indivisibilidad de la entidad, que si añades o quitas un solo punto de cualquier cosa, ya no es absolutamente la misma. Y como los accidentes pertenecen a la esencia del individuo, al variar constantemente, hacen que también el individuo varíe. Dices que sabes que, mientras permanece la misma forma, el individuo es siempre el mismo, pues es en virtud de esa forma por lo que algo se dice *uno*, y que estas pequeñas varia-

ciones de los accidentes no mudan la identidad. Pero ya dije que nada se ha de cambiar en la identidad, pues de lo contrario no sería tal. Estoy de acuerdo en que una sola forma hace un *uno*, y en que quizá *informa* siempre la misma cosa; pero no *informa* completamente el mismo *todo*, pues en esto hay perpetua mutación, como en mi cuerpo.

Yo soy un compuesto de dos cosas: del alma, principalmente, y, en segundo lugar, del cuerpo. Si varía alguno de estos dos componentes, varío también yo. Pero de esto hablaremos en otro lugar más largamente y con mejor oportunidad.

Y hasta aquí, de los animales en su totalidad.

MAXIMA DUDA RESPECTO A LAS PARTES DE LOS ANIMALES

Pero si consideras las partes de los animales, es mucho mayor la duda. ¿Por qué son éstas así? ¿Por qué aquéllas? ¿No sería mejor de otra manera? ¿No sería peor? ¿Por qué no son más? ¿Por qué hay tántas? ¿Por qué son tan grandes? ¿Por qué tan pequeñas? Nunca acabaríamos. Y en los seres inanimados podríamos hacernos las mismas preguntas.

¿Qué hay, pues, de firme en cosas que son tan mudables, qué hay de determinado en cosas tan varias, qué hay de cierto en cosas tan inciertas? Nada en absoluto.

DISPUTA INTERMINABLE EN TORNO A LA INTRODUCCION DE LAS FORMAS

De ahí surgió la gran disputa acerca de la intro-

ducción de las formas y de sus principios, disputa a la que nadie pondrá punto final.

Si se quiere, podemos añadir a lo ya dicho otras dificultades que ocasionan nuestra ignorancia: como las formaciones monstruosas que a veces tienen lugar y que son tántas y tan diversas, especialmente en el hombre; la hermafrodisis que se da en algunas especies y en los individuos de algunas otras; las especies mixtas, como el mulo, que proviene del asno y la yegua; la licesca, que es engendrada por la perra y el lobo; el híbrido, que resulta de la unión del toro con la yegua —todas ellas especies que son comunes entre nosotros. ¿Y qué no decir del perro y la zorra; del tigre, la hiena y el lobo, de los cuales se afirma que se mezclan los unos con los otros y que de su coito se originan otras especies, lo mismo que de la unión entre el camello y el caballo, y del gallo con la perdiz? Y si es verdad lo que se dice del buitre, éste se origina del ayuntamiento entre el cuervo y el águila.

OTRA OCASION MAS DE NUESTRA IGNORANCIA

En los árboles se observa la misma mezcla, y también en otras plantas, como en el melocotón-manzano, en el almendro-melocotón y en muchas más, en las cuales se logra una naturaleza intermedia entre lo que se injerta y la planta original en la que se introduce el injerto. Si añades, finalmente, las mutaciones de las especies, como cuando del trigo surge muchas veces la cizaña, y alguna vez, de la cizaña el trigo, y la avena del centeno; y si todavía consideras el cambio de sexo que ocasionalmente se efectúa en ciertos seres humanos —como dicen que ocu-

rre con algunas doncellas que se convierten en varones (Hypoc. 6, Plin. lib. 7 *Natura*)— la dificultad aumentará en extremo. Y no sabrás qué es esto, ni cómo, ni de dónde, ni por qué. Y yo menos.

Y en aquellas cosas que carecen de alma, mayor es aún la mutación, y mayor la diversidad en la generación y en la corrupción. Nos confunden todavía más los varios y múltiples efectos de la misma causa, efectos que se contradicen los unos a los otros; y, al revés, las muchas y varias causas que son contrarias entre sí y que producen un mismo efecto. Te daré un solo ejemplo (para no alargarme demasiado, y teniendo en cuenta que se discutirán más ampliamente estas cuestiones en el examen de la realidad que haremos después): el calor.

El calor engendra y destruye una misma cosa; blanquea y ennegrece; calienta y enfría; aclara y espesa; disuelve y condensa; derrite y solidifica; seca y humedece; licúa y endurece; dilata y contrae; amplía y reduce; dulcifica y amarga; grava y aligera; ablanda y fortalece; atrae y repele; mueve y detiene; alegra y entristece.

CANTO A LAS
VIRTUDES DEL CALOR

¿Qué no es capaz de hacer el calor? Es el numen sublunar, la mano derecha de la Naturaleza, el agente de los agentes, el motor de los motores, el principio de los principios, la causa de las causas, el instrumento de los instrumentos, el alma del mundo. No sin razón se creyó en la filosofía de algunos antiguos —como Pitágoras y Epicuro— que el fuego era el principio de todas

las cosas. Merecidamente Trimegisto llamó al fuego Dios. Con gran razón pudo Aristóteles llamar a Dios ardor del cielo, aunque no creyera que el ardor del cielo fuese Dios, y fuese indebidamente censurado por Cicerón en este punto.

ES VALIDO COMPARAR
A DIOS CON EL FUEGO

¿Qué nos sugiere mejor que el fuego la potencia y virtud del Máximo y Optimo Dios, y alguna forma de su divinidad inefable? El mismo nos insinuó esto al manifestarse por primera vez a su siervo Moisés en una zarza ardiente (*Exod.* c. 3) y guiando por el desierto a su querido pueblo, bajo la apariencia de una columna de fuego (*Exod.* c. 14) y descendiendo en lenguas de fuego sobre el grupo de los elegidos (*Act. Apost.* c. I.).

Has visto cuántas cosas hace el calor; sin embargo, es un simple accidente cuya razón, como las de todo lo demás, nos es desconocida. ¿Cómo él solo es capaz de desempeñar tantos oficios? Es difícil de comprender, aún más difícil de expresar. Tal vez sea imposible conseguir ninguna de las dos cosas. Sin embargo, los filósofos distinguen lo que es *per se* de lo que es *per accidens*, y nos ofrecen una variedad de clases de seres, que sólo vale para aumentar la dificultad. Pues, ¿quién conoce exactamente esta variedad? Nadie. Sólo se llegarían a conocer algunas probabilidades, pero nada se sabría de cierto. Mas de esto hablaremos después. Por ahora, bástenos con decir que nada conocemos plenamente.

Por la misma razón, un efecto que es producido por causas contrarias nos sumerge en la más absoluta perplejidad. El estado de frío se consigue con el movimiento —como ocurre cuando se agita el corazón, el tórax o las arterias, o como cuando se remueve el agua caliente—; pero también se consigue mediante el reposo —como cuando el hombre que se ha calentado durante el ejercicio se enfría al quedarse quieto.

El estado de calor, por su parte, también se produce mediante el movimiento —como cuando corremos—, pero asimismo es originado por el reposo —como cuando descansa el corazón, o cuando no movemos el agua caliente, para que conserve su temperatura.

La negrura procede del calor, como en los etíopes; pero también puede proceder del frío, como en los muertos, o como en los miembros que han estado paralizados por mucho tiempo, principalmente si la compresión impide la circulación del aliento vital por las arterias.

La putrefacción puede originarse de todas las cualidades, y tiene lugar en cuanto falta el elemento de la sequedad.

Pero no es sólo esto, sino que también puede ocurrir que una cosa sea producida por su contraria, como cuando el calor se origina a partir del frío. Tal puede suceder en la cal, en nuestro propio cuerpo, y en las fuentes y en la tierra cuando llega el invierno. De ahí la sentencia: *Los intestinos se calientan mucho durante el invierno y durante el verano*. (Hyp. I. *Aphor*. 15).

Y, a la inversa, el frío puede proceder del calor, como en los cuerpos calientes por la fiebre, o en los etíopes, que son fríos por dentro, o en nosotros mismos durante el estío.

Cómo tengan lugar estos fenómenos es algo que yo ignoro. ¿Lo ignoran también los demás? No lo deduzco necesariamente, pero así parece. Oigo lo que se dice acerca de estas cuestiones, pero no por esto aumenta mi conocimiento de las cosas. Lo que ellos dicen ya lo sabía yo antes, pero no me satisfacía por completo. Porque si yo hubiese conocido algo perfectamente, no lo habría negado, sino que lo habría proclamado vehementemente, con alegría. Nada podría haberme hecho más feliz.

Pero ahora me consumo en perpetua tristeza, sin esperanza de poder saber perfectamente ninguna cosa. O yo soy el más ignorante de todos los hombres, o todos los demás lo son también conmigo. Ambas cosas las creo verdaderas. Algo sabría yo si los demás supiesen también algo, porque no es verosímil que sólo a mí me haya sido adversa la fortuna. Pero yo no sé absolutamente nada, ni tú tampoco. Hay en las cosas muchas más ocasiones de nuestra ignorancia que sería largo e inútil comentar aquí cuando puedes verlas en cada uno de los tratados particulares; yo mismo te las mostraré cuando entren en el contexto de este discurso. Sólo añadiré ahora alguna de las más importantes.

OTRA CAUSA DE NUESTRO DESCONOCIMIENTO

La variedad de las cosas, su múltiple forma, su cantidad, sus acciones, sus muchos y diversos

usos nos envuelven, o mejor, nos distraen de tal manera, que no podemos representarnos o sentir nada con seguridad, ya que la mente se ve siempre sitiada por alguna parte y debe abandonar su opinión primera. Y así, yendo de un lugar a otro, nunca puede estarse quieta. Si afirma que la blancura (y baste traer aquí el ejemplo de los colores) es un efecto del calor, se verá en la dificultad de explicar el color blanco de la nieve, del hielo y de la piel de los alemanes; si dice que procede del frío, tampoco podrá justificar la blancura de la ceniza, de la cal y de los huesos calcinados; si dice que viene de la humedad, surgirán otras dificultades; y si de la sequedad, surgirán otras. Y por lo que se refiere a la negrura, tendrán lugar otras dudas semejantes.

¿Y qué decir de los colores intermedios? ¿Qué temperatura les asignarás? Por lo menos, los colores extremos parece que tienen una causa evidente, y establecemos una relación directa entre la nieve y el frío; entre la ceniza y el calor, ya que ambas relaciones podemos percibirlas por el sentido. Pero ¿qué dirás de los animales manchados, como la pantera, el leopardo, el perro y otros semejantes? ¿Qué dirás de las hierbas como el dragoncillo, el cardo plateado, el trébol multicolor? ¿Qué de los guisantes turcos? ¿Qué de las aves como el pavo real y el papagayo? ¿Te atreverías, quizá, a asignar diversas temperaturas a una sola pluma del pavo real, a un solo pétalo de una flor, o a un solo pelo de un leopardo?

Y si asumimos que los colores son permanentes, ¿qué dirás del iris, de la paloma variada, del frasco lleno de agua y del otro sin agua, que, por su diversa exposición al sol, dan colores tan

varios a aquellos que los ven desde ángulos diferentes? Te quedarás mudo, como también me quedo yo.

Mucho más mudos aún nos quedaremos ante todos los fenómenos que te señalaba más arriba. Nunca acabaríamos de explicarlos, pues, cuanto más escudriñamos, más nos sorprendemos, más nos confundimos y más difícil es que veamos con algo de claridad. Porque dondequiera que haya muchedumbre, también habrá confusión.

LA FILOSOFIA ES SEMEJANTE AL LABERINTO DE MINOS

Permítasenos, no sin razón, comparar nuestra filosofía con laberinto de Minos. Una vez que entramos, no podemos volver atrás, ni orientarnos. Y si seguimos hacia adelante, caemos en poder del Minotauro que nos quita la vida.

TRISTE FIN DEL ESTUDIOSO

¡Eso logramos con nuestros estudios; éste es el premio al tiempo perdido, a la vana labor y a la perpetua vigilia! Lo único que ganamos es el cansancio, las preocupaciones, la inquietud, la soledad, la privación de todos los placeres, una vida como la de los cadáveres, habitando, luchando, hablando y pensando con los muertos, apartándonos de los vivos, descuidando las propias cosas, destruyendo el cuerpo por ejercitar el espíritu. De ahí viene la enfermedad, muchas veces el delirio y siempre la muerte.

EL TRABAJO IMPROBO VENCE TODAS LAS COSAS PORQUE QUITA LA VIDA

El trabajo ímprobo vence todas las cosas porque quita la vida y acelera la muerte, que nos libra de todos los males. Pues el que muere todo lo vence.

Tanto se aparta de la verdad aquello que dijo Horacio, que sucede precisamente lo contrario. Estas son sus palabras (I. *Epist.* I.):

El que se afana en conocer las cosas
superiores sólo es inferior a Júpiter:
Es rico, libre, hermoso; es rey de reyes.
Goza de buena salud, y ni un resfriado le aqueja.

¡Mira, sin embargo, cómo abrimos la puerta al resfriado y a otros males!

Pero Horacio habla en otro lugar de otra manera, y lo hace con más verdad cuando dice (I. *Epist.* 6):

Aunque vengas tú mismo, Homero, con las Musas,
Afuera irás si no traes nada que ofrecernos

Y mejor dice aún, un poco más abajo:

El dinero atrae a la mujer con dote, y procura
amigos y prestigio, y linaje, y fortuna.
Al rico en monedas Suadela y Venus lo adulan.

Y también es ahora verdad lo que dijo Ovidio en otra parte *(Quid.* I. *Fastor)*:

A los pobres les está cerrada la curia:
la hacienda da honores.
Por la hacienda es grave el juez y formal
el caballero.
Hay ahora precio en el precio:
la hacienda da honores.
La hacienda da amistades. Al pobre se le
deja de lado en todas partes.

La doctrina no tiene ahora ningún valor, y las togas ceden ante las armas. Las lenguas se someten a la gloria. Los escritores y pensadores no son apreciados en lo más mínimo. ¿Por qué, pues, nos consumimos? Lo ignoro. Así lo querrá el destino. "Dio Dios a los hijos del hombre esta ocupación pésima para que se afanasen en ella. Hizo todos los bienes en su tiempo, y entregó el mundo a las disputas de los filósofos para que no hallase el hombre lo que fue hecho por Dios desde el principio al fin".

LA FILOSOFIA ES SEMEJANTE
A LA HIDRA LERNEA

Pero volvamos al lugar de donde nos habíamos apartado. La filosofía parece semejante a la Hidra Lernea que fue vencida por Hércules. Pero a esta Hidra nuestra nadie puede vencerla. Si se le corta una cabeza, surgen otras cien más feroces. A nuestra mente le falta esa energía capaz de conocer perfectamente una cosa y de impedir que se multipliquen las dificultades.

FUERA DEL SENTIDO TODO ES CONFUSION Y DUDA

Concluyamos: Todo conocimiento se origina en los sentidos. Fuera de éstos todo es confusión, duda, perplejidad, adivinanza; nada puede darse por cierto.

Pero el sentido se limita a ver lo exterior; no lo conoce. Ahora llamo sentido al ojo.

La mente considera las cosas que recibe del sentido; si éste nos ha engañado, también nos engañará aquélla. Y si el sentido no nos engaña ¿qué conseguimos? La mente se limita a observar las imágenes de las cosas, imágenes que le fueron proporcionadas por la vista; las mira por todas partes, las examina y se pregunta: ¿qué es esto? ¿de dónde procede tal cosa? ¿por qué? Es incapaz de entender algo con absoluta certeza.

LA FABULA DE ESOPO PUEDE APLICARSE A LA NATURALEZA

¿No es esta situación semejante a la de aquella vieja fábula en la que, invitando a comer la grulla a la zorra, ofrecióle una vasija de cristal de boca estrecha, llena de gachas? La zorra, aplicando la lengua y el hocico a la boca de la vasija, se esforzaba inútilmente pensando que podía alcanzar algo de la comida que tenía a la vista. De un modo semejante engañó Zeusis a los pájaros con uvas pintadas: cuando acercaban el pico para comerlas, se daban contra la tabla (Plin. *lib.* 55 *c.* 10). Y Parrasio engañó a otro con un velo que estaba tan bien dibujado, que parecía de verdad (Plin. *Ibid.*); de suerte que esta persona, ansiosa

de ver mejor la pintura que creía cubierta con el velo, aproximó la mano para descorrerlo, y tropezó con la tabla.

Así nos presenta la Naturaleza las cosas para que las conozcamos.

Como decía Aristóteles en otro lugar: que nuestra mente se comporta ante la naturaleza de las cosas, del mismo modo que el ojo de la lechuza se comporta ante la luz del sol: viendo sólo sombras.

EL INTELECTO JUZGA ACERCA DE LAS COSAS POR LAS APARIENCIAS

Juzgamos las cosas por sus apariencias. ¿Cómo, pues, podrá ser acertado nuestro juicio? Nuestra condición sería tolerable si, por lo menos, obtuviésemos mediante los sentidos las apariencias de todo lo que queremos saber. Pero sucede lo contrario: que no las tenemos de las cosas principales.

LOS ACCIDENTES CONSTITUYEN LA PARTE MAS VIL DE LA REALIDAD

Sólo obtenemos las apariencias de los accidentes, los cuales, según dicen, nada influyen en la esencia de la cosa, que es el objeto de la verdadera ciencia. Los accidentes constituyen la parte más vil de la realidad; y, sin embargo, es menester que partamos de ellos para hacer nuestras conjeturas sobre todas las demás cosas. Lo que es de naturaleza sensible, obvio y de poco valor (tal cosa son los accidentes y los compuestos) se nos muestra por todas partes. Pero lo que es espiritual, tenue, sublime (tal cosa son los principios

de los compuestos y las realidades superiores) no se nos muestra en absoluto. Sin embargo, esto último es por naturaleza más cognoscible, porque es más perfecto, más ente y más simple, cualidades éstas que producen el conocimiento perfecto. Pero nosotros no tenemos acceso a esas realidades porque están sobremanera alejadas de nuestros sentidos. Cuanto más próximas a ellos están las cosas, mejor las conocemos. Y ello es así sólo porque nuestro mejor conocimiento depende del sentido.

SOLO EL SER ES EL PRINCIPIO DE TODOS LOS ACTOS

No obstante, lo más cercano a nosotros es por naturaleza lo menos cognoscible, porque es imperfectísimo y apenas tiene entidad. Unicamente *el ser* es el objeto, sujeto y principio de todo conocimiento y aun de todos los actos y movimientos. Mira cuántas ocasiones de ignorancia se nos dan en las cosas. Pero lo verás todavía mejor cuando lleguemos a explicarlas con detalle. Pues hasta aquí sólo hemos hablado en general.

Claro está que todo lo dicho no demuestra que nada se sabe. Tampoco me propuse demostrarlo (usando el significado que tú das al verbo *demostrar*), ni podría hacerlo. Pues nada se sabe. Séate suficiente el que te haya hecho ver las dificultades. Si puedes superarlas, algo sabrás. Pero no podrás, a menos que, desapareciendo de manera misteriosa el espíritu que ahora tienes, surja en ti otro nuevo. Acaso esto pueda hacerse, aunque yo nunca lo vi. Mejor será, por tanto, que tratemos de las cosas tal y como son, y no tal y como pudieran ser.

POR LO QUE SE REFIERE AL SUJETO COGNOSCENTE, MUCHOS SON TAMBIEN LOS IMPEDIMENTOS PARA ALCANZAR EL SABER

Todas estas dificultades que se observan en las cosas mismas son nada si se las compara con los obstáculos de parte del sujeto cognoscente. Pero si éste estuviese dotado de una mente perfecta y penetrante en extremo, tal vez podría vencerlo todo (te concederé esto gratuitamente; pues, de hecho, no podría, aunque disfrutase de todas las perfecciones). Pero vemos que sucede precisamente lo contrario.

LOS TRES ELEMENTOS DEL CONOCIMIENTO

Según se decía en la definición de ciencia, ésta era un *conocimiento* en el que había que tener en cuenta tres cosas: la cosa conocida, de lo cual ya hemos hablado más arriba, el cognoscente, al que en seguida nos referiremos, y el mismo conocimiento, que es el acto de éste sobre aquélla.

Tratemos ahora del sujeto cognoscente. Lo haremos con toda la brevedad posible, porque su lugar propio es el tratado del alma.

ES DIFICILISIMA LA CONTEMPLACION DEL ALMA

Ciertamente, es dificilísima y está llena de perplejidad la contemplación del alma, de sus facultades y acciones. Si es ya complicado conocer la realidad de las demás cosas, más lo es todavía el tipo de conocimiento que ahora buscamos. Y

como no hay nada que posea la dignidad del alma, tampoco hay ningún otro conocimiento más excelso que al que a ella se refiere.

SOLO DIOS CONOCE PERFECTAMENTE

Si alguien obtuviese un conocimiento perfecto del alma sería semejante a Dios, más aún, sería el mismo Dios. Pero nadie puede conocer perfectamente lo que no creó. Ni siquiera Dios hubiese podido crear nada, si no lo hubiera conocido perfectamente con anterioridad. Por lo tanto, sólo El, que es Sabiduría, Conocimiento y Entendimiento Perfecto, lo penetra todo, todo lo sabe, todo lo conoce, todo lo entiende. El es todas las cosas y está en todas ellas, y todas las cosas son en El y están en El.

EL HOMBRE NO PUEDE CONOCER LO ABSTRUSO DE LA NATURALEZA

Pero el hombre, que es un ser insignificante, miserable e imperfecto ¿cómo conocerá otras cosas si no puede conocerse a sí mismo, a pesar de que su propio *yo* está en él y con él? ¿Cómo podrá conocer lo que hay de más abstruso en la naturaleza, entre lo que se encuentra lo espiritual —como nuestra alma—, si ni siquiera entiende aquello que es manifiesto en extremo y que puede comer, beber, tocar, ver y oír?

Verdad es que lo que ahora pienso y escribo, ni yo mismo lo entiendo. Y tú, cuando lo leas, tampoco lo entenderás. Acaso juzgues, sin embargo, que estoy hablando con verdad y rectitud de intención. Y yo estimo lo mismo. Pero ninguno de los dos sabemos nada.

De aquí que no lleve la razón Escalígero, aun siendo varón doctísimo, cuando llama a Vives absurdo porque éste dice que el escrutinio que hace la mente de la naturaleza está rodeado de oscuridad. Si la postura de Vives es absurda, con mayor motivo lo será la mía. Pues no sólo digo que el escrutinio de la naturaleza está rodeado de oscuridad, sino que también afirmo que la naturaleza es tenebrosa, intrincada, abstrusa, inasequible. Muchos se acercaron a ella, pero nadie logró vencerla, porque ella es invencible.

ESCALIGERO NO ES PRECISO EN SU TRATADO DEL ALMA

Quizá Escalígero, que poseía un agudísimo ingenio, no tuvo dificultad en el estudio de estas cuestiones. Y, ciertamente, trató del alma muy bonitamente y con mucha sabiduría, como de tantas otras cosas en que se ocupó. Pero no llegó a conocer el alma de modo absoluto, ni procedió con orden, ni investigó el problema en su totalidad. Dijo muchas cosas que engañan a la mente en virtud de la apariencia de las palabras; pues, al ser éstas ingeridas, parece que acallan el hambre. Pero, si se analizan con cuidado, sale a relucir su falacia, y la cuestión queda tan difícil como antes, según mostraremos en su lugar.

Pero ciñámonos al asunto que ahora nos ocupa.

EL CONOCIMIENTO ES LA APREHENSION DE LA COSA

¿Qué es conocimiento? La aprehensión de la cosa. ¿Qué es aprehensión? Averígualo por ti mismo, pues yo no puedo metértelo todo en la cabeza. Pero, si insistes, te diré: la aprehensión es

lo mismo que la intelección, o que la visión intelectual, o que la intuición. Si me preguntas todavía qué son estas cosas, me callaré. No puedo responderte. No lo sé.

DIFERENCIA ENTRE LA APREHENSION Y LA RECEPCION

Sin embargo debe distinguirse la aprehensión de la recepción. El perro, por ejemplo, recibe la imagen del hombre, de la piedra, de la cantidad; pero no conoce. También nuestro ojo recibe esas imágenes, y tampoco conoce. Recíbelas el alma muchas veces y no conoce, como cuando admite lo que es falso, o cuando se le presentan a un ingenio poco desarrollado cosas que son complicadas.

También debe distinguirse el conocimiento propiamente dicho que ahora estamos describiendo —pero que no alcanzamos—, del otro conocimiento que se llama así de manera impropia. Mediante este último "conocimiento" se dice que es posible reconocer las cosas que se vieron y que quedan en la memoria adornadas con las notas que les son propias. Es con este tipo de conocimiento con el que se dice que el niño "conoce" a su padre y a su hermano, y el perro a su amo y el camino por el que éste marchó.

DUPLICIDAD DEL CONOCIMIENTO

Dividamos, por tanto, el conocimiento en dos clases:

Un conocimiento perfecto, por el cual se contempla y entiende la cosa totalmente por dentro y por fuera. Esta es la ciencia que ahora quisié-

ramos procurar a los hombres; pero ella no quiere.

El otro conocimiento es imperfecto, y mediante él aprehendemos la cosa de cualquier manera. Este tipo de conocimiento nos es familiar, y puede ser mayor, menor, más claro o más confuso, siendo posible jerarquizarlo según los diversos grados de ingenio de los hombres.

UNA DIVISION INVALIDA

Dicen que este segundo tipo de conocimiento se divide a su vez en dos clases:

Un conocimiento *externo* que se logra mediante los sentidos y le llaman, por consiguiente, sensual, y otro *interno* que se logra sólo por la mente.

Sin embargo, estas cosas han de verse de otra manera.

El hombre es un solo cognoscente, y sólo puede haber *un* conocimiento de todas las cosas; pues es una sola la mente que conoce lo externo y lo interno. El sentido nada conoce; nada juzga. Sólo se limita a recibir lo que luego ofrecerá a la mente y que ésta habrá de conocer. Es lo mismo que ocurre con el aire: no ve los colores ni la luz, pero los recibe para ofrecerlos a la vista.

TRES COSAS SON CONOCIDAS
POR LA MENTE, DE DIVERSO MODO

No obstante, tres son las cosas que son conocidas por la mente, de diverso modo:

Unas son completamente externas, libres de toda acción de la mente. Otras son totalmente internas, de las cuales algunas son libres de la acción de la mente, y algunas otras participan en cierta medida de esta acción. Y, finalmente, otras son en parte externas, en parte internas.

Las primeras se descubren por los sentidos; las segundas no son descubiertas en modo alguno por éstos, sino que se muestran inmediatamante de por sí; las terceras se deben en parte a los sentidos, y en parte se muestran de por sí.

EXPLICACION DE ESTA DIVISION

Tratemos de explicar esto.

El color, el sonido, el calor no pueden ofrecerse a la mente de por sí, para que ésta los conozca. Por el contrario, necesitan imprimir una imagen suya (admitamos ahora que la sensación se efectúa mediante la recepción de imágenes) en un órgano sensible que sea apto para recibirla. Esta imagen, u otra parecida, se ofrece a su vez a la mente, para que ésta conozca la cosa de la cual obtuvo dicha imagen, conocimiento que tendrá lugar por medio de la imagen en cuestión.

Sin embargo, aquellas otras cosas que pertenecen exclusivamente al entendimiento y que están dentro de nosotros no se le presentan a la mente por medio de imágenes, sino que lo hacen por sí mismas. Tales son muchas de las cosas que el entendimiento fabrica, y también aquellas otras que él descubre sirviéndose de la reflexión, y al término de muchos razonamientos: esto ocurre cuando el entendimiento reflexiona sobre el mismo acto de entender y establece conjunciones,

divisiones, comparaciones, predicaciones y nociones; y, dirigiendo su atención a ellas, las conoce por sí mismas. A este orden pertenecen también todas aquellas cosas que, como el entendimiento, son internas, pero que se producen o existen sin la intervención de éste. Tal ocurre con la memoria, los apetitos, la ira, el miedo y las demás pasiones, y cuanto hay de interno, lo cual es conocido por el entendimiento inmediatamente, de por sí.

Hay, por último, muchas cosas que en parte llegan al entendimiento por el sentido, y en parte son producidas por el entendimiento mismo. La naturaleza de la constelación *Canis* o de la piedra imán en modo alguno puede ser alcanzada por el sentido. Pero revestida de color, magnitud y figura es llevada al ánimo por medio de los sentidos. Después, el entendimiento la despoja de esos accidentes. Y lo que queda, el entendimiento lo considera, lo estudia, lo compara hasta que, finalmente, se las arregla para fabricar una cierta naturaleza común.

QUEDA MUCHISIMO POR SABER

Los filósofos me insinúan que las inteligencias pueden alcanzar hasta los mismos cielos. Yo oigo lo que dicen, pero no lo entiendo, aunque trate de fingir, partiendo de lo que ellos aseguran, algo que pueda ser inteligible. Yo soy capaz de percibir el aire con el tacto, pero en mi mente no hay ninguna imagen, además de la que yo fingí: una suerte de cuerpo incorpóreo que ni siquiera sé lo que es.

De igual manera pienso en el vacío. Comprendo el infinito, sin acabar nunca de aprehenderlo. Cuando estoy pensando en la infinitud, me veo obligado a detenèrme porque advierto qué es el infinito y que, por más que añada o imagine, nunca llegaré al fin y jamás seré capaz de abarcarlo. Y al darme cuenta de mi incapacidad, me limito a fingir una imagen que, ciertamente, es determinada, pero que ninguno de sus límites está perfectamente terminado, como si le faltase siempre algo. Y así adquiero una noción que no es ni terminada ni terminable, porque pueden añadírsele más partes por cualquiera de sus extremos, eternamente, indefinidamente. ¿Qué más se puede hacer?

Nuestra condición es penosa. Estamos ciegos en medio de la luz. En la luz pensé muchas veces, y siempre me quedé sin comprenderla, sin conocerla, sin explicarla. Y lo mismo ocurre si contemplas la voluntad, el entendimiento y todas las demás cosas que no se perciben por los sentidos. Tengo una cierta seguridad de que *quiero* pensar y escribir esto que ahora estoy escribiendo, y *deseo* que sea verdadero y que tú lo apruebes, aunque esto último no me preocupa gran cosa. Sin embargo, cuando me empeño en considerar qué es este *querer*, este *desear*, este *inquirir*, entonces el pensamiento me abandona y la voluntad se frustra; crece el deseo y aumenta la inquietud.

COMPARACION ENTRE EL CONOCIMIENTO POR LOS SENTIDOS, Y EL QUE TIENE LUGAR SIN ESTOS

Nada veo que pueda captar o aprehender. Pero en esto hay una cierta superioridad del conocimiento que se tiene de las cosas externas por medio de los sentidos, sobre el conocimiento que se hace de las cosas internas, sin recurrir a los sentidos. Algo se consigue en el conocimiento sensorial: la figura del hombre, de la piedra, del árbol, cosas todas ellas que se toman del sentido. Y así llega a parecer que el hombre tiene un conocimiento de sí mediante su imagen. Pero en el conocimiento que se refiere a las cosas internas, nada encuentra el hombre que pueda comprender. Y va de aquí para allá, dando palos de ciego, por tratar de conseguir algo. Pero nada consigue.

Y, sin embargo, el conocimiento sensorial que se dirige a las cosas externas tiene un grado de certeza inferior al que adquiere ese otro conocimiento que versa sobre aquellas cosas que hay en nosotros o se producen en nosotros. Pues estoy más seguro de que tengo apetito y voluntad, y de que pienso una cosa, huyo de otra y detesto la de más allá, de lo que lo estaría si viese un templo, o a Sócrates.

SON INCIERTAS LAS COSAS QUE HALLAMOS MEDIANTE EL RAZONAMIENTO

Dije que estamos seguros de aquello que está en nosotros o se hace en nosotros. No albergamos ninguna duda acerca de su existencia real. Pero de aquellas cosas sobre las que opinamos basándonos en los juicios de nuestros discursos o ra-

zonamientos, y de las que colegimos que en realidad son así, nuestro conocimiento es sobremanera incierto. Estoy más seguro de que este papel sobre el que escribo existe y es blanco, que de que está compuesto de cuatro elementos, que éstos están *in actu* en el papel, y que el papel en cuestión posee una *forma* distinta de la de los cuatro elementos que lo componen.

CERTISIMO ES EL CONOCIMIENTO QUE PROVIENE DEL SENTIDO, Y MUY INCIERTO EL QUE PROVIENE DEL RAZONAMIENTO

Por consiguiente, si dejamos aparte lo que hay en nosotros o es hecho en nosotros, el conocimiento más cierto es el que proviene del sentido; y el más incierto de todos es el que proviene del razonamiento: en realidad, este último no es verdadero conocimiento, sino un mero andar a tientas, duda constante, opinión, conjetura.

NO ES CIENCIA LO QUE SE OBTIENE POR SILOGISMOS

De lo cual se sigue que no es ciencia lo que se obtiene mediante silogismos, divisiones, predicaciones y otros actos parecidos de la mente.

DE COMO DEBERIA OBTENERSE LA CIENCIA

Si pudiera conseguirse que, del mismo modo como percibimos por el sentido las cualidades externas de las cosas, comprendiésemos también la razón interna de cualquier realidad, entonces se diría que verdaderamente sabemos. Pero esto no lo ha conseguido nadie, que yo sepa.

Luego nada se sabe. Pero del conocimiento de las cosas internas y de este otro que no llamo conocimiento, sino opinión, y que se hace mediante conjunciones, negaciones, comparaciones, divisiones y otros actos de la mente, se tratará con más detalle en otro lugar, y allí se mostrará la insuficiencia de ambos.

Baste ahora con decir algo de aquel que se tiene de las cosas externas por medio de los sentidos.

HAY DOS MEDIOS DE CONOCER POR EL SENTIDO

Hay dos medios de conocer por el sentido; a veces hay tres, o cuatro, pero, por lo menos, siempre hay dos mediante los cuales se produce la sensación, tanto si ésta se hace internamente, como si se hace desde fuera —pero no nos detendremos ahora en esto. Hay, decía, dos medios: uno interno, el ojo; otro externo, el aire. ¿Nos proporcionan éstos el conocimiento perfecto de alguna cosa? De ninguna manera.

LO QUE DEBE CONOCERSE PERFECTAMENTE NO DEBE CONOCERSE POR OTRO

Lo que debe conocerse perfectamente no debe conocerse por otro, sino por el mismo cognoscente, de por sí y de modo inmediato. Pero resulta que la sustancia de las cosas se manifiesta por medio de los accidentes que se perciben por los sentidos, o, contrariamente, se oculta a ellos.

La mente se informa de la sustancia de las cosas por medio de los falaces sentidos o, por mejor

decirlo, se engaña: ¿Cómo, pues, sería posible conocer algo perfectamente? Porque, según dices tú mismo, la ciencia ha de versar sobre las sustancias de las cosas. Y por lo que se refiere a los accidentes, ¿puede haber un conocimiento perfecto? Aún menos.

POR QUE NO PUEDE HABER UN CONOCIMIENTO PERFECTO DE LOS ACCIDENTES

Los accidentes ayudan en una cosa: en que son percibidos por el sentido. Pero son nocivos en muchas otras, ninguna de las cuales tiene remedio: no llegan hasta nosotros los accidentes mismos, sino sus imágenes, y de ello se sigue que engañen muchísimas veces a los sentidos. Y esto es así por la variedad en el medio, tanto externo como interno, en la sustancia, en la colocación y en la disposición.

EL EJEMPLO DE LA VISTA

Limitémonos a referirnos a uno cualquiera de los sentidos. Por ejemplo, el de la vista.

Aunque la vista se efectúa por medio de un órgano perfectísimo, y es el más cierto y noble de los sentidos, engaña muchísimas veces. Como el medio externo suele variar, consiguientemente impresiona el sentido de diversas maneras. Parece que el aire es el medio en que mejor se presentan las cosas comunes, pues es completamente incoloro. El agua representa las cosas de otra manera. Esto, por lo que respecta a los medios naturales. Pero hay muchos medios artificiales, como el vidrio, la fibra, el cristal y otros, que nos presentan las cosas de otro modo.

¿A cuál de ellos creer?

Con la vista no sólo se disciernen los colores, sino también la magnitud, el número, la figura, el movimiento, la distancia, la aspereza, la luminosidad, y las relaciones entre estas cosas, como la igualdad, la semejanza, la velocidad; y sus contrarios.

El agua oscurece los cuerpos, los duplica, los aumenta o disminuye, los cambia de figura, los hace más gruesos, más móviles, más ligeros. Y no siempre actúa igual el agua sobre los cuerpos, sino que a veces lo hace de otra manera.

En ocasiones, el aire hace que los cuerpos aumenten de volumen; con el viento algunos se tornan oscuros; otros se duplican en el eco, o a la luz del sol, o de la luna. A veces sucede lo contrario.

Hay veces en que las cosas pintadas parece que están esculpidas, o que son vivas; y con muchísima más frecuencia nos parece que las cosas esculpidas también están dotadas de vida.

A través del vidrio, o del cristal, o de la fibra, las cosas parecen mayores o menores, gruesas o delgadas, del mismo color o de color variado, según el propósito del artífice que pulimentó esos materiales. De ahí tanta diversidad de espejos y de lentes.

¿Cuál de todos estos medios presenta mejor las cosas, y con más fidelidad? Nunca lo sabrás de cierto. Si dices que el aire, yo podría negártelo y no serías tú capaz de demostrarme lo contra-

rio. Pero lo admitiré. Mi pregunta es la siguiente: si el aire presenta algunas veces las cosas con un tamaño más grande, y otras veces con un tamaño menor, ¿cuándo tomaremos por ciertos los datos que a través de él nos llegan? Y en lo que al color de las cosas se refiere, mayor es aún la duda. ¿Cuándo se nos muestran las cosas de un modo más próximo a como son por naturaleza y menos alteradas por efectos extraños? ¿Quién conoce la naturaleza del aire? ¿Quién lo ha visto jamás en su pureza total? El medio atmosférico está perpetuamente afectado por el sol, la luna, los corpúsculos inferiores y superiores, la tierra, el agua y los compuestos. Y en lo que respecta al vidrio y al agua, ocurre lo mismo, y hasta es más difícil encontrar la solución.

UN EXPERIMENTO

Varios son, pues, los medios a través de los cuales se ofrecen las cosas a la vista. Pon una moneda en un vaso grande, y haz que el vaso se hunda en la tierra. Cuando lo saques, la moneda habrá desaparecido de tu vista. Llena ahora el vaso con agua, y verás que allí está la moneda, de mayor tamaño que antes. ¿Por qué no podías verla en el caso anterior, a pesar de que, como dices, el aire es el medio más perfecto? ¿Por qué se nos muestra la moneda de mayor tamaño cuando está sumergida en el agua? Lo ignoramos.

Sólo nos está permitido opinar, y todo lo que sea tratar de definir la verdadera naturaleza de las cosas son palabras que se las lleva el viento. Esto, por lo que se refiere a la sustancia de los medios externos.

OTRAS COSAS QUE SE RELACIONAN CON LA SUSTANCIA DE LOS MEDIOS EXTERNOS

Con esa sustancia se relacionan también la densidad o la ligereza, el tamaño grande o pequeño, o la figura que adopte el medio a través del cual vemos algo. No todas estas modificaciones tienen lugar en el medio atmosférico, pero sí en los medios artificiales, que hacen variar mucho la cosa vista. Pues el vidrio grueso muestra las cosas de otro modo que el vidrio delgado; y un vidrio que tenga forma cuadrada o redonda, las muestra de otro modo distinto al que las mostraría si tuviera forma triangular; y uno grande, de distinta forma que uno pequeño. Esto lo muestran las varias maneras con que puede ser tallado el cristal, en virtud de las cuales puedes ver las cosas derechas o invertidas, de uno u otro color y con esta o con aquella figura. En una palabra, de forma diferente a como son. En grandes cantidades, el agua del mar se ve azul: y lo que está sumergido en ella se ve del mismo color. Sin embargo, en pequeñas cantidades, el agua del mar se ve blanca. ¿Cómo es esto así? Lo ignoras. Y yo también.

UNA VARIACION EN LA SITUACION DE LA COSA SUELE VARIAR LA SENSACION QUE OBTENEMOS DE ELLA

Las diversas situaciones de la cosa suelen también variar la sensación que obtenemos de ella. Y lo mismo sucede con las diversas situaciones del medio. Esto se ve muy claro en el caso de las lentes. Si pegas el ojo al cristal, el objeto se te presentará de una manera distinta de cuando lo apartas un poco.

Con el aire pasa lo mismo. Vista de cerca, la llama de un candil se nos muestra oblonga, quieta, bien perfilada, pequeña, amarilla; vista de lejos, nos parece redonda, brillante y desigual, reluciente, móvil (en esto se basó Aristóteles para demostrar que los planetas están próximos a nosotros: porque no fulguran), grande, clara y sin color definido.

Las cosas que están lejos aparecen oscuras, pequeñas; las que están demasiado cerca, o no se ven, o se ven de modo distinto a como son.

¿Qué hacer? Atenerse al medio. Pero, ¿dónde está el medio adecuado? ¿Es dos pasos la distancia justa para ver las cosas, o es cualquier otra distancia?

El que está muy alejado de nosotros, aunque corra con una rapidez extraordinaria, parece que se mueve con lentitud, sobre todo si lo miras desde arriba, o de frente.

Lo que se hace muy despacio escapa al sentido; como el movimiento de las agujas del reloj.

¿Cómo podrás juzgar con certeza? Lo ignoras. Y más lo ignoro yo. Aunque ni siquiera esto puedo decirlo con seguridad.

De ahí surge la perpetua duda acerca del tamaño de las estrellas; y nada diré sobre las dudas acerca de la distancia a que se encuentran, ni de su velocidad, ni del lugar que ocupan, cuestiones éstas que parecen depender de aquélla. Es posible investigar de cualquier modo, valiéndonos de los diversos sentidos, las cosas que tenemos al

alcance de la mano, si son comunes, y lograr respecto a ellas una mayor certeza. Pero, ¿qué podemos decir de los astros? Y no sólo de los astros. Pues si ves de lejos un bastón medio sumergido en el agua, te parecerá que está torcido o roto. Dirás, no obstante, que está entero, porque has tenido esa experiencia otras veces. Pero si el bastón está roto, también se te mostrará roto, pues no vale aquí la razón de los contrarios. Tú afirmarás que está entero, sirviéndote del razonamiento anterior. Y, sin embargo, es falso lo que dices. ¿Qué harás si no puedes sacarlo del agua? Permanecerás en la duda.

LOS COLORES VARIAN CON LA SITUACION

De cómo y cuánto influye la situación en los colores tenemos ejemplos en el iris, o en un vaso lleno de agua; y también en la paloma irisada, en las telas de seda tejidas con diversos colores, y cuando está próximo a nosotros un cuerpo luminoso de otro color. Asimismo, cuando sobreponemos perpendicularmente a un plano una lámina de oro o de plata, y mucho más si la inclinamos hacia abajo. Todas estas cosas presentan coloraciones muy variadas cuando se mueven de un lado a otro. ¿En qué posición dirás que muestran su verdadero color? Pues una misma parte a veces aparece roja, otras veces amarilla, y otras azul. ¿Cuál de estos colores es el más propio? Sólo podemos dudar.

EL NUMERO, LA FIGURA,
EL MOVIMIENTO Y EL TAMAÑO
TAMBIEN VARIAN
SEGUN LA SITUACION

Y que el número, la figura, el movimiento y el tamaño varían según la situación, es algo que no es necesario mostrarlo con detalle, porque puedes experimentarlo cada día. (Hablo de la variación que se muestra al sentido, no de las cosas en sí mismas).

Y baste ya por lo que a la situación se refiere.

LA VARIA DISPOSICION DE LOS
MEDIOS EXTERNOS AFECTA EL SENTIDO

Necesariamente, la varia disposición del medio externo varía aquellas cosas que por él nos son ofrecidas. Ya lo dijimos. En el aire denso las cosas se presentan oscuras y pequeñas. En el tenue ocurre lo contrario. En un prado todo parece verde. Cerca de lo rojo o de lo que tiene un color azafranado, las cosas se tiñen de esos tonos. Cuando hay mucha luz no se puede ver, sobre todo aquellos cuerpos que son blancos o muy brillantes. Cuando está oscuro se ve todavía menos. Tanto en un medio como en otro, todo es duda o error. ¿Cuál diremos que es el medio adecuado? Escógelo tú.

Asimismo, cuando el aire se ilumina con fuegos artificiales, se ven unos colores u otros, unas u otras figuras, según la variedad de la materia del fuego.

Si el medio es el vidrio o el cristal, las cosas se

verán de uno u otro modo, según los colores de aquéllos, y según su figura y densidad.

Estos son los medios *a través* de los que vemos las cosas.

NO HAY CONSISTENCIA EN AQUELLOS MEDIOS EN CUYA SUPERFICIE SE MUESTRAN LAS COSAS

Hay algunos medios que muestran las cosas por la *superficie* de los mismos. En éstos no hay ninguna consistencia. ¿Cuántas figuras monstruosas, ridículas, multiplicadas, invertidas, truncadas nos dan? ¿Qué no son capaces de fingir los espejos? ¿Qué podrás juzgar basándote en lo que ellos te ofrecen? ¿Ves aquella figura? No existe. ¿Cómo, pues, la ves? Y, sin embargo, la ves. ¿Cómo es posible? Lo ignoras, naturalmente.

EN EL MEDIO INTERNO HAY TANTAS DIFICULTADES COMO EN EL EXTERNO

Tratemos ahora del medio interno, en el que tienen lugar otras tantas dificultades. Estirando un ojo hacia arriba, o cruzándolo (aunque Aristóteles estimaba lo contrario) las cosas se ven dobles. De donde sería extraño que no viesen también doble los que padecen de estrabismo. Pero daremos razón de esto en el examen de las cosas. Lo mismo sucede si, echándote de lado, tienes delante de ti algún cuerpo que te tapa el ojo inferior; pues entonces el ojo superior verá todo lo que está debajo del cuerpo en cuestión; pero el otro ojo sólo verá el cuerpo que tiene ante sí, y no claramente, sino de un modo brumoso. Y así, mirando un ojo lo que está más

allá del cuerpo, y el otro ojo el cuerpo mismo, parece que vemos dos cuerpos al mismo tiempo, uno encima del otro. Esto lo notarás más fácilmente si mueves un ojo hacia el ángulo exterior y miras de lado; pues entonces, enfocando el otro ojo hacia el mismo sitio, la nariz se queda en medio y parece que se superponen, como si fueran sombras, las cosas que son vistas por el otro ojo. De igual manera, si presentas a los ojos el dedo, pero no lo miras, sino que te fijas en lc que está detrás de él o a sus lados, el dedo aparecerá doble. Lo mismo ocurrirá si converges ambos ojos sobre la nariz: todas las cosas se verán dobles.

Si se mueve un ojo, parecerá que se mueven las cosas que son vistas por ese ojo. Y también podrá ocurrir que, de dos cosas que están juntas, nos parezca que una se mueva mientras la otra permanezca quieta, o que una se mueva a la derecha, y la otra a la izquierda, como cuando estamos mirando un libro y movemos los ojos de un lado a otro, fijándonos sólo en las líneas, sin la ayuda del dedo, y no leyendo letra por letra.

LA VISTA VARIA SEGUN
LA POSICION DEL OJO

Añade a estas dificultades la posición del ojo, que puede estar metido hacia adentro, o ser saltón, ya sea por naturaleza o por accidente. De estas posiciones de los ojos depende mucho la diversidad en el hecho de ver. Y mucho más si un ojo está hundido y el otro es saltón. Y también cuando el uno mira hacia arriba, y el otro hacia abajo, aunque, en este caso, los errores de la visión son manifiestos. Pero no puede hablarse

de ningún defecto visual cuando ambos ojos están hundidos, o ambos son saltones.

OTRAS COSAS QUE SE RELACIONAN CON LA POSICION DEL OJO.

De la situación de los ojos depende la mayor o menor abertura u oclusión de los párpados. Si miras una luz entornando los ojos, aparecerán muchos rayos que se extienden hacia los ojos y que se moverán según el movimiento de los párpados. Pero, si abres los ojos por completo, esos rayos se detendrán y no serán tan largos.

Los colores varían según la diversa posición de los ojos, no menos que según la diversa posición del objeto que ha de verse, y del medio. Pero eso ya quedó dicho.

Probablemente tú no das importancia a estos fenómenos y piensas que no pueden impedir la ciencia. Pero la realidad es muy otra: Estas dificultades indujeron a muchos —como a los Pirrónicos, a los seguidores de Demócrito, y a Epicuro (*Vid.* Laert. 9, 10. Plutarc. *contra Colotem.*)— a que dudasen también de todo lo que se muestra a los sentidos, y creyesen que los colores no son permanentes en las cosas, sino que se hacen y se mudan por la luz. De lo cual ya hemos hablado en otra parte, como habrás visto.

Tratemos ahora de la sustancia.

CINCO SON LOS MEDIOS INTERNOS

Los filósofos enumeran cinco medios internos: la vista, el tacto, el gusto, el oído, el olfato.

Las sustancias de cada uno de ellos son diferentes entre sí. Por lo tanto, cada uno de los sentidos percibe cosas diversas, aunque hay algunas que son comunes, como ya dijimos más arriba: el tamaño, el número, la figura, etc.

SEGUN ES LA VARIEDAD EN LA SUSTANCIA DEL MEDIO, ASI ES LA VARIEDAD DEL CONOCIMIENTO

Vemos con el ojo que una percusión tiene lugar, pero el oído percibe un golpe doble. Si el ojo no lo hubiese visto, sin duda juzgaríamos que habían tenido lugar dos percusiones. Supongamos que eres ciego, y que doy un golpe, e, inmediatamente después, doy otro golpe más lejos, imitando el eco. Si alguien te ha informado acerca del fenómeno del eco, y no me has visto dar dos golpes, dirás que esa duplicidad proviene del eco, lo cual será falso. Más aún: supongamos que eres vidente, y yo mando que otro, escondiéndose, dé un golpe después de darlo yo. Dirás que se trata del eco; y no es así.

Cuando corre un caballo, muchas veces juzga el oído que son dos; o, si son dos, y marcan el paso al mismo tiempo, parecerá que es uno solo; pues el ojo, si mira muy de lejos, se engaña en gran medida cuando son muchas las cosas que se mueven.

EN LO QUE SE REFIERE A LA
FIGURA Y AL TAMAÑO,
LA VISTA SE ENGAÑA
MAS QUE EL TACTO

Con el tamaño sucede lo mismo: lo que a la vista le parece pequeño, el oído lo estima grande, y viceversa. Por lo que se refiere a la figura, la vista se engaña mucho más que el tacto; como también se engaña éste menos que aquélla en lo que se refiere al tamaño.

Y lo que está cerca, la vista y el oído juzgan a veces que está muy lejos. Más suele equivocarse el oído a este respecto, aunque a veces ocurre lo contrario.

También el tacto se engaña en lo tocante a la distancia; pues al sentir algo muy caliente, aunque esté muy lejos, lo juzga sin embargo como próximo, por la intensa impresión que recibe.

Y el olfato también se engaña muchas veces.

¿Para qué seguir?

NADA ES MAS CIERTO, NI NADA
ES MAS FALSO QUE EL SENTIDO

Nada es más cierto que el sentido, ni nada es más falso que él. ¿A cuál de los sentidos creerás más? ¿Al oído? ¿Al ojo? Nunca te quedarías satisfecho.

Pero sigamos.

LAS SENSACIONES VARIAN SEGUN
LA DIVERSA DISPOSICION
DE LOS ORGANOS SENSORIALES

Da todavía un paso más y considera las varias disposiciones de todos estos órganos, las cuales nos extravían y confunden muchas veces.

Los varios colores de los ojos, los diferentes equilibrios entre sus partes, la consistencia, sustancia, cantidad, posición y transparencia de los tejidos y humores que hay en ese órgano, ¿acaso no dan lugar a una gran diversidad en el acto de ver? Y si tratas de este asunto de una manera más científica, ¿cuánto no suele variar la vista en virtud de la sustancia de las membranas, o por la misma diposición de los nervios ópticos, o por la cantidad y transparencia de los tejidos y humores?

Debido a una causa externa, parece muchas veces que vemos moscas, hilos, telarañas y cosas semejantes, cuando en realidad no las hay.

Si está inflamado el ojo, todas las cosas nos parecen rojas; si está inundado de bilis, las cosas aparecerán amarillas; si cae algún humor sobre la pupila, las cosas se verán rasgadas o como cubiertas por un velo espeso o sutil, claro u oscuro. Estos defectos de la visión se deben a alguna enfermedad; pero aun los que tienen sana la vista ven mejor ya de lejos, ya de cerca; unos ven con más precisión, otros de manera más confusa; éste lo ve todo grande, aquél lo ve pequeño; uno dice que una cosa es roja, el otro dice que es parda. Nadie, pues, ve perfectamente o del mismo modo que los demás. ¿Qué nos impide, por tanto, asegurar que por el ojo, so-

metido a tantas mutaciones, y tan variado en sí mismo, y tan afectado por el medio atmosférico que lo hace aún más mudable e incierto, percibimos las cosas de un modo inseguro e inestable, y no como en realidad son? ¿Qué nos impide decir que nos engañamos constantemente? No podemos alcanzar cosa alguna con certeza, y, por consiguiente, nada podemos afirmar. Y eso, que la vista es el más principal y el más fiel de todos los sentidos. Porque si te fijas en los otros, mucho mayor será la duda.

LO QUE ESTA SIEMPRE CALIENTE
NO PUEDE JUZGAR ACERCA
DE LO CALIENTE Y DE LO FRIO

¿Cómo lo que está siempre caliente juzgará con igual rectitud de lo caliente y de lo frío? Sin embargo, nosotros estamos siempre calientes. Los que están en las termas o en los baños artificiales estiman que la orina es fría y el agua tibia, lo cual no es verdad para ti, que estás fuera del agua.

¿Acaso no está en el aire todo lo que tocamos y es afectado por él? ¿Es que no nos afecta también a nosotros constantemente? Y el aire, ¿no es a su vez afectado por la tierra, el agua y los cuerpos del firmamento?

NADA NOS OBLIGA A DECIR
QUE EL AGUA ES FRIA Y
QUE EL AIRE ES CALIENTE

¿Qué nos obliga, por tanto, a decir que el agua es fría y que el aire es caliente? A los que tienen muy alta la temperatura les parece que lo menos cálido está frío. Quizá tal cosa nos suceda a no-

sotros. En invierno, como nos vemos muy afectados por el frío exterior, el agua de la fuente o del pozo nos parece caliente porque está menos fría que el medio ambiente. En verano, aunque el agua esté caliente, te parecerá fría; y el aire, si lo mueves con un abanico, también te parecerá más fresco, siendo de suyo caliente, y más aún en esa época del año. ¿Qué es, pues, lo caliente? ¿Qué lo frío?

LA RAZON ES IMPOTENTE ANTE LAS COSAS SENSIBLES

Nada puede aquí la razón para entender qué cosas son calientes, o cuáles son frías. ¿Quién conoce la razón interna de lo frío y de lo caliente? Nadie. Ha de entregarse el juicio a los sentidos. Y aunque el sentido percibiera muy bien y fuese capaz de registrar esas cualidades, no llegaría a saberlas profundamente. Se limitaría a reconocerlas, de igual modo que un rústico distingue su asno del buey del vecino, o del suyo propio. Y ni siquiera sería capaz de garantizarnos un conocimiento así.

¿Qué sabemos, pues? Nada.

Pasa revista a los demás sentidos, y será todavía peor. ¡Y los sentidos son la principal fuente de conocimiento que tenemos los humanos!

ENGAÑADA POR EL SENTIDO, LA MENTE SE ENGAÑARA AUN MAS

¿Qué hará la mente engañada por el sentido? Engañarse aún más. Supuesta una falsedad, se inferirán otras muchas, y, a partir de éstas, otras mu-

chas más: *Parvus enim error in principio, magnus est in fine*. Y cuando llegue un punto en el que la mente se dé cuenta de su error (pues la verdad es solamente una y consecuente consigo misma) volverá atrás y buscará el lugar donde se originó el defecto de su discurso. No lo encontrará. Sospechará de este o de aquel término medio de su razonamiento. Se preguntará si es verdadero o falso, y no podrá saberlo porque se le escapará al sentido. Probablemente se inquietará. Volverá a empezar, y así hasta el infinito. No hay conclusión. Es perpetua la duda. Si quieres, experiméntalo por ti mismo. Yo no me impongo. Si estuviese contigo, quizá te podría mostrar más fácilmente de palabra que todo es dudoso. Pero sobre el papel no puedo detenerme tanto, y será preciso apresurarse en el examen de las cosas. Por lo que dije más atrás pudiste verlo de alguna manera. Mejor lo verás de ahora en adelante.

Sigo, pues, con el asunto.

INNUMERABLES SON EN EL COGNOSCENTE LAS CIRCUNSTANCIAS QUE OCASIONAN SU IGNORANCIA

Ya hablé de la cosa a conocer y de los medios que conducen al conocimiento. Ahora se trata del sujeto cognoscente; y, en éste, ¿cuántas son las circunstancias que ocasionan su ignorancia? Innumerables. La vida es breve, y el arte de conocer es faena larga, interminable, incluso. Y más larga y difícil es la tarea de averiguar las cosas sobre las que ese arte se funda o las que son fundamentadas por ese arte. Las ocasiones de alcanzar feliz término en esa labor son muy pocas; el experimento es peligroso, y el juicio es

difícil. *Y no sólo es preciso asegurarse de todas aquellas cosas que se refieren al mismo sujeto del arte de conocer, sino que también hay que garantizar la validez de aquellas cosas que le asisten y de los elementos externos* (Hyp. *Aphor.* I). Se diría que este admirable aforismo fue compuesto en nuestro honor, y que en él se exponen las dificultades con que habrá de enfrentarse todo el que quiera saber algo, dificultades que en parte tú ya viste, y que en parte verás a continuación.

EL RECIEN NACIDO ES COMO UNA MASA DE CERA

Empecemos con el hombre recién nacido, pues, según el aforismo que acabamos de citar, es oportuno que lo comprendamos. El recién nacido es como una masa de cera, susceptible de adoptar casi todas las figuras, tanto en el cuerpo como en el alma; pero más en esta última. De suerte que no está mal compararlo con una *tabula rasa* en la cual no hay nada escrito todavía.

NO PUEDE ESCRIBIRSE TODO EN EL ALMA

Pero no es correcto afirmar que en el alma pueden escribirse todas las cosas. Pues no todos son aptos para las letras, aunque se les proporcione todo lo necesario. ¿Cómo sería posible escribir en el alma las naturalezas de todas las cosas, incluso la del infinito y la del vacío? Parece que esto no puede ser.

DOS CIRCUNSTANCIAS TIENEN LUGAR EN EL RECIEN NACIDO

Dos circunstancias tienen lugar en el recién nacido:

Que nada hay en él impreso en acto, y que, en potencia, está capacitado para algunas cosas, muchas o pocas, éstas o aquéllas. Nadie está capacitado para todas.

POTENCIA PASIVA, PASIVA IMPOTENCIA

Esa potencia es únicamente pasiva, y a ella se opone una impotencia, también pasiva, por la que uno está absolutamente incapacitado para algunas cosas, que pueden ser muchas, pocas, éstas o aquéllas.

Esta dualidad nos hace semejantes a los otros animales: el papagayo, en virtud de aquella potencia, puede imitar el habla de los seres humanos, cosa que el mono no puede hacer, en virtud de la otra impotencia a la que nos hemos referido. Sin embargo, el mono, en virtud de la primera potencia, puede hacer muchas cosas que hace el hombre y que el papagayo no puede hacer, en virtud de la segunda impotencia.

Lo mismo sucede entre los hombres: éste es totalmente inepto para la gramática y, sin embargo, es muy apto para la navegación; a aquella otra persona le sucede al revés.

POTENCIA ACTIVA

Sin embargo, hay en nosotros una potencia activa de la que carecen los brutos, y por la cual se descubren las ciencias y las artes. Pero de esto se hablará más ampliamente cuando tratemos del alma. Baste ahora con haber traído a colación estas cosas, a fin de entender lo que viene después.

POCOS SON APTOS PARA LAS CIENCIAS

¡Qué pocos hombres, de entre tantos millones como hay, están capacitados para las ciencias, incluso para aquellas que hoy ejercitamos! Con gran trabajo, hay algunos individuos que logran alguna cosa en este campo; pero nadie lo consigue de una manera perfecta. Voy a mostrar por qué.

UN PERFECTO CONOCIMIENTO REQUIERE UN HOMBRE PERFECTO

Es preciso que un hombre sea perfecto si quiere saber algo perfectamente. ¿Quién puede llamarse tal? Y, sin embargo, una perfección absoluta sería necesaria para ese propósito.

Aseguras que el alma tiene en todos los hombres el mismo grado de perfección (ignorando su naturaleza, como haremos ver en otro lugar), y que el cuerpo es la causa de que algunos individuos sean más doctos, otros lo sean menos, y otros sean completamente ignorantes. Lo acepto. Ahora bien: ¿Acaso es nuestra alma lo suficientemente perfecta para que el hombre pueda saber algo perfectamente? No. Pero supongamos

que sí. En ese caso, quien tenga el cuerpo menos perfecto conocerá la cosa con más imperfección; el que tenga un cuerpo algo más perfecto, la sabrá con mayor perfección; y el que tenga un cuerpo perfecto en extremo, la sabrá perfectísimamente. Esto es lo que más lógicamente puede deducirse de tus argumentos.

¿QUIEN POSEE UN CUERPO ABSOLUTAMENTE PERFECTO?

Pero, ¿a quién le fue otorgado un cuerpo perfecto? A nadie, como lo demuestra el hecho de que todos llaman al médico. Y si a alguien se le concediera un cuerpo así, tal perfección no duraría ni por un instante. Si niegas lo que digo, es que entonces no lo he probado, y habré de probarlo en otro momento. Pero si yo te pidiese a ti alguna prueba, tampoco me la darías, pues eres tan ignorante como yo.

QUE ES UN CUERPO PERFECTISIMO

Yo, siguiendo en esto a Galeno, llamo perfectísimo al cuerpo que es hermosísimo y que está equilibrado en extremo. Y que al estar tan bien ordenado, consigue que todas las acciones que emanan de él sean también perfectísimas, entre las cuales ocupan lugar de preferencia las operaciones del entendimiento, del cual depende la ciencia. Esto que digo es también apoyado por la razón.

EL BUEN MEDICO DEBERIA SUFRIR TODAS LAS ENFERMEDADES

Hubo ciertos médicos que afirmaron que el médico, para que fuese perfecto, debería primero

sufrir todas las enfermedades para así juzgarlas adecuadamente. Y esta opinión no parece desacertada, por más que entonces mejor fuera no ser médico.

CURAMOS MEJOR LAS ENFERMEDADES QUE NOSOTROS HEMOS PADECIDO

Pues, ¿cómo podrá juzgar rectamente sobre el dolor quien nunca lo ha padecido? Curamos mejor en los demás y diagnosticamos con más precisión sobre aquellas dolencias y enfermedades que hemos padecido en nuestra carne.

¿Qué autoridad podrían tener un tuerto o un ciego juzgando de los colores?, ¿o un sordo, de los sonidos?, ¿o un paralítico, de las cualidades que pertenecen al tacto? Es necesario ver perfectamente para juzgar de los colores; oír bien para juzgar de los sonidos; tener el sentido del tacto bien desarrollado para juzgar de las cosas tangibles; el del gusto, para juzgar de los sabores. Es preciso que quien estudie el movimiento sea capaz de moverse; que el que hable de la digestión pueda digerir; que el que juzga sobre el dolor lo haya padecido; que el que analiza la imaginación pueda imaginar; que el que estudie la memoria recuerde; que el que quiera entender como es debido la inteligencia pueda inteligir.

De no ser así —como decía Galeno— nos ocurriría lo que al navegante que todo lo aprende en los libros, el cual, sentado en su sillón, se encontrará muy seguro y podrá describir muy bien los puertos, los escollos, los promontorios, los Escilas y Caribdis. Y, basándose en estos conocimientos, guiará muy bien la nave por la cocina o sobre la mesa. Pero si se lanza al mar de verdad,

y le encomiendas el timón de un navío auténtico, se dará contra esos escollos, Escilas y Caribdis que tan bien conocía antes.

O sería como el que, habiendo perdido en la plaza a su asno o a su perro, pregunta por ellos describiéndolos con pelos y señales; y, sin embargo, cuando los tiene delante, ni siquiera los conoce.

Por esta razón se dice que Cristo Señor quiso asumir las miserias humanas, a fin de que, experimentando nuestros sufrimientos, se apiadase más de nosotros. Pues el que alguna vez fue pobre, se compadecerá mejor del mendigo; el que estuvo preso, del cautivo; y el que padeció sufrimientos, del que sufre. ¿Cómo podría compadecerse del pobre, del cautivo y del que sufre quien jamás ha experimentado la pobreza, el cautiverio y el dolor?

TODO LO PERFECTO GOZA CON LAS COSAS PERFECTAS, TIENE UN ORIGEN PERFECTO Y SE HACE POR MEDIOS PERFECTOS

Así, pues, un conocimiento perfectísimo exige un cuerpo perfectísimo, unido a una perfectísima razón, ya que todo lo perfecto goza con las cosas perfectas, tiene un origen perfecto y se hace por medios perfectos.

¿Qué hay que sea más perfecto que la Creación? Fue hecha por Dios, que es el único ser perfecto, pues El es La Perfección misma. ¿De qué medios se sirvió? De su perfectísimo poder, el cual es el solo y único poder perfectísimo,

porque sólo él es infinito: porque es el mismo Dios.

De igual modo, todas las cosas sobremanera perfectas son hechas por las más perfectas; y, así, lo que procede de los cuerpos celestes no puede proceder también de otros que sean inferiores a aquéllos.

EL AGENTE SE VIERTE EN EL PACIENTE

La razón de todo esto es que el agente se vierte en el paciente, pasa a él. Pues todo ser ambiciona dejar lo suyo en otro, lo cual no es posible si no se lo comunica. Y al comunicarse los dos, uno es el que da, y otro el que recibe; sin embargo, el paciente se empeña en permanecer a su ser (lo cual ha sido grabado en todos, y por eso todos quieren perpetuarse en otros, al objeto de que nunca les llegue el fin), y en parte se resiste, y en parte quiere también dejar lo suyo en el agente; y extiende y ejerce cuanto puede su potencia en él, y le imprime fuerza. Pero, como es inferior al agente, es vencido en la lucha y se ve obligado a seguir sus huellas y a introducirse en él, despojado de su primer hábito.

SI EL AGENTE ES PERFECTO, SU ACCION SERA PERFECTA

Por lo tanto, si el agente es perfecto, su acción deberá ser perfecta, así como los medios de que se sirva para realizarla; y el paciente que recibe la acción habrá de ser también perfecto en cuanto que la recibe, aunque por otra parte sea imperfecto.

Y si de la acción no se sigue la conversión del paciente en el agente, al menos será perfecta la obra que resulte de tal acción, si el agente es perfecto; si la obra proviene de un agente imperfecto, será imperfecta.

LOS PARTOS DAN TESTIMONIO DE SUS PRINCIPIOS

Por eso los partos, como dicen los médicos, dan testimonio de sus principios. Lo que es de una determinada manera, produce algo que es también de esa manera determinada; la cualidad de lo que se hace responde a la cualidad del agente, al servirse éste de los medios adecuados. De tales agentes, tales obras. Así, un agente perfecto, ayudado con instrumentos perfectos y valiéndose de los medios adecuados, obrará en el paciente y ejecutará la obra que se propone, mejor que con unos instrumentos y medios imperfectos.

EL SOL ES EL MAS PERFECTO DE TODOS LOS CUERPOS

Mira cómo esto es así, tanto en las acciones naturales como en las voluntarias: El sol es el más perfecto de todos los cuerpos (de ahí que muchos lo tuviesen por Dios). (Pythago. et Aegyptii. *vide* Laert. 8 et Plutarc. *de amore*). Pues bien, ¿cómo es la acción que brota del sol? Perfectísima, semejante a la acción de Dios. Pues Este, ciertamente, crea, pero aquél engendra las cosas, que es el segundo grado después de la creación. Sin embargo, uno y otro difieren en que Dios crea por sí mismo, a partir de la nada, y sin servirse de ningún medio o instrumento. El sol, recibiendo su poder de Dios, genera al hom-

bre sirviéndose del calor, de igual modo que el hombre genera a partir del semen. Esta es la diferencia entre la creación y la generación.

Puede ocurrir alguna vez que los seres se generen por sí solos, sin ayuda de otro congénere; como el ratón, que se genera a partir del estiércol; el sapo, que surge del lodo; la langosta, la pulga, el mosquito, el lagarto, algunos peces, el piojo, y muchos otros animales; y, entre las plantas, ocurre eso mismo con el adianto, el liquen, la pulmonaria, el muérdago y el hongo; y todos los seres inanimados, como el oro, la plata, las piedras y las gemas de todas clases, así como los elementos que se encuentran en ellos.

PRIMARIAMENTE EL SOL NO CORROMPE

Acaso me dirás que el sol también corrompe, y que esa acción —a diferencia de la acción de generar, que es perfecta— es imperfecta en extremo. Pero no es así. El sol no corrompe, sino que, al tiempo que genera, se sigue necesariamente la corrupción, como una consecuencia natural. Y que su acción primaria consiste en generar es evidente.

EL SER ES ANTERIOR AL NO SER

Pues el ser es anterior al no ser, y el acto es anterior a la privación en virtud de su dignidad y prestancia, y también por naturaleza. La corrupción no es ente, sino privación; es la destrucción de su propia entidad; es la nada. Así pues, la generación es anterior a la corrupción; ésta se sigue de aquélla, y no al contrario. Por lo tanto, el sol genera primariamente, y sólo corrompe de un modo consecuencial.

NINGUN SER OBRA PARA CONSEGUIR LA NADA, NI HACER EL MAL POR EL MAL

Ningún ser obra para conseguir la nada; ningún ser pretende la nada. (De ahí que tampoco se busque hacer el mal *per se*, pues el mal es la privación del bien, una suerte de nada). Todas las cosas se hacen con un fin, y la nada no puede ser fin para ningún ente.

EL FIN ES PERFECCION

El fin es perfección, la cual ocupa el primer lugar entre los seres. La privación, la destrucción, el defecto no son otra cosa que meras negaciones del ser. ¿Con qué otro nombre llamaré a la nada sino con el terrible vocablo *Nada*? Ella es la enemiga de toda perfección y lo contrario de todo ente, es decir: no es nada.

¿Quién pretenderá conseguirla? ¿Quien querrá buscarla?

TODAS LAS COSAS HUYEN DE LA NADA

Todas las cosas rehúyen la nada de un modo natural. No hay pensamiento que me asuste, me entristezca y me deprima más, que el de verme algún día sepultado en la Nada. Afortunadamente, la Fe, la Esperanza y la Caridad disipan ese miedo y me prometen que, después de la disolución de este compuesto que es mi cuerpo, tendrá lugar la unión indisoluble con Dios Omnipotente y Misericordioso.

Así, pues, ¿cómo podría el sol emplear su

energía en corromper, siendo el más perfecto de todos los cuerpos?

EL CALOR ES LA MAS PERFECTA DE TODAS LAS CUALIDADES

Por lo tanto, el sol genera. ¿Y de qué medio se sirve? Del calor, que es la más perfecta de todas las cualidades; la más excelente; la más activa. Esto se verá en mi examen de las cosas.

EL SOL NO ACTUA MEDIANTE LA LUZ

Tú añades que el sol también actúa por medio de la luz. Pero yo no lo admito, aunque eso reforzaría más lo que digo.

POR MEDIO DE LA LUZ CONOCEMOS LAS COSAS MAS HERMOSAS

Cosa importantísima es la luz, amiga tan querida de los hombres. A ella se la compara con la vida, del mismo modo que se compara a las tinieblas con la muerte. La luz nos alegra. Y por medio de ella conocemos las cosas más hermosas, muchas. Dios se llama a sí mismo Luz. Sin la luz quedaríamos privados de la vista, nos embotaríamos y enmudeceríamos; y andaríamos por el mundo como muertos, sin vernos a nosotros mismos y sin conocer las naturalezas de las cosas. ¿Te has fijado en el silencio terrible de una noche nublada y tenebrosa? Es casi lo mismo que el caos, o la muerte. No quisiera yo vivir en un mundo sin luz.

CON LA LLEGADA DEL SOL
APARECE LA VIDA EN LAS COSAS

Siendo el sol padre del calor y de la luz, usa de ellos, según dices tú mismo, para generar las cosas. Las cosas mismas demuestran que el sol no se propone corromperlas: cuando llega el sol hasta nosotros, todo revive, renace, se multiplica, se renueva, florece y fructifica. Los animales, entumecidos por el frío, están ya semicorrompidos. Y se corromperían definitivamente si se les privase del astro del día. Pero, tan pronto como lo ven, salen de sus escondrijos, se mueven con más agilidad, corren, dan saltos de alegría y cantan el advenimiento del astro generador. Y enardecidos por este gozo, hácense más aptos para generar a su vez.

LA PRIMAVERA Y EL VERANO SON
LAS EPOCAS DE LA FECUNDACION
Y DE LA VIDA

De ahí que la primavera y el verano sean las épocas de la fecundación y de la vida. Yo sólo entonces vivo.

EL INVIERNO Y EL
OTOÑO SON LA MUERTE

Pero en cuanto se aleja de nosotros el ojo derecho de Dios (permítaseme llamar al sol de este modo) todas las cosas languidecen, se paralizan, se marchitan y perecen. ¿Qué son el invierno y el otoño, sino una muerte perpetua?

LA MUERTE PROCEDE DEL FRIO;
LA VIDA, DEL CALOR

No sin razón dicen los poetas que la muerte es fría, glacial, pálida, macilenta, rígida. La vida, por el contrario, es florida, vigorosa y robusta. La muerte procede del frío; la vida, del calor; el calor, del sol. Por eso el sol es el más perfecto de los cuerpos: porque, sirviéndose del calor, que es la más perfecta de todas las cualidades, da lugar a la generación, que es la más perfecta de todas las acciones naturales.

Esto, por lo que se refiere a las acciones naturales.

En lo que respecta a las voluntarias, ¿acaso el pintor, el escultor, el músico, no pintará, esculpirá o tañerá mejor si usa de los medios más perfectos, y no de los más imperfectos? ¿Cantará bien el que siempre está afónico? ¿Saltará el tullido? ¿Escribirá el que tiene la mano deformada? Y, ¿qué instrumento más perfecto que la mano pudo haber escogido la naturaleza? Ninguno, ciertamente, como expone muy bien nuestro Galeno (I. *de Usup.*). Para que el hombre, el más perfecto de todos los animales, pudiese realizar las obras más perfectas entre las que hacen los demás animales, necesitó estar dotado de ese instrumento, que es el más perfecto de todos. Pues con un instrumento más imperfecto, ¿podría el hombre llevar a cabo tantas y tan perfectas obras? Pienso que no. Lo cual probaremos diciendo que todo lo perfecto produce cosas perfectas y se sirve de medios perfectos para producirlas.

PARA CONOCER PERFECTAMENTE, EL ALMA HUMANA NECESITA DE UN CUERPO PERFECTISIMO

¿Qué se sigue de todo esto? Que el alma humana, la más perfecta de las criaturas de Dios, necesita de un cuerpo perfectísimo a fin de realizar la más perfecta de sus acciones, que es el conocimiento perfecto.

"¿Cómo es esto?", me dirás. "La intelección no depende del cuerpo, sino exclusivamente del alma".

Pero eso que dices es falso, como en su lugar lo probaremos.

ES FALSO DECIR QUE EL ALMA ENTIENDE

Es falso decir que el alma entiende, o que el alma oye. Es el *hombre* el que hace ambas cosas, sirviéndose a la vez del cuerpo y del alma. Y nada hay en que uno y otro no colaboren y actúen juntos. Esto se puede probar basándose en lo que tú mismo decías antes.

¿Por qué un hombre es menos docto que otro, si el alma, como tú afirmabas, es igualmente perfecta en los dos? Será por algún defecto en el cuerpo, según también decías. Por consiguiente, el más docto tendrá un cuerpo más perfecto y sabrá usar mejor de él tanto para imaginar como para entender las cosas. Y el que sea doctísimo tendrá un cuerpo perfectísimo. Ese será un auténtico sabio.

Ahora bien, ya decíamos que es imposible en-

contrar un cuerpo perfectísimo, y que nunca hallamos el conocimiento perfecto ni la ciencia perfecta, pues ambos son la misma cosa. Acaso digas que para conocer no necesitamos de los brazos ni de las piernas, y que, aunque estos miembros sean defectuosos, bastará con que el cerebro esté bien configurado. Pero te engañarás pensando así; pues si los miembros son defectuosos desde el nacimiento, su falta provendrá de la materia con que fueron hechos o de una insuficiencia en la virtud configuradora. Y tanto si se debe a una causa como a otra, el hecho es que, desde el principio hubo alguna cosa o muchas que funcionaron mal.

TODOS LOS MIEMBROS PROVIENEN DE LA MISMA SEMILLA

Por lo que se refiere al cuerpo, hay una cosa indudable: que todos los miembros provienen de la misma semilla. Y en cuanto a la virtud configuradora, ésta no puede ser débil de suyo. La causa de su debilidad será, o bien la temperatura, o bien un defecto en sus instrumentos principales. Sea como fuere, el hecho es que su deficiencia provoca también una deficiencia en los órganos internos. Y aunque esta deficiencia sólo se manifestase en los miembros externos, hay que decir que les ha sido comunicada por los internos. Las extremidades que son débiles no pueden atraer, ni retener, ni moverse, ni expulsar perfectamente. Y, por eso, la sangre impregna los excrementos.

Si un cuerpo nace deforme, eso se debe a los órganos internos o a alguna debilidad relacionada con la virtud configuradora. Pero si nace sano

y perfecto, y luego le sobreviene alguna deformidad, ésta puede ser debida, bien a causas internas, bien a causas externas.

En cualquier caso, los órganos internos son afectados de igual modo que si el mal fuese de origen; se alteran y pierden su equilibrio.

En resolución: un cuerpo perfecto no existe jamás; y, si existiera, duraría sólo un instante. Por lo tanto, nadie puede conocer con perfección. Nada se sabe.

Quizá me digas que un cuerpo imperfecto puede estar capacitado para las ciencias. Resulta difícil dar crédito a tu afirmación, pues ningún hombre es idóneo para las ciencias. Pero te lo concederé, igual que te he concedido otras muchas cosas. No te concederé, sin embargo, que todo hombre está capacitado para cualquier tipo de conocimiento. Pues estoy seguro de que tú no quieres decir eso; y si lo dijeras, no podrías probarlo jamás.

Es necesario, ciertamente, que el hombre esté dotado de un cierto temperamento para emprender la labor científica. Pero, ¿qué clase de temperamento es ése? Acaso no puedas dar respuesta a esa pregunta.

ÈL HOMBRE SUFRE MUCHOS CAMBIOS

Pero supongamos que me la das. El hombre, poco después de nacer, ¿cuántos cambios no sufre, debidos al ambiente que lo rodea, al lugar donde vive, al alimento que come y a la doctri-

na que se le inculca? Medítalo. Si un hombre es rico, será tratado con toda suerte de mimos, engordará y sólo se preocupará de satisfacer el cuerpo, incapacitándose para el estudio; pues, como tú mismo dices, el alma y el cuerpo solicitan siempre cosas contrarias. Pero de eso hablaremos en nuestro tratado del alma.

Hay muchos a quienes sus padres no les permiten consumirse con el estudio y el trabajo, procurándoles todo lo que va encaminado al culto del cuerpo, preocupándose sólo un poco (y ojalá fuese siempre como digo) de enseñarles buenas maneras; y (como hacen la mayor parte de los hombres, empujados a esto por naturaleza) les aconsejan cuidar la salud, la hacienda y todas esas cosas que pueden hacerles la vida más feliz.

POR QUE SON POCOS
LOS QUE ESTUDIAN

De ahí que haya tan pocos que se dediquen al estudio de las letras. Y aunque los padres permitieran y desearan que sus hijos estudiasen, éstos no querrían hacerlo; pues el cuerpo busca siempre el ocio y rechaza el trabajo como si éste fuera el peor de sus enemigos. Las riquezas distraen el ánimo, los placeres lo perturban, el mundo lo engaña con sus halagos. Yo admiro en grado sumo a aquel que, estando rodeado de todos los bienes del siglo, es capaz de despreciarlos a fin de darse a la contemplación trocando una vida de delicias por una vida de privación y de esfuerzo. Pero ese tipo de héroe es *rara avis* en el mundo que nos rodea.

TODOS ESTUDIAN PARA ALCANZAR HONORES Y RIQUEZAS

Los que estudian, lo hacen para alcanzar alabanzas, riquezas o dignidades; y apenas si hay uno que de verdad estudie por amor desinteresado a la ciencia; y, de este modo, cada cual trabaja para lograr su propia ambición, y no por la ciencia misma.

HAY MUCHOS POBRES QUE SE DEDICAN A LAS LETRAS

Los pobres se afanan en muchos estudios, pero lo hacen guiados de un principio amargo, con medios adversos y con un fin torpe. Triste y amarga es la pobreza que los obligó a estudiar. La pobreza es, a la vez, un motor y un obstáculo para quienes la padecen. Pues, una vez que salen de ese estado deplorable y logran satisfacer sus necesidades, la ciencia se acaba para ellos, porque sólo trabajaban para liberarse de la indigencia que padecían. De ahí viene el dicho: "El ingenio vuela, pero la pobreza lo derrumba". Y este otro: "Una bolsa repleta hace al ingenio divino". Y aquel: "Primero ha de buscarse el dinero, que con él vendrán el poder y la sabiduría: pues sin Ceres y sin Baco, Venus y Minerva se enfrían".

Los papagayos charlan y aprenden mejor después de beber vino, y sucede lo mismo con muchos hombres. Por lo que se dijo aquello: "Las copas llenas, ¿a quién no hicieron elocuente?".

¿A qué no obliga el hambre?

AL QUE ESTUDIA NO DEBE
MOVERLE OTRO FIN QUE EL SABER

¿Para qué seguir? La conclusión de todo esto es la siguiente: al que estudia no debe impulsarle otra finalidad que el saber. Al necesitado, sin embargo, no le mueve ese fin, y sólo estudia para salir de la indigencia. Así, quien sólo estudiaba para llenar el estómago, cuando lo llena, se aletarga y se olvida de las ciencias, pues en realidad no sentía atracción por ellas y no estaba capacitado para esa labor. Y si se diera el caso de que de verdad estuviese dotado para el estudio, su propia pobreza se lo impide, lo cual es digno de lástima.

Si insisten en que tanto el rico como el pobre tienen todo lo necesario para entregarse al estudio no faltándoles la voluntad de hacerlo, quiero suponer que es así; pero mira cuántas dificultades se siguen.

NADIE HAY QUE HAYA
NACIDO DOCTO DE POR SI

Todo el que empieza ha de ser enseñado. Pues, ¿quién es tan afortunado que haya nacido docto de por sí? ¡Y cuántos sinsabores lleva consigo la tarea de educar a los hombres! ¡Y qué difícil es encontrar maestros que sean buenos!

CAUSAS DE LA MALA ENSEÑANZA

Unos por el poco salario, o por descuido, enfermedad o pobreza (pues no son capaces de estudiar con calma al tiempo que se ocupan en ganarse el sustento); otros por envidia, o por miedo, o por soberbia, o por amor, o por enemis-

tad, o por la ineptitud de sus discípulos (si tal es la opinión que tienen de ellos) o (y esta la peor causa de todas) por ignorancia: por todas estas y otras muchas causas, los maestros desfiguran la verdad —si alguna vez la conocieron—, o la esconden, o la falsean.

EL PRINCIPIANTE CREE LO QUE LE DICEN

¿Qué mayor calamidad puede sobrevenirle a uno que empieza a educarse? Pues es lógico que el principiante crea lo que le dicen; el que no sabe no tiene más remedio que aceptar lo que se le enseña. Y una vez que se ha bebido el error, ya nunca será posible extirpar su veneno, por muchas que sean las razones que se esgriman después: tal es la fuerza con que recibimos y retenemos lo que se nos dice durante los años de la infancia, principalmente si fuese grande la autoridad de nuestro preceptor. De donde viene aquel dicho: lo que se mete en una vasija tomará el mismo olor que la vasija tenía desde antiguo. Por esta razón Timoteo cobraba sencillo al discípulo que era principiante; pero a aquel que había estudiado antes con otro maestro, le cobraba doble; pues doble era el trabajo para llevar a cabo su obra educadora, ya que tenía primero que sacar del estudiante los errores que éste había asimilado, y sembrar después en él la verdad.

DE LOS ERRORES EN LA ENSEÑANZA NACIERON LAS SECTAS DE LOS FILOSOFOS

De los errores en la enseñanza nacieron las sectas de los filósofos, y la costumbre de jurar con las mismas palabras que el maestro. De ahí provienen tantas y tantas disputas vanas, unos

defendiendo al maestro, otros atacándolo; y de ahí ese llenar volúmenes al objeto de entender al preceptor, inventando nuevas ficciones, dando explicaciones sin término y estableciendo distinciones con las cuales el maestro ni siquiera soñó.

LA ESTUPIDEZ DE ESOS QUE ENSEÑAN TODO LO QUE HA DICHO ALGUN OTRO

Y hay algunos que son tan estúpidos, que presumen de poder defender todo lo que ha sido dicho por tal o cual autor; y para lograr ese fin, se preparan con toda suerte de artimañas y de trucos. Armados de tanto engaño, se parecen a esos cazadores de tordos que van pertrechados con cepos y reclamos. Y ocurre que quedan prendidos en sus propias redes y, no pudiendo desembarazarse de ellas, caen en la misma trampa que prepararon para otros. Se parecen en esto a aquel cazador de Esopo, el cual, mientras acechaba a la paloma, fue atacado por la culebra. También recuerdan de alguna manera a quienes usan esos instrumentos bélicos (que llaman arcabuces), y mientras afinan la puntería para matar al enemigo y procuran que el proyectil esté bien dirigido al blanco y ponen fuego a la pólvora, si el cañón está obstruido, experimentan el efecto contrario: que el tiro sale para atrás y les vuela la cabeza.

Así ocurre con estos falsos doctores: que quedan prisioneros en sus propias falacias.

Unos creen expresar lo esencial de un asunto haciendo un epítome. Otros se pasan la vida devorando manuscritos, capítulos y libros que fueron escritos por otros con no poca confusión. Otros, por el contrario, se dedican a ampliar, aumentar, extender, comentar y criticar infinidad de cosas. Los de más allá, animados de una piedad supersticiosa y necia, se empeñan en conciliar a los adversarios y en traer una paz absoluta a los beligerantes. Hay otros que se crean enemigos hasta entre quienes piensan igual que ellos, porque afirman que escriben y entienden las cosas de una manera diferente a como las escriben y entienden ellos mismos.

Unos dicen que tal obra es original de tal autor; otros dicen que fue escrita por otro. Y a fin de probar todas estas trivialidades, ¿qué argumentos no utilizan? ¿qué ficciones no fabrican? ¿qué no intentan? ¿a quién no molestan y torturan?

Si no les bastan las falsedades, echan mano de injurias, invectivas y libelos; y, aunque sea verdad lo que digan, este modo de argüir es inmoral.

Y, finalmente, si no están todavía satisfechos, recurren a las armas, para que lo que la razón no pudo lo pueda la fuerza, como hacen los militares. Y, de este modo, los que se dicen científicos se convierten en bestias. Pues, ¿qué es todo esto sino violencia y locura?

Los que dicen estar investigando la naturaleza, en modo alguno están haciendo eso, pues en lugar de discutir acerca de la realidad tal y como

ésta es, discuten de la realidad tal y como ellos quieren que sea. Y en este empeño consumen la vida entera. Son como aquel perro que, viendo en el agua el reflejo del pedazo de carne que llevaba en la boca, lo soltó y se afanaba inútilmente en apresar lo que no era más que una sombra; o como el toro, que, atacando al lidiador, una vez que engancha su capa, se ensaña en ella y ya no se ocupa ni se acuerda del hombre. Eso mismo les ocurre a quienes, queriendo investigar la naturaleza, se pasan la vida citando a autores y se olvidan del verdadero objeto de su investigación. Pues no saben otra cosa que repetir lo que han encontrado en las obras de otros, ignorando lo que dicen. Falsos investigadores de este tipo los hay a millares en todas las ciencias.

POCOS SON LOS QUE CONTEMPLAN LA NATURALEZA EN SI MISMA

Sin embargo, son muy pocos los que se dedican a contemplar la naturaleza en sí misma; apenas si hay alguno. Y esos pocos son juzgados indoctos por los otros y por el vulgo, lo que no es extraño.

CADA UNO JUZGA A LOS DEMAS SEGUN SU PROPIA CONDICION

Pues cada uno juzga a los demás según su propia condición. Así, el docto juzga al docto, y lo elogia, porque se da cuenta de lo que dice; el ignorante, sin embargo, lo desprecia, porque no lo entiende, y ensalza al necio, porque éste siente lo mismo que él.

LO SEMEJANTE GOZA
CON SU SEMEJANTE

Lo semejante goza con su semejante y rechaza lo que no lo es.

¡Pobre del estudiante que aprenda las letras bajo la dirección de uno de esos ignorantes preceptores, cosa que ocurre con no poca frecuencia! En verdad, es afortunado en grado sumo quien se acoge a las enseñanzas de un maestro experto, de un hombre verdaderamente docto. Pero, por desgracia, éstos son muy pocos.

UN PEQUEÑO ERROR EN LOS
COMIENZOS, AL FINAL SE
CONVIERTE EN UN ERROR GRANDE

Si un alumno estudia siempre bajo el mismo maestro (cosa que casi nunca puede hacerse) siempre errará, si erró una vez. Y su error será cada vez mayor, pues un pequeño error en los comienzos, al final se convierte en un error grande; y dado un absurdo, síguense muchos. ¿Y quién hay que no se equivoque una vez? O ¿quién se equivoca una vez tan sólo?

CASI SIEMPRE ERRAMOS

Dudo que no estemos equivocándonos constantemente. Pues, si somos enseñados por muchos maestros, ésa será la consecuencia.

Hay pocos a quienes amó el sereno Júpiter e hizo que su juicio se elevase hasta lo celestial. Pocos son los que pudieron librarse del error y encontrar todos los caminos en medio de la intrincada selva del conocimiento. Mientras estos

falsos maestros se agitan en discusiones y controversias, lo que consiguen es distraer y lacerar el talento de los que están iniciándose en el estudio.

APENAS SI HAY DOS PERSONAS QUE ESTEN DE ACUERDO EN TODO

Uno dirá una cosa; el otro enseñará la contraria. Apenas si hay dos personas que estén de acuerdo en todo. Y la máxima garantía de verdad, y, por tanto, también la garantía de validez de una ciencia, es que los juicios de los doctores concuerden.

LA VERDAD ES SIEMPRE CONSISTENTE CONSIGO MISMA

Los que defienden cosas falsas gritan mucho. Y así, el pobre principiante es conquistado por el error porque juzga que quien más grita es el que se alza con la victoria. ¡Ahí tienes el sabio, empeñándose durante mucho tiempo en debatirse en medio de esta tempestad, faena que a menudo le ocupa toda la vida!

Y si examinamos los métodos de enseñanza, no encontraremos menores dificultades, sino todavía mayores, tanto en los que enseñan de palabra como en los que lo hacen por escrito.

EL ESTUDIANTE APROVECHA EN SUS ESTUDIOS SI EL MAESTRO SE SIRVE DE UN BUEN METODO

El estudiante aprovechará en sus estudios si el maestro se sirve de un buen método, o sufrirá el

más grave daño si el método es malo. Pues nada tiene en la enseñanza más importancia que el método. Los métodos de que pueden servirse los hombres son muchos. Y saber usar del método correcto es tan útil como difícil, y tan necesario como infrecuente. Nadie hay, por tanto, que estudie y no se esfuerce por dar con el método adecuado.

POCOS SON LOS QUE SE SIRVEN DE UN METODO CORRECTO

Y son pocos los que superan esta dificultad totalmente, o los que, al menos, creen que la han superado. Como la labor científica, según ya dijimos, es de dimensiones infinitas; y como la vida de todas las cosas es muy breve, es preciso encontrar la medida de lo que ha de enseñarse o aprenderse. Y hemos de emprender esa tarea con sumo cuidado. Lo que se exige es medir lo infinito con lo finito, y, lo que es más, comprenderlo. Y de ahí surge una gran variedad de intentos por lograr tan difícil propósito.

LA BREVEDAD ENGENDRA OSCURIDAD

Hay algunos preceptores que se empeñan en contraer el arte (no siéndoles posible alargar la vida, cosa que sería mejor y más necesaria); y mientras procuran aclarar el camino, lo que consiguen es hacerlo más largo y más difícil, con tanta brevedad. Y muchas veces, por razón de esa oscuridad suya (pues nos hacemos oscuros cuando nos empeñamos en ser breves) consumimos mucho tiempo tratando de entenderles, cuando lo que deberíamos hacer es entender las cosas, y no lo que los autores escriben acerca de

ellas. Lo más importante de la realidad debemos aprehenderlo únicamente por nosotros mismos.

Hay otros maestros, por el contrario, que se detienen en explicaciones abundantes y prolijas; y se hacen viejos tratando de explicar los primeros principios, haciendo que nosotros envejezcamos también con ellos. A éstos condenan los impacientes en el trabajo y los que tienen una inteligencia despierta; porque explican con muchas palabras lo que ellos pueden explicar con pocas. En cambio, los alaban los lentos y los torpes, para quienes nada está jamás explicado suficientemente.

EL TERMINO MEDIO SIEMPRE ES CONTRARIO A AMBOS EXTREMOS

Y si hay algún maestro que toma un término medio, es censurado por todos, porque dicen que, o no es bastante breve en sus exposiciones, o que es más breve de lo necesario. Pues el término medio siempre es contrario a ambos extremos. Los que siguen el justo medio sólo son encomiados por quienes se gozan en la moderación y son ellos mismos moderados. Pero éstos son muy pocos, como ocurre con todo lo que es equilibrado, y la gente los ignora.

Hay algunos que hablan muy cuidadosamente y con buena oratoria; otros hablan de un modo áspero y ramplón. Este se aprovecha del trabajo de los otros y luego lo da como suyo, repitiendo en sus páginas lo que decían los demás, aquél lo mezcla y lo confunde todo; el de más allá deja las cosas sin explicar; uno tiene aires de charlatán y de sofista; el otro es severo y grave; otro

es agudo inventor de cosas nuevas; otro se limita a repetir cosas ya sabidas. ¿Para qué seguir?

NADIE PUEDE JAMAS
COMPLACER A TODOS

¿Quién puede complacer a todos? Ni en la misma naturaleza puede ser así, pues muchos la condenan y la reprochan.

PARECE QUE LA NATURALEZA
SE COMPLACE EN CONFUNDIRNOS

Tal es la variedad que se da en las cosas, que parece que la naturaleza se dedica a jugar con ellas y se complace en confundirnos, de modo que, mientras tratamos de descubrir aquí y allí sus secretos, ella se burla y se ríe de nosotros en nuestra presencia.

Y no sólo se observa una variedad en las cosas que son diversas entre sí. Pues vemos que un mismo hombre unas veces quiere algo y otras lo rechaza; ora defiende una cosa, ora la condena; profesa hoy una idea, y si le preguntas mañana de qué idea se trataba, no se acuerda, ni quiere acordarse.

En esta parte del mundo florecen ahora las letras, mientras que en otras hay una brutalidad absoluta; en otro tiempo aquí todo eran guerras y armamentos, y ahora no hay más que libros; y, lo que es más importante, hoy prevalece y agrada a todos una opinión, y un maestro determinado goza de prestigio, y mañana ocurrirá lo contrario.

EJEMPLOS DE COMO SE SUCEDEN LAS COSAS

Si lees la Historia encontrarás muchos ejemplos de estos cambios. Sin embargo, pondré ahora ante tu consideración algunos casos particulares.

EN OTRO TIEMPO, GRECIA ERA UN PAIS MUY ILUSTRE, TANTO EN LAS LETRAS COMO EN LAS ARMAS

¿Dónde tuvieron las letras más esplendor que en el antiguo Egipto y en la antigua Grecia? ¿Qué otra cultura fue más dada al culto de los dioses? ¿En qué otro lugar podrían encontrarse varones más ilustres, tanto en cualquiera de las ciencias, como en las armas? Sin embargo, ahora no hallarás allí ni una biblioteca, ni un dios que quede en pie, ni un varón insigne.

En Italia, en Francia, en España ni por sueño había entonces un doctor. Y, por lo que atañe a la religión, Mercurio y Júpiter lo eran todo. Ahora las musas tienen aquí su sede, y aquí habita Cristo.

Y en las Indias, ¿cuánta ignorancia no reinó hasta el día de hoy? Ahora, sin embargo, va habiendo allí gradualmente hombres que son más religiosos, más sagaces y más doctos que nosotros mismos.

Bástenos con estos ejemplos.

Teniendo, pues, tanta variedad y tantos cambios ante su vista, ¿qué hará el desdichado que quiere iniciarse en los estudios? ¿A quién segui-

rá? ¿A quién creerá? ¿A éste? ¿A aquél? ¿A ninguno en particular?

EL ESTUDIANTE NO DEBE ATARSE A NINGUN MAESTRO

Si quiere ser libre, tendrá que investigarlo todo por sí mismo. Pero si no, tendrá que entregarse por completo a las enseñanzas de este o de aquel maestro, o a las de todos, sin preferir a ninguno en concreto. ¿Cuál de estas opciones es la mejor? En todas ellas hay falacia y miseria. Si se entrega a un solo maestro, se hace esclavo, no docto; y defenderá los dogmas de su preceptor en cuanto le sea posible, ya usando de razones, ya sirviéndose de injurias. Será como el soldado que sigue a su capitán a donde éste le lleve, para combatir por él; y ya no se acuerda más de sí, y perece con su jefe. De este modo nuestro joven estudiante y su ciencia morirán si se adhieren pertinazmente a las enseñanzas de un solo maestro. Además, el que jura con las mismas palabras que su preceptor no hace sino dañar la verdad.

Si, por el contrario, el estudiante cree igualmente a todos y a ninguno en particular, a fin de tomar de todos ellos lo que mejor le parezca, su actitud será, ciertamente, más libre; pero también más difícil. Pues ¿quién tiene el juicio suficiente para dirimir los pleitos entre los diferentes maestros? Todos tienen razones y argumentos en su favor que, en apariencia, son inexpugnables. Y, tratando de estas cuestiones, no es posible proferir un juicio sin que el juez peligre; pues basta con pronunciar una sola sentencia sobre un maestro determinado para que el mismo juez se vea arrastrado a tomar partido en el litigio. Si juzga mal, su sentencia le acarreará sufri-

miento; pues, además de ignorar la verdad, ignorará también esas otras cosas sobre las que juzgó erroneamente, lo cual es malo en grado sumo. Además, siempre que juzgue en favor de uno, se verá obligado a combatir contra los otros; y enzarzado ya en la disputa, tendrá que fabricarse nuevas armas, cosa que es preciso evitar.

A MENUDO LAS SOFISTERIAS PREVALECEN SOBRE LA VERDAD

Muchas veces ocurre que, así como en algunas batallas los que disponen de más caballos, armas y hombres son derrotados por el arte y la astucia del enemigo, así también ocurre que el que tiene la verdad es silenciado y vencido por los argumentos del contrario; y no pudiendo hacerles frente, el que estaba en la verdad depone las armas, deserta y se entrega el error. Y como esto sucede con frecuencia, la verdad va marchitándose cada vez más, mientras que las falacias van robusteciéndose al amparo de sutilidades y sofismas.

SERVICIOS QUE PRESTA LA CIENCIA SILOGISTICA

Y para fabricar estos sofismas sirve muy bien la ciencia silogística, en la cual es posible sacar una buena y verdadera conclusión partiendo de premisas falsas. Y así puede mezclarse lo verdadero con lo falso, sin que nadie pueda encontrar la diferencia; pues unas veces lo falso se muestra como verdadero, y otras lo verdadero se muestra como falso. Y el que mejor sabe cómo manejar estas redes silogísticas es capaz de construir lo que quiera.

A los ignorantes debe enseñárseles la verdad, y ellos deben precaverse con todos los medios posibles para que nadie los engañe, sobre todo si no son capaces de descubrir la verdad por sí mismos. Los sofistas, por el contrario, sólo les enseñan a contruir insidiosas artimañas; y los que escuchan al sofista se apartan de la verdad, si alguna vez la tuvieron, y pierden lo que habrían conservado si no se les hubiera acechado con tantas armas.

En cierta ocasión vi cómo un sofista charlatán trataba de persuadir a un ignorante de que lo blanco era negro. Y le contestó al sofista: "Yo no entiendo tus razones, porque no estudié tanto como tú; sin embargo, tengo el profundo convencimiento de que lo blanco y lo negro son cosas diferentes. Dando eso por sentado, arguye ahora cuanto te dé la gana".

Recuerdo que, cuando era yo niño y me iniciaba en el estudio de la Dialéctica, los que eran mayores que yo me desafiaban a disputar con ellos a fin de poner en peligro mi juicio. Y ponían objeciones a mis argumentos con sus falaces silogismos. Como yo no me daba cuenta de su falacia, algunas veces era vencido por el peso de sus palabras y les concedía cosas que eran falsas, aunque no lo parecían. Pero en cuanto la falsedad quedaba de manifiesto en las conclusiones que ellos sacaban, yo me inquietaba y no lograba quedarme tranquilo hasta que descubría dónde estaba su engaño.

¿No hubiera sido mejor que en lugar de perder el tiempo tratando de descubrir los defectos de sus silogismos lo hubiese empleado en conocer alguna causa natural?

ENTRE LOS DIALECTICOS, EL MAS CHARLATAN ES TENIDO POR MAS DOCTO

Así, pues, entre estos silogistas, el más docto es el que grita más; y llega más lejos el que es capaz de construir un argumento con el que vencer a su colega o a su adversario, obligándolo a que conceda la infalibilidad de las consecuencias que ellos deducen, y forzándolo a creer que negarlas sería ridículo y hasta impío. Sin embargo, esos argumentos suyos están llenos de fisuras y de trampas; pero aquel que no es capaz de ver el engaño se da por vencido y admite lo falso, según el sofista quería; y una vez que ha sido derrotado, como no ve el engaño, tiene que limitarse a enmudecer.

LA DOCTRINA DE LOS SILOGISMOS ES PERNICIOSA PARA LAS CIENCIAS

¡Y llaman *científica* a esta doctrina de los silogismos, cuando no hay nada que sea para las ciencias más pernicioso que ella!

El mismo Aristóteles, dándose cuenta de los peligros del silogismo, propuso una serie de medidas, a fin de que evitásemos los engaños que se desprenden de ese tipo de razonamiento. Y, de esta forma, nos dio primero el veneno para que lo bebiéramos, y luego intentó curarnos dándonos un antídoto que también era venenoso. Pero el primer veneno era mucho más fuerte, y él solo se bastó para vencer y quitar la vida a la verdad. ¿Con cuántas falacias y artificios no se opusieron a ella los que vinieron después? ¿Con cuántas otras ficciones? ¿Cuántos volúmenes no se han escrito sobre la "suposición", los "indiso-

lubles", los "exponibles", las "obligaciones", las "reflexiones" y los "modos"? ¡Ve qué cantidad de vanas sutilidades! ¡Mira a qué se reduce la fuerza de su ciencia!

LA DIALECTICA ES COMO OTRA CIRCE

La Dialéctica es como otra Circe que convierte en asnos a quienes se acercan a ella. En medio de la ciencia de los dialécticos hay un puente que lleva por nombre "el puente de los asnos". ¿Y no son dignos los dialécticos de comer avena, como premio a su preclaro invento? Al lado de ese puente yacen los asnos que hemos descrito, bebiendo las aguas de Circe, con las que se embriagan. Y se pasan la vida rebuznando, sin que haya esperanza de que se libren nunca de su situación. A punto estuve yo de caer también en ese estado lamentable. Pero los poemas de Ulises me valieron para librarme de los engaños de aquellas damas de Circe, que son las figuras del silogismo.

¡Cuántos tormentos tienen que padecer esos pobres asnos a fin de mantener y apuntalar su vieja vivienda! Usan de mil modos para honrar, defender, alabar y hermosear a su Circe Dialéctica.

LOS DIALECTICOS SON COMO ENEAS

Los dialécticos son como Eneas, el cual, enajenado de sí mismo y olvidado de Italia, el país a que se dirigía, perdió toda su reciedumbre y sensatez al ser invadido por la lascivia que le hizo esclavo de Dido; y sólo pensaba en ella, y únicamente se preocupaba de satisfacer su pasión.

Hasta que, avisado por Mercurio, se avergonzó de su conducta, se le abrieron los ojos y pudo darse cuenta de la existencia miserable que llevaba. Y abandonando al punto a aquella mujer, se revistió de nuevo con las virtudes del verdadero varón y eso le hizo posible convertirse en señor de la mayor parte del mundo, guiado por la Virtud y acompañado de la Fortuna.

¡Ojalá fuese yo otro Mercurio para estos Eneas nuestros, y lograse que abandonaran los laberintos de su Dialéctica y que volvieran sus ojos hacia la naturaleza misma! Si ello fuera así, acaso muchos llegarían a ser señores del mundo. Pero estos dialécticos siguen en su perpetua ceguera y van enredándose cada vez más. Tantos son sus disparates, que no sería posible terminar nunca de leerlos. Y ellos, por su parte, tampoco dejan nunca de escribir otros nuevos, lo cual pone más a las claras la ruina en que se encuentran.

LA DOCTRINA SILOGISTICA NECESITA SER APUNTALADA

La ciencia silogística podría compararse a uno de esos edificios viejos a los que es preciso apuntalar constantemente con postes y con piedras, pues, debido a algún defecto en sus cimientos, o porque están construidos sobre arena o algún otro lugar inestable, o lo que sus materiales son frágiles, se resquebrajan constantemente en todas sus partes. Del mismo modo, esta tambaleante doctrina de los silogismos (que no hay manera de sostener, porque es frívola y vacía) necesita que los que la habiten trabajen constantemente en ella para evitar su total hundimiento. Y eso

es lo que enseñan a los estudiantes que van a ellos, confundiendo su incipiente capacidad de juzgar y torturándolos con toda clase de sofismas. Ninguno quiere estudiar la realidad en sí misma. Y, así, la perdición en que se hallan va pasando de mano en mano, y no llegan a saber nada en toda la vida.

Pero acaso podrías decirme: "¿Qué es lo que quieres? ¿Quieres que demos por cosa confirmada todo cuanto dices, como si fueras un emperador absoluto, cuando ni siquiera aduces razones y pruebas a la hora de negar lo que tantos otros mantienen?

Y yo respondo: No, no es eso lo que quiero; y más adelante, en mi libro sobre los modos de saber, te mostraré qué tipo de razones y de pruebas podrás usar, sin necesidad de recurrir a silogismos. Si no hubiera otra cosa además de la doctrina silogística, ¿qué haría un joven estudiante al que quisiésemos iniciar en el camino de la ciencia, al verse rodeado de tantas dificultades? No le quedaría otro remedio que enredarse en los mismos laberintos en los que andan perdidos sus maestros.

ES DIFICIL ARROJAR EL ERROR,
UNA VEZ QUE HA SIDO INGERIDO

¿Quién no creerá a un maestro, después de haber ido a él para recibir sus enseñanzas? Tal y como sea el maestro, así será el discípulo. Y si aquél estaba en el error, también lo estará éste. Pues, una vez que el error ha sido ingerido, es difícil arrojarlo de sí.

Pero supón que un estudiante quiere fiarse únicamente de su propio juicio; y después de haber estado durante mucho tiempo aprendiendo la ciencia de sus maestros, y de haber visto las disensiones y disputas que tienen lugar entre ellos, decide sentenciar por sí mismo. Esta actitud independiente, aunque no se encuentra con frecuencia, es utilísima y absolutamente necesaria para todo el que quiera saber. Los peligros que rodean a este investigador independiente ya los hemos mostrado antes. Veamos ahora las dificultades con que habrá de toparse.

EL QUE QUIERA JUZGAR RECTAMENTE TIENE QUE CONTEMPLAR LAS COSAS

Si quiere juzgar rectamente, tendrá que contemplar por sí mismo esas cosas en torno a las cuales se urden las querellas entre sus maestros. Y ese contemplar la realidad en sí misma es algo que sólo muy pocos hacen. De ahí que sean también muy pocos los que verdaderamente entienden lo que dicen, siendo muchos los que se dedican a llenar volúmenes y más volúmenes con los trabajos de otros; reúnen en sus libros los juicios de mil autores a los que ni siquiera entienden, y, lógicamente, lo hacen mal; juzgan sobre las controversias que se dan entre esos autores, y también esto lo hacen mal. Se limitan a atacar a los que no están de acuerdo con ellos; y para llevar a cabo su ataque, se sirven de lo que han dicho otros autores, o echan mano del testimonio de Aristóteles. Y, así, de los dogmas de aquéllos deducen otros dogmas; y de éstos, otros. De esta forma, siempre están atacando a alguien, sin mostrar jamás si verdaderamente conocen la cosa que está en litigio; sólo dicen que "ése era el parecer de Aristóteles", o de algún

otro, o que tal afirmación suya se deduce de tal o cual teorema. Todo lo cual resulta mucho más oscuro y dudoso que el objeto mismo de la cuestión. Y así, mientras se esfuerzan estúpidamente por juzgar a los demás, no se dan cuenta de que están juzgándose y condenándose a sí mismos.

UNA COSA NO TIENE POR QUE SER VERDAD, SOLO PORQUE ALGUIEN LA DIGA

¿Qué le importa a la realidad el que alguien diga una cosa u otra acerca de ella? ¿Acaso es verdad algo, sólo por el hecho de que alguien lo diga? . Imposible. Los principios de todas las cosas son los átomos, el aire, el agua, el fuego, la tierra, la materia, la forma, el caos, la lucha, la amistad, lo grande, lo pequeño, el éter, la unidad, el número: cosas todas ellas que, aun siendo principios de la realidad, pueden ser interpretadas de modos muy diferentes. Por lo tanto, dirá la verdad no el que dice lo que dijo otro, sino el que es capaz de reflejar la realidad tal y como ésta es. ¿Por qué, pues, se obstinan en ponernos objeciones y dicen que es un impío y un hereje el que se opone a ellos? Esto que digo yo ahora lo dijo también Aristóteles (pero estos necios autores de ahora parece que no se han dado cuenta de esta observación de su maestro, o no han querido dársela).

En resolución, que una proposición no es verdadera o falsa en razón a la persona que la defienda, sino en cuanto que se ajuste o no se ajuste a la realidad de las cosas. El mismo Aristóteles tuvo que padecer en otro tiempo la oposición de muchos estúpidos cuando rechazaba algunas doc-

trinas de Platón, de igual modo que nosotros rechazamos las de tal o cual autor. Y decía Aristóteles a sus adversarios que, aun siendo amigo de las enseñanzas de Platón, era más amigo de la verdad. Y también añadía en otro lugar *(Topicis)* que es de poca importancia el peso de la autoridad que viene de fuera de las cosas mismas.

LO QUE OCURRE CON LOS DIALECTICOS QUE SE LIMITAN A SEGUIR A ARISTOTELES

Y puedo ver la ignorancia de aquellos que se limitan a seguir las enseñanzas de su maestro; pues no saben hacer otra cosa que hablar de él; todo lo relacionan con él; todo lo que dicen se basa en lo que dijo él. No son capaces de ver nada en las cosas mismas. Por lo tanto, no es de extrañar, cuando se topan con alguno que no afirme lo que ellos afirman o que no destruya lo que ellos destruyen, no es de extrañar, digo, que se irriten y que se vean derrotados ante un alma sencilla que se oponga a sus disparates.

LOS DOCTOS NO TIENEN NECESIDAD DE RECURRIR A AUTORIDADES

Los doctos, sin embargo, recurren a las cosas que tienen delante; y esas cosas no pueden ser negadas, a menos que uno rehúse experimentar por sí mismo que el fuego es caliente. Los doctos no tienen necesidad de recurrir a autoridades. Por consiguiente, el que quiera saber algo no tiene más remedio que contemplar la realidad.

HAY MUCHAS DIFICULTADES EN LA CONTEMPLACION DE LAS COSAS

Pero esta contemplación de las cosas, ¿es tarea fácil? ¡De ninguna manera! En ningún otro trabajo encontrarás tantas dificultades, tantas ambigüedades, tantas dudas.

Ya has visto cuánta diversidad se da en las cosas y cuántos cambios tienen lugar en ellas; viste cuántos escollos esperan a quien desee emprender el verdadero camino de la ciencia. Ahora podrás darte cuenta con más claridad de cuán inaccesible nos resulta contemplar las cosas en sí mismas.

Fijémonos, pues, en los impedimentos que se dan por parte del sujeto cognoscente, y con ello daremos fin a este libro.

DOS SON LOS MEDIOS DE ENCONTRAR LA VERDAD

Los miserables humanos tenemos dos medios de encontrar la verdad. Pero como no podemos conocer las cosas tal y como son en sí —pues, si pudiéramos, todos los medios de conocimiento estarían a nuestro alcance— tenemos que limitarnos a disminuir un poco nuestra ignorancia. Esos dos medios de conocimiento no nos proporcionan un saber perfecto; pero, usando de ellos, algo nos es posible percibir y aprender. Los medios a que me refiero son la experiencia y el juicio.

LA EXPERIENCIA Y EL JUICIO SE NECESITAN MUTUAMENTE

La experiencia y el juicio se necesitan mutuamente; si falta alguno de estos dos elementos, ninguno de ellos puede sostenerse. En un libro que seguirá a éste y que escribiré algún día, explicaré esto con más detalle.

LA EXPERIENCIA ES SIEMPRE FALAZ

La experiencia es siempre falaz, y es difícil llevar a cabo los experimentos. Y aunque fuese posible conducir éstos de una manera perfecta, sólo nos mostrarían lo que acontece en la parte extrínseca de las cosas, y nada nos dirían acerca de la naturaleza de las mismas. El juicio actúa sobre los materiales que le proporciona la experiencia, y, por consiguiente, sólo podrá referirse a los accidentes externos, y aun esto lo hará de un modo imperfecto. En cuanto a la naturaleza de las cosas, tenemos, pues, que limitarnos a aventurar una simple conjetura, ya que la experiencia no nos dice nada acerca de esto. ¿Cómo, pues, alcanzar la ciencia, partiendo de una base tan insuficiente? De ninguna manera. Y, sin embargo, no contamos con otros medios, medios que el joven estudiante tendrá que utilizar con una imperfección todavía mayor.

EL JOVEN ESTUDIANTE NO PUEDE USAR DEL JUICIO Y DE LA EXPERIENCIA DE UN MODO PERFECTO

Pues (dejando de lado todos los impedimentos que obstaculizan el recto uso de la experiencia) ¿qué dificultades no encontrará el joven inmadu-

ro que se decida a experimentar con la realidad? Sin duda se topará con muchas. ¿Cómo le será posible, por tanto, formular un juicio acertado, basándose en sus frágiles experimentos? De ningún modo.

ES DIFICIL ENCONTRAR
A UN JOVEN QUE SEA SABIO

Como decían Empédocles y Jenofonte (*Apud Laert.*, lib. 9), es necesario haber visto muchas cosas antes de poder juzgar rectamente; más aún, es necesario haberlas visto todas, como decíamos más atrás, ya que todas están íntimamente relacionadas, y una no puede sostenerse sin las otras. De no ser así, se corre el riesgo de juzgar hoy que tal cosa es causa de otra, viéndonos obligados a juzgar al día siguiente lo contrario. Hasta se puede dar el caso de que tenga lugar un fenómeno en el que no habíamos pensado jamás.

¿Quién hubiera podido atribuir al imán, al pez torpedo y al pez rémora las propiedades que tienen, antes de haberlos conocido? Hasta hace poco se decía que toda atracción provenía de lo cálido, de lo seco y del vacío (o, mejor, del miedo al vacío). ¿Qué decir ahora de las otras causas de la atracción? ¿Qué decir de la fuerza del electro?

¿Habría pensado nadie jamás que el veneno añadido al veneno no mata al hombre, sino que le sirve de purga? Ciertamente que no, pues, antes de que la experiencia enseñase lo contrario, se afirmaba que lo que hace uno, mejor lo hacen dos. Y vino a contradecir ese principio la atroz consorte de Ausonio, que, habiéndose propuesto

matar a su marido, y para acelerar su muerte lo más posible, mezcló mercurio con el veneno que tenía preparado, lo cual hizo que Ausonio escapase de la muerte. Lo mismo ocurre con la teriaca y el mitridatio: pues aunque los experimentos han mostrado que esas plantas contienen sustancias venenosas, son un antídoto eficaz contra todos los venenos.

LA CICUTA MEZCLADA CON VINO MATA MAS DE PRISA

¿Quién hubiera creído que la cicuta mezclada con vino mata más de prisa, y que tiene efectos más fulminantes en los hombres biliosos y congestivos, que en los flemáticos y fríos? Parecería más lógico que una cualidad contraria a este veneno retardaría su acción. Y, sin embargo, la experiencia muestra lo contrario.

Según Galeno *(Lib. de subfigurat.)* unos segadores creían que, dando a un elefante enfermo una barrica de vino en la que se había ahogado una víbora, el pobre elefante perdería la vida. Pero, para sorpresa de todos, resultó que el elefante no fue afectado por tan implacable ponzoña. Y una sierva del amo del elefante, a la que dicho amo deseaba apasionadamente, horrorizada ante la idea de tener que unirse carnalmente con él, le ofreció vino mezclado con el veneno de la víbora, a fin de matarlo. Y sucedió justo lo contrario, pues el amo, en vez de morir, encontró aquella bebida muy saludable. ¿Sabes tú como pudo ser eso? En absoluto.

LA MUCHA EXPERIENCIA HACE
AL HOMBRE SABIO Y PRUDENTE

Así, pues, la mucha experiencia hace al hombre sabio y prudente. Así, los varones más ancianos son los más doctos, en virtud de la experiencia que han acumulado.

LOS ANCIANOS SON MAS APTOS
PARA EL GOBIERNO DE LA REPUBLICA

Y también, por esa misma razón, los ancianos están mejor preparados que los jóvenes para la gestión de los asuntos públicos, por lo cual suelen ser tenidos en gran estima por la mayoría de las gentes. Y si un hombre avanzado en años disfruta además de una buena capacidad de juicio, con razón podrá asignársele la administración de la república.

UTILIDAD DE LA ESCRITURA

Para allanar las dificultades de los hombres en su labor de acumular experiencias fue inventada la escritura, a fin de que, recogiéndose en los libros lo que muchos experimentaron durante toda su vida y en lugares diversos, otros puedan leerlo y aprenderlo en un plazo mucho más breve. Y, de este modo, llegan hasta los hombres de nuestro siglo, para que lo lean, las vidas, los inventos y las experiencias que tuvieron lugar en el pasado, con lo cual algo añaden a su saber. Y, así, va aumentando la cultura de las generaciones, siendo cada nueva generación, usando de una comparación acertada, como un niño que cabalga sobre el cuello de un gigante.

LOS LIBROS NADA AYUDAN
PARA LA CIENCIA

Pero aunque este caudal de escritura parece que ayuda algo en lo que se refiere a la administración y gobierno de las cosas, no ayuda nada para las ciencias. Pues, dejando ahora de lado el hecho de que los libros no son perennes, como tampoco lo son ninguna de las demás cosas, y que pueden ser destruidos por las guerras, por el fuego, por negligencia, por la novedad de otras opiniones, o por el tiempo, que todo lo sepulta en el olvido, encierran una serie de defectos a los que ya nos referíamos más atrás. Unos son confusos, otros son demasiado breves, otros son demasiado complicados. Y aunque un hombre viviese cien mil años, no tendría tiempo suficiente para leerlos todos. Además, muchos de esos libros están llenos de falsedades, y con extraordinaria frecuencia han sido escritos por mero afán de gloria o para adquirir una reputación. Y leyendo todos esos libros, nuestro trabajo sería doble: pues tendríamos que entender primero aquellos problemas sobre los cuales los antiguos se hacían cuestión, y luego ocuparnos de los problemas que se plantea nuestro tiempo. De este modo, mientras nos afanásemos en desentrañar el pensamiento de otros hombres y en entender lo que se dice en sus obras, daríamos la espalda a la naturaleza misma y seguiríamos siendo unos ignorantes.

PARA LA CIENCIA, DE NADA
NOS SIRVEN LAS EXPERIENCIAS
DE LOS OTROS

Pero supongamos que los libros recogen con fidelidad las experiencias de sus autores. ¿De qué

sirve que otro haya experimentado esto o aquello, si yo no experimento lo mismo? Creyendo lo que me dicen los libros, lo que hago es fortalecer mi fe, no mi ciencia.

LA MAYORIA DE LOS ESCRITORES MODERNOS SON MAS FIELES QUE SABIOS

De ahí que la mayoría de los escritores modernos son más fieles que sabios. Pues todo lo que tienen lo han sacado de los libros, sin ejercitar su propio juicio y su propia experiencia, como conviene. En lugar de hacer eso, creen lo que ha sido escrito por otros; éstos, a su vez, basan lo que dicen en lo que los demás dijeron. Y, de esta forma, sus disquisiciones están siempre mal fundamentadas.

Por lo tanto, si un joven estudiante quisiera aprender algo, tendría que estudiar perpetuamente, leer todo lo que dijeron otros y verificar cada cosa leída con sus propias experiencias. ¿Habría un género de vida más miserable que el que se vería obligado a llevar este pobre estudiante? ¿Quién habría en el mundo que fuese más desdichado que él? Pero, ¿por qué dije "género de vida"? Mejor sería llamarlo "género de muerte", según señalábamos más atrás. ¿Y quién tendría el ánimo suficiente para someterse a ese tipo de existencia?

DEL MUCHO ESTUDIO SE SIGUEN LAS ENFERMEDADES Y LA MUERTE TEMPRANA

Hay algunos hombres, sin embargo, que dedican su vida al estudio. Supongamos, pues, que un joven repleto de energía emprende ese difícil ca-

mino. Y veremos que, por sana y robusta que sea su constitución, pronto empezará a marchitarse. A causa del estudio, el cuerpo humano se consume y es afligido por la enfermedad o por otros achaques: catarros, artritis, afecciones del estómago, indigestión, falta de apetito, lientería, estreñimientos.

¿Qué no padece quien se emplea en el estudio? Lo más probable es que la muerte lo sorprenda antes de tiempo. Y todos estos males perturban la mente y afectan lo que es su sede principal, es decir, el cerebro, ya dañándolo directamente, ya a través de otras partes del organismo.

EL QUE ESTUDIA ACABA
POR HACERSE MELANCOLICO

Pero aunque el que estudia se vea libre de todos estos males físicos, pronto se hará melancólico, como nos lo muestra la experiencia todos los días. Y, en estas condiciones, ¿cómo podrá juzgar rectamente acerca de las cosas? Parece que eso no es posible.

EL BUEN JUEZ DEBE ESTAR
LIBRE DE TODA AFECCION

Pues el buen juez debe estar libre de toda afección.

Pero, aun suponiendo que alguien se viese libre de todos estos males (cosa que podría suceder si el individuo fuese sobremanera resistente), ¿llegaría por eso a saber algo? De ninguna manera. Pues en él, como en las demás cosas del mundo, tiene lugar un cambio constante. El cambio prin-

cipal de los hombres radica en su edad; y un joven difiere mucho de cuando es maduro, igual que el hombre maduro es diferente de cuando es viejo. En cada uno de estos tres estadios de la vida hay diferencias en los principios, en los medios y en los fines. Y lo que un individuo juzga de una manera cuando es joven, lo rechaza en la edad madura y da las razones de por qué lo hace así; y sin embargo acaso vuelva a defenderlo en la senectud. Unas veces pensará una cosa; otras veces, otra. Y nunca será consistente consigo mismo.

CONSTANTEMENTE CAMBIAMOS DE PARECER

No hay nadie que editando ahora un libro, no cante después la palinodia y reconozca, si es honesto, que se engañó cuando era más joven.

LA PERTINACIA ES MUY ENEMIGA DE LAS CIENCIAS

Y los que por vergüenza de admitir su error, o por ignorancia, o por amor propio, lo defienden pertinazmente, y no entran en averiguaciones a fin de ocultarse a sí mismos su propia equivocación, causan un grave daño a las ciencias, especialmente si estos hombres pertinaces tienen un talento sutil.

Tampoco hay nadie que, no queriendo precipitarse en sacar sus obras a la luz, y juzgando más oportuno guardarlas por unos años, no las corrija constantemente, hasta el punto que ni cien años le bastarían para acabar de corregirlas. Pues siempre tendrá algo que añadir, o que quitar. que cambiar, o que poner al día. Y si un *a*

viviera eternamente, esa eternidad se le iría en corregir y modificar su obra.

NUESTRA IGNORANCIA NOS OBLIGA A CAMBIAR DE OPINION

¿De dónde provienen tantas vacilaciones y tanta inconstancia? De nuestra ignorancia, sin duda. Pues, si conociésemos perfectamente aquello que escribimos, no nos veríamos en la necesidad de cambiar nada después.

¿Cuál diremos que es la edad mejor para juzgar rectamente? Tú dices que es la vejez. Pero parece más razonable afirmar que debería ser la edad madura, cuando todas las potencias del hombre están en su máximo vigor, y no la senectud, en la que todo se debilita y a la que se ha comparado con la infancia. De donde viene aquel dicho: *Malditos los niños de cien años.*

Se dice comúnmente que los ancianos desvarían en sus razonamientos. ¿Qué contestas a eso?

Tampoco un hombre podrá saber cuándo dice verdad, si cuando habla de una manera, o cuando habla de otra.

LAS AFECCIONES DEL ANIMO IMPIDEN EL CONOCIMIENTO DE LA VERDAD

Pero además de esos cambios del cuerpo a que nos hemos referido, las afecciones del ánimo también impiden el conocimiento de la verdad. Ya dijimos algo de esto al hablar de los preceptores. Y también hay que tenerlo en cuenta al hablar de los discípulos.

El amor, el odio, la envidia, y todas las demás cosas que en su lugar mencionábamos son obstáculos para el bien juzgar. ¿Y quién es tan dueño de sí mismo que no se vea afectado por estos embates del ánimo? Nadie. Y si hubiera alguna persona capaz de liberarse de todas las pasiones, caería sin duda en la del amor propio. Pues, ¿quién hay que no crea que dijo lo cierto, que halló el nudo de la dificultad y que entiende muy bien las cosas? Y nada diré aquí de esa tendencia que todo hombre muestra, y que consiste en tenerse por más docto, más perspicaz, más prudente, más sabio que los demás. ¿Es eso verdad?

NADIE ES JUSTO JUEZ
DE SU PROPIA CAUSA

El vulgo dice que nadie es justo juez de su propia causa. Y cada uno trata de su causa cuando afirma algo de palabra o por escrito.

Nada, pues, sabemos.

Pero, (aunque ello es imposible) supongamos que nuestro juez carece de tales defectos. Aun así, no irá aumentando cada vez más su conocimiento. Afirma un dicho común que, a medida que estudiamos, vamos haciéndonos más doctos. Pero si de verdad queremos conocer perfectamente, sucede precisamente lo contrario. Yo, antes de empezar a considerar las cosas, me tenía por más docto. Pues lo que había recibido de mis maestros lo tenía por sobradamente sabido y propio, pensando que el saber consistía en haber visto, retenido y oído muchas cosas. Según esto, juzgaba una cosa u otra, conforme veía hacer a los otros, y consagraba todos mis

esfuerzos y trabajos a ese género de ciencia. Pero, tan pronto como empecé a fijarme en las cosas mismas —abandonada por completo aquella primera creencia seudocientífica— y a examinarlas como si nadie hubiese dicho cosa alguna sobre ellas, me di cuenta de que todo cuanto yo creía saber, lo ignoraba (contrariamente a los que dicen que nada sabían antes de alcanzar la madurez, y que todo lo saben después de alcanzarla). Y he llegado a sumergirme en un grado tal de ignorancia, que, ni nada sé, ni nada espero saber. Cuanto más contemplo la realidad, más dudo.

¿Cómo no he de dudar, si ni siquiera puedo percibir ni conocer las naturalezas de las cosas, siendo ése el origen de la verdadera ciencia?

Es fácil ver un imán; pero ¿qué es el imán en sí? ¿Por qué atrae al hierro? Saber esas cosas es lo que yo llamaría conocer. Sin embargo, los que se dicen sabios se limitan a responder que esa propiedad del imán se debe a una fuerza oculta. Y con eso se conforman cuando en realidad eso es no decir nada.

DECIR QUE ALGO SE HACE EN VIRTUD DE UNA PROPIEDAD OCULTA, ES CONFESAR QUE LO IGNORAMOS

Pues, ¿qué diferencia hay entre quien me dice que no sabe por qué se hace una cosa y quien afirma que se hace por la propiedad oculta? Y lo mismo ocurre con muchas otras cosas, como lo verás cuando las tratemos por menudo. Añade a esta duda que surge al considerar la atracción del hierro aquella otra que proviene al considerar cómo el hierro imantado se vuelve siempre

hacia el norte por aquella parte que en la mina estaba orientada a Septentrión (propiedad por la cual somos capaces de dar la vuelta al mundo en un pequeño navío y conocemos con certeza el punto que ocupamos en medio del océano, logrando trasladarnos sin error de puerto a puerto). Aunque la movamos, la parte del imán que busca el norte siempre tornará a buscarlo, huyendo del extremo contrario. Y nuestra duda aumentará cuando consideremos cómo el imán no se limita a atraer un solo anillo, sino que transmite su fuerza a otros anillos y agujas, hasta el punto de poder suspenderlos todos en el aire. ¿Y por qué, si se le unta de ajo, languidece, pierde su fuerza y se desprenden las cosas de él? Hasta el hombre más docto ha de reconocer su ignorancia, no sólo en lo referente a las virtudes del imán, sino también en lo que respecta a otras muchas cosas.

Por consiguiente, ¿qué podría hacer ese juez de nuestro ejemplo, aunque viviese cientos de años? Tendría que limitarse a experimentar alguno de estos fenómenos, y aun eso lo haría mal, siendo todavía más deficiente el juicio que después formulase, y no pudiendo conocer jamás ninguna cosa de modo perfecto. Y aun suponiendo que pudiese ver y experimentar muchas cosas, no podría hacerlo con todas, lo cual sería necesario para saber algo verdaderamente. Además, siempre dudaría de la validez de cuantos experimentos hubiese llevado a cabo.

LOS DOCTORES DISIENTEN ACERCA DE LOS EXPERIMENTOS

Si un investigador consulta a otros autores que han investigado esos mismos asuntos en los que

él ahora se ocupa, verá que cada uno interpreta las experiencias de un modo diferente. Lo que uno dice que ha experimentado y comprobado, será discutido y negado por otro; uno dirá, aduciendo numerosas razones, que tal experimento es inválido; otro, por el contrario, se esforzará en mostrar que el experimento es legítimo. ¿Cómo, pues, encontrar el buen camino juzgando de asuntos oscuros que no pueden ser alcanzados por el sentido, si ni siquiera estamos libres de duda en aquellas cosas que a los sentidos se ofrecen y que deberían ser conocidas por ellos?

ENTRE EL VULGO, LAS DIFERENCIAS DE OPINION SON AUN MAYORES

Y si dejas de lado a los autores y te fijas en el pueblo, advertirás cuán grande es la discordia entre las diferentes opiniones. Jamás hay acuerdo. Continuamente se disputa acerca de muchísimos puntos que se refieren a las ciencias. Me dirás que el pueblo, como es ignorante, no puede tener una visión acertada de las cosas. Pero comúnmente se afirma que *Vox populi, vox Dei.* Y, ciertamente, resulta difícil aceptar que el pueblo, en su totalidad, se engañe, y que sólo el filósofo tenga la verdad, principalmente en los asuntos que más se refieren a la experiencia que al juicio. Hay muchas cuestiones en las que debe creerse al vulgo, como en las que atañen a la agricultura, a la navegación, al comercio y a otros oficios, según la profesión a la que cada cual se dedica. Pues es también un dicho común que es más docto el ignorante en su oficio, que el docto en el ajeno.

MOSTRAMOS UNA TENDENCIA A ACEPTAR COSAS QUE SEAN NUEVAS

Por consiguiente, si ha de escogerse entre la opinión del vulgo y la de los filósofos, y teniendo en cuenta que de una y otra se siguen muchas dificultades, se terminará por aceptar la opinión que sea más nueva (ocurre, por lo común, que estamos deseosos de oír novedades). Y, de acuerdo con ese criterio, afirmaremos que una cosa es cierta y que todas las demás son falsas.

POCOS SON LOS QUE ALCANZAN LA VERDAD

¿Quién dice la verdad? Dices que tú la posees porque eres viejo y has experimentado muchas cosas. Pero aunque parece lógico admitir que son pocos los que aciertan, es duro creer que tú solo tengas la verdad y que todos los demás se equivoquen. ¿Qué tienes tú que te haga superior a los otros? Además, lo que durante largo tiempo ha sido mantenido y confirmado por muchos parece que estará mejor fundamentado en la verdad que esas novedades que tú predicas. Me responderás que son muchos los errores que se han ido repitiendo a lo largo de los años, sin que nadie reparase en ellos. Y eso es cierto. Pero yo, a mi vez, te diré que también son muchas las verdades que fueron descubiertas desde antiguo, y que se han ido olvidando y oscureciendo, hasta el punto de ser ahogadas por tantos y tan grandes errores.

¿Qué diremos, pues, de tu *nueva* opinión? ¿Será acaso una verdad que era necesario pronunciar? No lo sabemos. Y si dices que lo que tú ahora afirmas es una opinión antigua (por aque-

llo de que *Nada se dice que antes no se haya dicho*), y me pruebas que ya otros dijeron en la antigüedad lo que tú dices ahora, eso lo mismo puede ser una garantía de verdad, que de error. Pues no hay opinión, por estúpida que sea, que no cuente con seguidores.

Todo pugna contra mí al querer yo probar que nada se sabe. Pero hay algo que está de mi parte: del hecho que todo el mundo opine de una manera o de otra, sin nunca llegar a un acuerdo, se desprende que nada se sabe. La ciencia ha de poseer un alto grado de certeza y ha de ser infalible y eterna. ¿Y qué podrá decir un pobre anciano —por muchas experiencias que quieras atribuirle— acerca de la eternidad, de la infalibilidad y de la certeza? Nada en absoluto.

De nuestra definición del conocimiento se desprende que tiene que haber en él dos términos fundamentales: el sujeto cognoscente y la cosa que ha de conocerse. Y para que un conocimiento sea científico tiene que ser perfecto. Pues está claro que no todo conocimiento adquiere rango de ciencia, y que el conocimiento de los instruidos, el de los iletrados y el de las bestias no son lo mismo.

No hay duda de que la ciencia ha de ser el conocimiento perfecto de la cosa. Pero ignoro en qué pueda consistir esa perfección, o dónde pueda encontrarse, o quién la posee. Acaso lo más lógico sería decir que no existe en parte alguna de este mundo.

Decíamos más arriba que el perfecto conocimiento requiere un cognoscente perfecto y una perfecta adecuación entre éste y la cosa que ha

de conocerse. Pero esas dos perfecciones yo no las he visto jamás. Si tú las viste, escríbeme y dímelo. Y dime también si viste algo perfecto en la Naturaleza.

Todas las deficiencias de nuestro conocimiento fueron expuestas más atrás y no es preciso repetirlas una vez más. Pero teniéndolas presentes, y teniendo también presente lo que yo entiendo por conocimiento perfecto, es fácil deducir que nada sabemos. Encontrarás abundantes pruebas de esta cuestión en el proceso de mis obras, en todas las cuales me propuse mostrar lo mismo. Este discurso se ha alargado ya más de lo suficiente, y conviene que le demos fin.

Viste, pues, las dificultades que nos alejan de la ciencia. Sé que muchas de las cosas que aquí dije acaso no te agraden. Quizá me digas que no he conseguido demostrar que nada se sabe. Sea como fuere, lo que sí puedo asegurar es que he tratado de exponer de un modo claro, fiel y verdadero todo cuanto pienso. Me he esforzado en evitar lo que condeno en otros: ese echar mano de razonamientos largos y gratuitos, más oscuros que la cuestión que se intentaba probar.

En mi ánimo está el poner los cimientos, en la medida de mis fuerzas, de una ciencia firme y sencilla que no recurra a esas quimeras y ficciones ajenas a la verdad de las cosas y que sólo sirven para hacer alarde de sutilidades ingeniosas y no pára enseñarnos qué sea la realidad. No me faltarían a mí sutilidades, ficciones e ingeniosidades, si mi ánimo encontrase satisfacción con ese tipo de cosas. Pero como lo que con ellas se consigue es divorciarse de la realidad, engañar a la mente y dar lo falso por verdadero, no llamo

yo ciencia a la que se consigue por medio de esas falacias: más bien la llamaría impostura, delirio, oficio de malabaristas y de charlatanes.

A ti, lector, te corresponde juzgar el contenido de este libro. Lo que te parezca bien, recíbelo con los brazos abiertos; lo que te parezca mal, no lo denigres de una manera hostil, pues es impío castigar cruelmente a quien sólo se proponía ser de alguna utilidad.

Examínate a ti mismo. Si algo sabes, dímelo, y te lo agradeceré en extremo. Yo, mientras tanto, ciñéndome al examen de las cosas, trataré de averiguar en otro libro si es posible saber algo, y cómo. Y allí expondré cuál debe ser el método que nos lleve a la ciencia, en la medida en que lo permita la fragilidad humana. VALE.

AQUELLO QUE SE ENSEÑA NO TIENE MAS VIRTUD QUE LA QUE RECIBE DE QUIEN LO APRENDE.

QUID?

INDICE ALFABETICO DE LOS TEMAS PRINCIPALES*

Accidentes

Algunos dijeron que los accidentes no son nada en sí: 116.
Los accidentes constituyen la parte más vil de la realidad: 131.
Por qué no puede haber un conocimiento perfecto de los accidentes: 144.

Alma

Es dificilísima la contemplación del alma: 133.
Escalígero no es preciso en su tratado del alma: 135.
Es falso decir que el alma entiende: 173.

Antropología

Varias son las condiciones de los hombres, y varias sus costumbres: 109.

Aprehensión

El conocimiento es la aprehensión de la cosa: 135.
Diferencia entre la aprehensión y la recepción: 136.

* Los números se refieren a las páginas.

Aristóteles

Definición de ciencia según Aristóteles, y refutación de esa definición: 54.
Casi todo lo que contiene la obra de Aristóteles son definiciones de nombres: 62.
Del método de Aristóteles no se origina ciencia alguna: 64.
Definición aristotélica del saber. Impugnación de esa definición: 78.
Aristóteles no satisfizo su propia objeción a su definición de ciencia: 81.

Arquímedes

El orbe de cristal de Arquímedes: 96.

Averroes

Esfuerzo inútil de Averroes: 65.

Biología-Medicina

Ejemplos de la conexión entre las cosas: 93.
Hay muchos modos de generación y de corrupción: 117.
Son muchas las mutaciones que tienen lugar entre el nacimiento y la muerte: 119.
Las sensaciones varían según la disposición de los órganos sensoriales: 156.
Qué es un cuerpo perfectísimo: 163.
El buen médico debería padecer todas las enfermedades: 163.
Curamos mejor las enfermedades que hemos padecido: 164.
Los partos dan testimonio de sus principios: 167.
Primariamente el sol no corrompe: 168.
Con la llegada del sol aparece la vida en las cosas: 171.

Hay mucha variedad en los individuos: 100.
Disputa interminable en torno a la introducción de las formas: 120.
Cuestiones biológicas que ocasionan nuestra ignorancia: 121.
La vista varía según la posición del ojo: 152.
La primavera y el verano son las épocas de la fecundación y de la vida: 171.
La muerte procede del frío; la vida, del calor: 172.
Todos los miembros del cuerpo provienen de la misma semilla: 174.
El hombre sufre muchos cambios: 175.
La cicuta mezclada con vino mata más de prisa: 202.

Calor

El calor es la más perfecta de todas las cualidades: 122.
Canto a las virtudes del calor: 122.

Ciencia

Definición de ciencia según Aristóteles, y refutación de esa definición: 78.
Es falso que la demostración engendra la ciencia: 66.
Son ineptos los que buscan la ciencia sólo en los libros: 67.
La verdadera ciencia es libre y procede de una mente libre: 68.
La ciencia es una visión interna: 69.
Los lógicos llaman hábito científico al conglomerado de muchas conclusiones: 69.
La ciencia ha de ser de cada cosa tomada individualmente: 70.
No es ciencia la acumulación de muchas cosas en la mente: 71.

Dicen mal los que afirman que la ciencia es un hábito: 73.
La ciencia es un acto simple de la mente: 73.
La ciencia no difiere de la intelección: 82.
Definición sancheziana de la ciencia: 84.
Toda ciencia es ficción: 86.
Causa de la división de la ciencia: 87.
El verdadero saber consiste en conocer la naturaleza de la cosa: 88.
Las ciencias que tenemos son vanas: 97.
Sólo hay una ciencia: 97.
No es ciencia lo que se obtiene por silogismos: 142.
De cómo debería obtenerse la ciencia: 142.
Pocos son aptos para las ciencias: 162.

Conexión entre las cosas

Concatenación de todas las cosas: 92.
En nuestro orbe, todas las cosas mueven y son movidas: 96.
Ejemplos de la conexión entre las cosas: 93.

Conocimiento

Hay dos medios de conocer por el sentido: 143.
Teoría platónica sobre el conocimiento, y refutación de esa teoría: 75.
Qué sea el conocimiento: 84.
Todo conocimiento procede de los sentidos: 112.
El intelecto juzga acerca de las cosas por sus apariencias: 131.
Los tres elementos del conocimiento: 133.
El conocimiento es la aprehensión de la cosa: 135.
Duplicidad del conocimiento: 136.

Tres cosas son conocidas por la mente, de diverso modo: 137.
Sólo Dios conoce perfectamente: 134.
Explicación de la división de los modos de conocimiento: 138.
Comparación entre el conocimiento por los sentidos, y el que tiene lugar sin éstos: 141.
Certísimo es el conocimiento que proviene del sentido, y muy incierto el que proviene del razonamiento: 142.
Lo que debe conocerse perfectamente no debe conocerse por otro: 143.
Por qué no puede haber un conocimiento perfecto de los accidentes: 144.
Un perfecto conocimiento requiere un hombre perfecto: 162.

Demostración

Es falso que la demostración engendra la ciencia: 66.
Nada saben los que se fían de las demostraciones: 89.
Es una ficción que pueda llegarse mediante demostraciones hasta los primeros principios: 99.

Dialécticos

Desvío de los dialécticos: 50.
La dialéctica de los modernos es una completa farsa: 56.
Los dialécticos fingen novedades: 58.
Los dialécticos, para dar la impresión de sabios, hacen comentarios acerca de las palabras: 63.

No es válido el modo de probar de los dialécticos: 59.
Ridícula exposición que hacen los dialécticos de la definición aristotélica de ciencia: 81.
Los dialécticos pervierten las palabras: 103.

Dios

Nadie conoció a Dios: 92.
La sabiduría de los hombres es necedad ante Dios: 97.
Dios conoce todas las cosas: 115.
Es válido comparar a Dios con el fuego: 123.
Sólo Dios conoce perfectamente: 134.

Educación

El recién nacido es como una masa de cera: 160.
No puede escribirse todo en el alma: 160.
Potencia pasiva y potencia activa del educando: 161.
No hay nadie que haya nacido docto de por sí: 178.
Causas de la mala enseñanza: 178.
Defectos en la educación: 180.
De los errores en la educación nacieron las sectas de los filósofos: 179.
Un pequeño error en los comienzos se convierte en un gran error en el fin: 183.
El estudiante aprovecha en sus estudios si se sirve de un buen maestro: 184.
Pocos son los que se sirven de un método correcto para enseñar: 185.
El estudiante no debe atarse a ningún maestro: 189.
Es difícil arrojar el error, una vez que ha sido ingerido: 195.

Estudio

Triste fin del estudioso: 127.
Del mucho estudio se siguen las enfermedades y la muerte temprana: 205.
El que estudia acaba por hacerse melancólico: 206.
El trabajo intelectual quita la vida: 129.
Todos estudian para alcanzar honores o riquezas: 177.
Al que estudia no debe moverle otro fin que el saber: 178.
Por qué son pocos los que estudian: 176.

Etimólogos

Los etimólogos se entretienen en naderías: 104.
Refutación de las afirmaciones de los etimólogos: 105.

Experiencia

Dos son los medios de encontrar la verdad: la experiencia y el juicio: 199.
La experiencia y el juicio se necesitan mutuamente: 200.
El joven estudiante no puede usar del juicio y de la experiencia de un modo perfecto: 200.
La mucha experiencia hace al hombre sabio y prudente en los asuntos de la república: 203.
Para la ciencia, de nada sirven las experiencias de los otros: 204.
Los doctores disienten acerca de los experimentos: 211.

Fe

Según la fe, el mundo es creado y tendrá fin: 114.
No tiene excusa la contumacia contra la fe: 115.

Filosofía

De qué modo se dice que la filosofía es una sola ciencia: 70.
La filosofía es semejante al laberinto de Minos: 127.
La filosofía es semejante a la hidra Lernea: 129.

Galeno

Galeno, autor prolijo: 98.
Qué es un cuerpo perfectísimo, según Galeno: 163.

Geografía

De la antigua división de la Tierra: 110.

Infinito

Figuración del infinito: 140.
En el infinito las formas son infinitas: 91.

Intelecto agente

El intelecto agente no es nada: 56.

Lógica

Frívolas cuestiones de los lógicos: 55.

Concordancias y diferencias entre la Retórica y la Poética, y la Lógica: 52.

Medicina: v. *Biología-Medicina.*

Mundo

Los peripatéticos dicen que el mundo es eterno: 113.
Según la fe, el mundo es creado y tendrá fin: 114.

Nada

Todas las cosas huyen de la nada: 169.
La nada es enemiga de toda perfección: 169.
La nada es la privación del ser: 169.

Platón

Platón decía que nuestro saber consistía en recordar. Refutación de lo dicho por Platón: 74.

Razonamiento

Son inciertas las cosas que hallamos mediante el razonamiento: 141.
Certísimo es el conocimiento que proviene del sentido, y muy incierto el que proviene del razonamiento: 142.
La razón es impotente ante las cosas sensibles: 158.

San Agustín

San Agustín, esplendidísima luz de la Iglesia Cristiana: 66.

Sentidos

Todo conocimiento procede de los sentidos: 112.
Fuera de los sentidos todo es confusión y duda: 130.
La varia disposición de los medios externos afecta al sentido: 150.
Comparación entre el conocimiento por los sentidos, y el que tiene lugar sin éstos: 141.
Certísimo es el conocimiento que proviene del sentido, y muy incierto el que proviene del razonamiento: 142.
Hay dos medios de conocer por el sentido: 143.
Nada es más cierto ni nada es más falso que el sentido: 155.
Las sensaciones varían según la diversa disposición de los órganos sensoriales: 156.
Engañada por el sentido, la mente nos engañará aún más: 158.

Silogismos

Derrumbamiento de la ciencia de los silogismos: 61.
La ciencia de los silogismos es fútil: 59.
La doctrina silogística es vano invento y da frutos nocivos: 66.
No es ciencia lo que se obtiene por silogismos: 142.
La ciencia silogística sirve para fabricar sofismas: 190.
La doctrina silogística es como un edificio en ruinas: 194.

Ser

Sólo el ser es el principio de todos los actos: 132.

Sócrates

Sócrates, filósofo doctísimo: 63.

Sol

El sol es el más perfecto de todos los cuerpos: 167.
Primariamente el sol no corrompe: 168.
El sol no actúa mediante la luz: 170.
Con la llegada del sol aparece la vida en las cosas: 171.

Términos

No hay constancia en las palabras, ni certidumbre, ni estabilidad: 52.
El significado de las palabras depende del vulgo: 53.
No hay reposo en las palabras: 53.
Cuantas más palabras, mayor confusión: 54.
El predicamento es una larga serie de palabras: 55.
División de las palabras: 55.
Los predicables son términos simples: 57.
Casi todo lo que contiene la obra de Aristóteles son definiciones de nombres: 62.
Los dialécticos, para dar la impresión de sabios, hacen comentarios acerca de las palabras: 63.
Los dialécticos pervierten las palabras: 103.
Casi todos los términos son simples: 106.
Los términos se corrompen y mudan perpetuamente: 107.

Los términos no explican la naturaleza de las cosas: 107.
De las voces onomatopéyicas: 108.

Universales

El universal es una ficción muy parecida a la Idea Platónica: 56.
El universal es falso si hay algún caso particular que lo contradice: 101.

INDICE

PROLOGO ..... *Pág.* 9
Selección bibliográfica 33
Nota sobre la traducción 37
QUE NADA SE SABE 39
INDICE ALFABETICO DE LOS TEMAS PRINCIPALES 217

BIBLIOTECA DE INICIACION FILOSOFICA

Versiones directas de los originales, llevadas a cabo por especialistas, con abundancia de notas, índices, etc.

Volúmenes de tamaño 11,5 x 19 cm, con tapas de cartulina impresas a 2 colores

NUMEROS PUBLICADOS

1. **D'Alembert:** Discurso preliminar de la enciclopedia.
2. **Platón:** Fedro, o de la belleza.
4. **Comte:** Discurso sobre el espíritu positivo.
6. **San Buenaventura:** Itinerario de la mente a Dios.
7. **Berkeley:** Tres diálogos entre Hilas y Filonus.
8 **Kant:** El poder de las facultades afectivas.
9. **Anónimo:** Bhagavad-Gita o canto del bienaventurado.
10 bis **Cyrano de Bergerac:** El otro mundo II. Los estados e imperios del sol.
11 bis **Hume:** Investigación sobre los principios de la moral.
12. **Platón:** El banquete.
13. **Schelling:** La relación de las artes figurativas con la Naturaleza.
14 bis **Schopenhauer:** Aforismos sobre la sabiduría de la vida.
15. **Rosmini:** Breve esquema de los sistemas de filosofía moderna y de mi propio sistema.
16. **Santo Tomás:** El ente y la esencia.
17. **Spinoza:** La reforma del entendimiento.
18. **Descartes:** Discurso del método.
19. **Séneca:** De la brevedad de la vida.
20. **Kant:** Prolegómenos.
21. **James:** Pragmatismo.
22. **Santo Tomás:** De los principios de la naturaleza.
23. **Taine:** Introducción a la historia de la literatura inglesa.
25. **Eckehart:** El libro del consuelo divino.
27. **Baumgarten:** Reflexiones filosóficas acerca de la poesía.
28. **Schleiermacher:** Monólogos.
29. **Boecio:** La consolación de la filosofía.
30. **San Agustín:** De la vida feliz.
32. **Duns Scoto:** Tratado del primer principio.
33. **Balmes:** De las ideas.
34. **Stuart Mill:** El utilitarismo.
35. **Vives:** Introducción a la sabiduría.
36. **Suárez:** De las propiedades del ente en general y de sus principios.
39. **Kant:** Por qué no es inútil una nueva crítica de la razón pura.

41. **Maine de Biran:** Autobiografía y otros escritos.
42. **Hegel:** Introducción a la historia de la filosofía.
43. **Hume:** Del conocimiento.
44. **Locke:** Ensayo sobre el entendimiento humano.
46. **Condillac:** Lógica y extracto razonado del tratado de las sensaciones.
47. **Vico:** Ciencia Nueva. Tomo I.
48. **Vico:** Ciencia Nueva. Tomo II.
49. **Vico:** Ciencia Nueva. Tomo III.
50. **Vico:** Ciencia Nueva. Tomo IV.
51. **Pascal:** Opúsculos.
52. **Spinoza:** Etica.
53. **Cusa:** La docta ignorancia.
54. **Leibniz:** Monadología.
55. **Platón:** Fedón.
56. **James:** El significado de la verdad.
57. Berkeley: Principios del conocimiento humano.
58. **Occam:** Tratado sobre los principios de la teología.
59. **Kierkegaard:** Mi punto de vista.
60. **Descartes:** Meditaciones metafísicas.
61. **Heráclito:** Exposición y fragmentos.
62. **Pascal:** Pensamientos. Tomo I.
63. **Pascal:** Pensamientos. Tomo II.
64. **Platón:** Teeteto o de la ciencia.
65 bis **Cicerón:** Sobre la naturaleza de los dioses.
66. **Lulio:** Libro del amigo y del amado.
67. **Tagore:** La religión del hombre.
68. **Platón:** Critón.
70. **Bacon:** Ensayos.
71. **Kant:** Cimentación para la metafísica de las costumbres.
72. **Kierkegaard:** Diapsálmata.
73. **Aristóteles:** Gran ética.
74. **Platón:** Gorgias.
75. **Filón:** Todo hombre bueno es libre.
76. **Aristóteles:** Argumentos sofísticos.
77. **Anaxágoras:** Fragmentos.
78. **Aristóteles:** Categorías.
79. **Aristóteles:** Del sentido y lo sensible y de la memoria y el recuerdo.
80. **Rousseau:** Discurso sobre las ciencias y las artes.
81. **Parménidas-Zenón-Meliso** (Escuela de Elea): Fragmentos.
82 bis **Leibniz:** Nuevo tratado sobre el entendimiento humano. Tomo I. De las ideas innatas.
83. **Platón:** Critias o la Atlántida.
84. **Platón:** Timeo.
85. **Leibniz:** Sistema nuevo de la naturaleza y de la comunicación de las sustancias, así como también de la unión entre el alma y el cuerpo.
86. **Descartes:** Las pasiones del alma.
87. **Platón:** Eutifrón o de la piedad.

90. **Empédocles:** Sobre la naturaleza de los seres. Las purificaciones.
93. **Berkeley:** Ensayo de una nueva teoría de la visión.
94. **Schopenhauer:** Los dos problemas fundamentales de la ética. Tomo I: Sobre el libre albedrío.
96. **Plotino:** Enéada tercera.
97. **Proclo:** Elementos de teología.
98. **Protágoras:** Fragmentos y testimonios.
99. **Cusa:** De Dios escondido.
100. **Pródico e Hippias:** Fragmentos y testimonios.
101. **Trasímaco, Licofrón y Jenídes:** Fragmentos y testimonios.
102. **Gorgias:** Fragmentos y testimonios.
103. **Hermes Trismegisto:** Tres tratados.
104. **Leibniz:** La profesión de fe del filósofo.
105. **Descartes:** Reglas para la dirección de la mente.
106. **Plotino:** Enéada cuarta.
107. **Eunapio:** Vidas de filósofos y sofistas.
108. **Critias:** Fragmentos y testimonios.
109. **Schopenhauer:** Fragmentos sobre la historia de la filosofía.
112. **Plotino:** Enéada quinta.
113. **Plotino:** Enéada sexta.
114. **Schopenhauer:** Sobre la cuádruple raíz del principio de razón suficiente.
115. **Kierkegaard:** Los estadios eróticos inmediatos o lo erótico musical.
118. **Leibniz:** Nuevo tratado sobre el entendimiento humano. Tomo IV. Del Conocimiento.
119. **Longino:** De lo sublime.
120. **Stuart Mill:** Auguste Comte y el positivismo.
121. **Giordano Bruno:** Sobre el infinito universo y los mundos.
122. **Hume:** Resumen.
123. **Diderot:** Sobre el origen y naturaleza de lo bello.
124. **Comte:** Curso de filosofía positiva (lecciones 1ª y 2ª).
125. **Diderot:** Pensamientos filosóficos.
126. **Hume:** Diálogos sobre la religión natural.
127. **Stuart Mill:** Tres ensayos sobre la religión.
128. **Jaspers:** Filosofía de la existencia.
129. **Galileo:** Diálogo sobre los sistemas máximos. Jornada primera.
130. **Galileo:** Diálogo sobre los sistemas máximos. Jornada segunda.
131. **Galileo:** Diálogo sobre los sistemas máximos. Jornada tercera.
132. **Galileo:** Diálogo sobre los sistemas máximos. Jornada cuarta.
133. **Santo Tomás:** Sobre la eternidad del mundo.
134. **Peirce:** Lecciones sobre el pragmatismo.
135. **Proudhon:** Del principio del arte.

136. **Schiller:** Cartas sobre la educación estética del hombre.
137. **Descartes:** Observaciones sobre el programa de Regius.
138. **Sánchez:** Que nada se sabe.

FORMATO ANTERIOR

Volúmenes de 11,5 x 15,5 cm. Impresos esmeradamente. Encuadernados en rústica.

3. **San Anselmo:** Proslogión.
5 bis **Cyrano de Bergerac:** El otro mundo. I. Los estados e imperios de la luna.
24. **Platón:** Alcibíades.
26. **Ravaisson:** El hábito.
31. **Leibniz:** Discurso de metafísica.
37. **Dewey:** La reconstrucción de la filosofía.
38. **Plotino:** Enéada primera.
40 bis **Cousin:** De lo Verdadero.
45 bis **Peirce:** Deducción, inducción e hipótesis.
69 bis **Vico:** Autobiografía.
88. **Platón:** Parménides.
89. **Jenófanes de Colofón:** Fragmentos y testimonios.
91. **Leucipo y Demócrito:** Fragmentos.
92. **Plotino:** Enéada segunda.
95. **Schopenhauer:** Los dos problemas fundamentales de la ética. Tomo II: El fundamento de la moral.
110 bis **Leibniz:** Nuevo tratado sobre el entendimiento humano. Tomo II. De las ideas.
111 bis **Leibniz:** Nuevo tratado sobre el entendimiento humano. Tomo III: De las palabras.
116. **Abelardo:** Etica.
117. **Peirce:** Mi alegato en favor del pragmatismo.

ESTA EDICIÓN DE 3.000 EJEMPLARES SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EN OFFSET EL DÍA QUINCE DE AGOSTO DEL AÑO MIL NOVECIENTOS SETENTA Y SIETE EN LOS TALLERES GRÁFICOS DE LA COMPAÑÍA IMPRESORA ARGENTINA, S. A., CALLE ALSINA 2049 - BUENOS AIRES.

№ 138